Para terminar, encontramos en los escritos del Damasceno una antología de doctrinas clásicas, organizadas no siempre felizmente, pero que, en su género, conservan un valor de amplia meditación sobre los momentos y estados del camino interior.9

## MACARIO EL EGIPCIO

Los Ciento cincuenta capítulos que la Filocalia presenta como una Paráfrasis de cincuenta Homilías de Macario el Egipcio (siglos IV y V), compiladas por Simeón Metafrastos (siglo X), forman parte de un Corpus de escritos que es aún hoy objeto de un vasto trabajo crítico, tanto del texto como del autor en particular, con los problemas históricos y doctrinarios en conexión con su identidad todavía no del todo definida.10

Desde las primeras décadas de este siglo, se sabe con certeza que, según lo que ya otros estudiosos sostenían dos siglos antes, el autor de este Corpus no es Macario el Egipcio. Actualmente, se lo conoce con el nombre de Pseudo-Macario o Macario-Simeón, puesto que un tal Simeón es indicado como el autor en algunos manuscritos referentes a párrafos aislados del total del Corpus. El autor de éste —en todo caso habría vivido en Asia Menor o en Siria-Mesopotamia entre los años 380 y 430 aproximadamente.

El Corpus macariano comprende: 1) "Logoi" o "Discursos", que se especifican en "Homilías" y "Cartas"; 2) "Florilegios"; 3) "Composiciones" aisladas.

Los "Logoi" u "Homilías" se dividen en cuatro "Colecciones". La mayor parte de las "Homilías" —total o parcialmente— puede encontrarse en más de una colección al mismo tiempo. Existen, también, distintas traducciones antiguas: siria, copta, árabe, armenia, georgiana, latina, etíope y eslava.

Los Ciento cincuenta capítulos presentados por la Filocalia forman parte de los "Florilegios", que son cuatro compendios de "Capítulos" tomados de las Homilias. Dos de estos Florilegios, con el único titulo de Siete opúsculos ascéticos de Macario, fueron publicados por el jesuita Pierre Poussines en 1684 y retomados por Migne (PG 34, 821/968). Sin embargo, éstos deben ser divididos en dos grupos, puesto que el opúsculo I se repite en la I Colección de Homilías, mientras que los opúsculos del II al VII son un compendio extraído de la IV Colección. Este último grupo de opúsculos, del II al VII, en los manuscritos más antiguos se presenta en forma de ciento cincuenta capítulos breves que algún manuscrito indica como escritos por Simeón Logotéta<sup>11</sup> o bien por Simeón Metafrasto.

En contraposición con la información dada por la Filocalia en el título que precede a estos capítulos, parece que no existe relación alguna entre estos y las Cincuenta homilias espirituales de las que se habrían parafraseado, ya que éstas constituyen por sí solas la II Colección. Ya hablamos sobre el aspecto repetitivo que caracteriza toda esta colección, que puede haber favorecido alguna llamada o cita poco claras.

Es necesario también señalar el hecho --muy importante, tanto por la fecha de los escritos, como por la identificación de su autor— de que han sido indicadas, en las "Homilías" macarianas, coincidencias textuales con distintas frases del "Libro ascético" de los Mesalianos, 12 condenado por el Concilio de Éfeso en el año 431. Si bien algunos estudiosos sostienen que Pseudo-Macario pertenecía al movimiento herético mesaliano, otros rechazan esta tesis. En lo que respecta a los Capítulos transcriptos en la Filocalia, se podría asegurar que existe, justamente con respecto a los puntos cruciales de las tesis mesalianas, 13 una ensenanza sustancialmente coincidente con aquélla de la más sana y no cuestionada tradición de los Padres.

<sup>&</sup>lt;sup>9</sup> Para análisis de los textos del Damasceno, puede verse: J. Gouillard, "Un auteur spirituel byzantin du XII siécle: Pierre Damascéne", en Echos d'Orient, t. 38, 1939, pp. 266 y ss.

<sup>10</sup> En cuanto a la critica, cf. V. Despiez, "S. Macaire", en Dictionnaire de Spiritualité. t. 10, pp. 20-2".

<sup>11</sup> Cf. Pseudo-Macario. Oeueres spirituelles I. V. Desprez. Sources Chrétiennes, Paris, 1980. Introducción, p. 18, nota 2.

<sup>12</sup> Para la doctrina de los mesalianos, cf. A. Guillemont, "Messaliens", en Dictionnaire de Spiritualité, t. 10, pp. 1073-1086. Resumiendo, ellos negaban al bautismo y a los otros sacramentos la acción santificante de la gracia, atribuyéndola sólo a la oración que, si era hecha con asiduidad y se acompañaba de mucha ascesis, conducía a la unión con el Espiritu y a la completa liberación del demonio que hasta entonces moraba en el alma. La unión realizada entre la gracia y el Espíritu, considerada definitiva, sustraía del deber de trabajar y liberaba de todo vínculo ascético y hasta moral, asegurando un estado permanente de inocencia.

<sup>13</sup> Cf. p. ej. los párr. 26-28, pp. 276 y ss. y 134-135, pp. 333 y ss. sobre la oración: 29-95. pp. 277 y ss. sobre la no continuidad de la percepción del estado de gracia: 24-26, pp. 276 y ss. sobre el mérito del servicio.

Estos ciento cincuenta capítulos, decíamos, se dividen en seis opúsculos que se denominan: "Sobre la perfección en el Espíritu", "Sobre la oración", "Sobre la paciencia y el discernimiento", "Sobre la elevación del intelecto": "Sobre la caridad" y "Sobre la libertad del intelecto".

También en estos capítulos es inevitable encontrar la característica de la repetición o, si se quiere, la tendencia a ciertos anticipos, de tanto en tanto, y luego se vuelve a tomar el hilo, respecto de una línea temática que puede intentar encontrarse. Esta línea, es decir, la de la historia del hombre -desde la exclusión de Adán del Paraíso- y de su divina economía, que revive en toda alma de cristiano, culmina en el verdadero tema unificante de los opúsculos, o sea, el de la santificación del corazón obrada por medio del Espíritu Santo, porque habita en el corazón: un estado de comunión con el Espíritu que se hará manifiesto exteriormente en el cuerpo, en el momento de la resurrección, pero que va puede ser experimentado perceptiblemente, en el alma del "verdadero" cristiano, desde ahora.

Con el primer título. Sobre la perfección en el Espíritu, que también podría ser el título de todos los opúsculos en su conjunto, tenemos desde el principio la enunciación de este tema de la "comunión del perfecto y divino Espíritu, en plena certeza", que es, al mismo tiempo, resultado y premisa de la "purificación y santificación del corazón". 14 A continuación, se nombran las condiciones por las cuales se alcanza este estado de perfección y de unión con Dios: una solidaria cooperación entre la solicitud del hombre y la potencia y la gracia divinas —no puede separarse la gracia divina de la práctica humana—, y el hacer todo sólo para Dios.

La purificación del corazón es la actuación plena y progresiva, en el hombre, de su reintegración en la naturaleza original, y no puede suceder esto sino sólo por Jesús y por sus padecimientos incontaminados. Él ha venido a devolver a la naturaleza humana la dignidad del primer hombre creado y a regalarle la celeste heredad del Espíritu. 15

Después de la trangresión de Adán, ese paraíso que fue "cerrado para él y entregado a la espada de fuego del querubín, con la entrada prohibida para el hombre, se encuentra también escondido en cada alma. En efecto, el corazón se ve envuelto por un velo de oscuridad, es decir, el fuego del espíritu del mundo que no permite que el intelecto se encuentre con Dios".16

Es necesario que el alma arraviese ese "velo de oscuridad", apagan do el fuego de las pasiones por medio de luchas, fatigas y sudores. El la ascesis, y mediante el doble combate espiritual --contra las realidades visibles y contra las potencias invisibles—18 que consiste en la oración. en la paciencia y en la custodia del corazón, es decir, en el ejercicio del discernimiento. 19

La oración es "el vértice de las buenas obras"; para el que se hace digno de ella, su santa disposición hacia Dios y su intelecto se unen con la operación mística en una caridad indecible para el Señor, 20 y en su alma se imprime ya desde aqui abajo el gozo celeste del Espíritu, como prenda y anticipo del gozo de los santos en el reino de Cristo. Ésta, no obstante, es la culminación de una práctica asidua y controlada de la oración, para la cual es necesaria una rigurosa sobriedad que examine atentamente los pensamientos y se oponga a aquellos que son superfluos, anhelando siempre al Señor. El progreso en la oración se comprueba con el aumento en la caridad, la humildad y los frutos espirituales análogos, sin los cuales la oración es sólo aparentemente tal, y el esfuerzo relacionado con ella, así como el ayuno, la vigilia y la virginidad de nada valen porque son sólo actividades en busca de los frutos, y no deben ser confundidos con éstos.<sup>21</sup>

Algunos capítulos hablan de los reflejos que la práctica de la oración puede produçir en la vida comunitaria de una fraternidad. Está el que por "puericia espiritual" no sabe dedicarse en grado sumo a la oración y entonces debe dedicarse al servicio de los hermanos, mas como quien sirve a un mandamiento de Dios y a algo espiritual, sin murmuración y sin vanidad, por Dios y no por la gloria humana, pero que tampoco se exalte el que sepa orar respecto del que no lo sabe, y lo que tenga de más uno sea por lo de menos que tenga el otro, y viceversa, así se cumplirá la igualdad según el dicho: "El que recogió mucho no tuvo de más, y el que recogió poco no tuvo escasez."22

Si bien en el último capítulo de este opúsculo se afirma la superioridad de la oración sobre el servicio, es interesante notar aquí la afirma-

<sup>&</sup>lt;sup>14</sup> Cf. Párr. 2, pp. 265 y ss.

<sup>15</sup> Cf. Párr. 150, pp. 342 y ss.

<sup>16</sup> Part. 37, p. 282.

<sup>17</sup> Cf. para este punto los párr. 51, pp. 290 y ss.; 59 y ss.; pp. 294 y ss.; 87, p. 309; 111, p. 320; 149, p. 342; etc.

<sup>18</sup> Cf. párrafos 104, pp. 318, 145 y ss., p. 340.

<sup>&</sup>lt;sup>19</sup> Cf. párrafos 45 y ss., p. 286.

<sup>&</sup>lt;sup>20</sup> Cf. párrafo 18, pp. 273 v ss.

<sup>&</sup>lt;sup>21</sup> Cf. párr. 22, pp. 274 v ss.

<sup>22</sup> Cf. Ex 17 v ss. v párrafos 24, p. 276; 26, p. 276.

ción de su "igualdad" respecto del mérito individual en cuanto al agrado de cada uno por parte de Dios. Ésta también, por otro lado, es doctrina tradicional de los Padres.

En el ámbito de la lucha espiritual, los temas de la paciencia y del discernimiento se remontan a la economía divina respecto del hombre, después del pecado: Dios permite al Maligno tentar y poner a prueba a los hombres para hacerlos probos y justos mediante la paciencia, y ser causa de mayor gloria para ellos.<sup>23</sup> Precisamente él, que quedó grandemente herido cuando vislumbró la primitiva gloria de Adán resplandecer sobre el rostro de Moisés y presagió por ella la destrucción de su reino.<sup>24</sup>

Quien ama la virtud debe tener mucho discernimiento para investigar las variadas artes del Maligno que opera en los espacios recónditos del corazón, insinuando en él los pensamientos, de los que no podemos librarnos sino por la gracia y la potencia de Cristo pues, con nuestras propias fuerzas, sólo podemos contradecirlos y no complacernos en ellos.

Pero el hombre es libre, y si él no le da un pretexto a Satanás, éste no puede dominarlo con la violencia, así como tampoco Dios mismo lo obliga al bien, sino que es él quien se pierde o se salva por su propia voluntad:25 basta un simple movimiento del alma, según la amistad del mundo, para dar la señal de partida al cumplimiento de cualquier pecado.<sup>26</sup> En cambio, quien se esfuerza y lucha con fe y deseo, en espera de la promesa, en la inmaterialidad del alma ya se ha unido a Dios, como quien mira una mujer para desearla y por ello ya ha sido considerado adúltero en su corazón, aunque no se haya contaminado en el cuerpo.<sup>27</sup> Si en el momento en que se separa el alma del cuerpo él es encontrado así, luchando y esforzándose, perseverante y fiel con discernimiento, se irá con gozo, con franqueza, y aparecerá dueño del reino. Por lo tanto, se equivocan, conocen mal las Escrituras y hablan en contra de lo que ellas dicen, quienes afirman que no gana nada el que, a pesar de haber cumplido los mandamientos y perseverado, no obtiene aquí abajo ninguna gracia, es decir, su percepción luminosa y beatificante en el alma, $^{28}$  lo que por otra parte también puede inductrnos a la exaltación y la vanagloria.

Las promesas, la gloria y la compensación de los bienes eternos están escondidos en las tribulaciones, en los padecimientos, en la paciencia.<sup>29</sup>

En los últimos opúsculos —a pesar de retomar varias veces los temas ya tratados (las pruebas y las tentaciones del Maligno, la necesidad de la ascesis manifiesta contra los pecados exteriores y de la ascesis oculta del combate espiritual contra los pensamientos)—, el discurso se adentra cada vez más y con mayor continuidad en el tema de la santificación obrada por el Espíritu. Ésta se obtiene poniendo en Cristo todo el amor y caminando en él, en él rezando y pensando, meditando, separados de todas las demás cosas, puesto que Él, infinito e incorpóreo. se ha hecho cuerpo para poder mezclarse con sus criaturas inteligentes, las almas de los ángeles y de los santos —que son a su vez cuerpos según la sutileza propia de ellos—, y para poder volverse un solo espíritu con ellos.<sup>30</sup> Quienes poseen a Cristo resplandeciente dentro de sí experimentan obras indecibles del Espíritu: en el éxtasis del hombre interior, en el olvido del sentir terrenal, el alma se eleva junto con la plegaria, mientras que el exceso de caridad los vuelve necios y bárbaros a los ojos del mundo.31

Esta medida de perfección, sin embargo, es un estado que se advierte de modo alternado: la gracia, si bien radicada en el hombre al que está unida, lo gobierna de muchas maneras para su beneficio y "la luz a veces resplandece más claramente, a veces se reduce y se oscurece del todo, según la divina economía, aunque la lámpara arda inextinguible". 32 Si uno tuviese que vivir incesantemente en la percepción de la medida perfecta, podría quedarse siempre recogido en un rincón, elevado del suelo y extasiado, sin ocuparse de otra cosa, sin poder dedicarse ni al cuidado de los hermanos, ni al ministerio de la Palabra. 33 No hay nadie que pueda experimentar sin interrupcciones el estado de per-

<sup>23</sup> Cf. párr. 34, p. 281; 145, p. 340; además los párr. 129 y ss., p. 330; 132 y ss., pp. 332-334; 136, pp. 335 y ss.; 147, p. 341; etc.

<sup>&</sup>lt;sup>24</sup> Cf. párr. 36, p. 282.

<sup>25</sup> Cf. párr. 44. p. 286; 58. p. 294; 118. pp. 325 y 88.

<sup>26</sup> Cf. párr. 55. pp. 292 y ss.

<sup>27</sup> Cf. Mt 5, 28.

<sup>28</sup> Cf. párr. 40, p. 283. Sobre el mal conocimiento de la Escritura, cf. también los párr. 29 y ss., pp. 281 y ss.

<sup>&</sup>lt;sup>29</sup> Cf. páir. 60, p. 295.

<sup>30</sup> Cf. pårr. 67. pp. 298 y ss.

<sup>31</sup> Cf. párr. 91. pp. 312 y ss.

<sup>32</sup> Cf. párr. 92, pp. 312 y ss

<sup>33</sup> Cf. párr. 93. pp. 312 y ss

fección.<sup>5+</sup> Por esto, es necesario cuidarse de la ilusión en esta materia y, sobre todo, de la exaltación por el goce espiritual,<sup>35</sup> puesto que, en todo caso, quien obra es siempre y sólo el Espíritu. Esta operación —y es necesario aclararlo para no engañarse sobre el "misterio definitivo del Cristianismo" — no es solamente como una iluminación a través de la ciencia de los conceptos, sino que es esplendor de luz sustancial celeste y divina, segura y continua en el alma; es el perfecto misterio de la gracia, la iluminación, en nuestros corazones, del conocimiento de la gloria de Cristo.<sup>36</sup>

La imitación de Cristo, de su despojamiento, de sus padecimientos y de su muerte, hace al alma digna de revestirse de Él y de ser iniciada en el conocimiento de los misterios celestes.<sup>37</sup>

El alma, por lo tanto, ha recorrido hacia atrás, por el camino de la purificación, el itinerario de Adán. Después de la transgresión, él había heredado la muerte que antes que nada mató los sentidos del alma privándolos del gozo celeste y espiritual, luego —después de novecientos noventa y tres años— hirió también el cuerpo. Ahora, en cambio, el alma, reconciliada con Dios en virtud de la cruz y de la muerte del Salvador, es reintegrada a ese goce mientras aún está en la carne, <sup>38</sup> y vuelve a conquistar el paraíso del cual, incluso corporalmente, Adán había sido excluido.

En la resurrección, luego, también el cuerpo se revestirá de la gloria inmortal e incorruptible, cuando "brotará del tesoro interior lo que uno ahora ha guardado en él, como en la primavera brota el fruto que durante el invierno está dentro de los árboles" y "la imagen divina del Espíritu, desde ahora impresa en lo más íntimo, hará divino y celeste incluso al cuerpo en su exterior".<sup>39</sup>

Los temas que hemos tratado de individualizar en estos opúsculos se encuentran reunidos, como definición, por así decir, de la "economía de la parusía de Cristo", en el último capítulo. Ellos son: la reintegración de la naturaleza humana a su condición original; la indicación de la oración como llave que abre la puerta del reino y como medio para ven-

cer en el combate espiritual que tiene lugar en lo más intimo del corazón contra los pensamientos y las artes del Maligno; luego, el tema dominante de la comunión del Espíritu Santo y de su místico obrar en el alma, por lo cual ella goza de la unión gloriosa con el Esposo Cristo; en fin, la condición del cuerpo en la resurrección: reflejo y fruto del grado de comunión con el Espíritu, vivido aquí abajo por cada alma. <sup>10</sup>

### SIMEÓN EL NUEVO TEÓLOGO

Como hemos señalado también en otra parte, il los *Capítulos prácticos y teológicos* de Simeón el Nuevo Teólogo, así como la *Filocalia* los presenta, son escritos compuestos por varios autores. De los ciento cincuenta y dos capítulos que los forman, los primeros ciento dicciocho pertenecen a Simeón el Nuevo Teólogo. Éstos han sido elegidos de un compendio de doscientos veinticinco capítulos divididos en dos centurias de *Capítulos prácticos y teológicos*, más un grupo de veinticinco *Capítulos gnósticos y teológicos*, colocados entre los dos primeros. 12

Como en todas las recopilaciones de este género, en las cuales los capítulos parecen casi la yuxtaposición de pensamientos que consideran y retoman, de tanto en tanto, aspectos de un núcleo común a todos ellos, no es fácil, tampoco en ésta, seguir el desarrollo lineal de un diseño o el progreso de una demostración; sin embargo, tal vez porque se trata precisamente, en este caso, de una selección, se puede encontrar cierta línea de desarrollo.

Las consideraciones sobre la *práctica* no presentan en sí características novedosas. Estamos releyendo las nociones tradicionales ya adquiridas de la *ascesis* y de la espiritualidad orientales —aunque quisierámos decir cristianas— pero presentadas con una profundidad, una radicalidad y un sentido de participación vivida muy particulares.

Los *Capítulos*, en nuestro texto, empiezan con una definición de la fe, que pone el fundamento, la base de partida de un camino dirigido al término de la unión mística. Es una definición que no deja lugar para distinciones ambiguas entre fe y obras: la fe es una virtud práctica.

<sup>&</sup>lt;sup>34</sup> Cf. párr. 95. pp. 314 y ss.

<sup>&</sup>lt;sup>35</sup> Cf. párr. 110, p. 320; 115, pp. 323-324.

<sup>36</sup> Cf. 2 Co i. 6 y párr. 137-139, pp. 335-357.

<sup>37</sup> Cf. párr. 140. p. 337.

<sup>&</sup>lt;sup>38</sup> Cf. párr. 142, p. 338.

<sup>&</sup>lt;sup>39</sup> Párr. 141, pp. 337 y ss.

<sup>40</sup> Cf. párr. 61-63, pp. 295-297.

<sup>41</sup> Cf. p. 344.

<sup>42</sup> Cf. J. Darrouzės, *Suorces Chrétiennes*, Paris, 1980.

Dios, ése es el que obra mejor. Aparentemente, Dios se enoja con el que desobedece y bendice al que le obedece, pero en lo secreto las cosas no son así. Es más, como se ha dicho, ambos eran parejos en cuanto a la visión según la naturaleza y eran buenos porque la intención de ambos era según Dios. Así son las cosas.

El profeta, entonces, marchó y, estando de pie ante él, le dijo: "Hazme justicia, ¡oh rey! Porque mientras venía me he encontrado con uno por el camino que me ha pegado en la cabeza." El rey, al ver la sangre y la herida, montó en cólera como era su costumbre, mas no contra el que a él apelaba. Pero, creyendo juzgar a otro y no a sí mismo, emitió una pesada sentencia contra quien tal había hecho. Y el profeta, que había así alcanzado lo que esperaba, le dijo: "Has dicho bien, oh rey. Por lo tanto, así dice el Señor: Ciertamente arrancaré el reino de tus manos y de tu descendencia, porque eres tú el que hizo esto." Con ello el profeta cumplió con el oráculo como quería y con habilidad hizo de modo que el rey prestase atención a lo que le decía. Luego se fue glorificando a Dios.

Éstas eran, entonces, las almas de los profetas; amantes de Dios y prontas para sufrir por su voluntad, por el conocimiento que de Él tenían. Y es normal. Quien conoce con exactitud un camino o una ciencia, la sigue con prontitud y facilidad, y con seguridad muestra a otros el camino, o los secretos y conceptos de su arte, aunque muchas veces puede éste ser joven en edad y simple, y los otros cargados de años y sabios en otras materias. Porque los profetas, los apóstoles y los mártires no han aprendido el conocimiento de Dios y la sabiduría por haber oído hablar de ello, como nosotros, sino que han dado su sangre y han recibido el Espíritu, según el dicho de los ancianos: "Da sangre y recibe Espíritu." <sup>258</sup> Por lo tanto, también los Padres, en lugar del martirio sensible, fueron mártires según su conciencia, porque en lugar de la muerte del cuerpo tuvieron la muerte en cuanto a su propia determinación, para que el intelecto venciese las voluntades de la carne y reinase en Cristo Jesús nuestro Señor. A Él la gloria y la fuerza, el honor y la adoración ahora y siempre. Amén.

## Macario el Egipcio

Nuestro santo Padre Macario el Egipcio, también llamado "el Grande", vivió durante el reinado de Teodosio el Grande, alrededor del año 378. Por sus extraordinarios ejercicios ascéticos, fue considerado un típico paradigma de la vida monástica. Sumamente instruido en las divinas Escrituras, redactó varios discursos llenos de utilidad para el alma v de divina sabiduría del Espíritu. 1 SIMFÓN METAFRASTO, 2 quien floreció en tiempos de Basilio de Macedonia, cerca del año 868, admirado por las enseñanzas de utilidad para la comunidad y la sabiduría que subvace en estos escritos, los tradujo —son en total cincuenta— y los distribuyó, para mayor claridad, en ciento cincuenta capítulos. Al bacerlos esplendorosos por el encanto y la seducción de su hella lengua, y con la elocuencia de la gracia ática, los volvió más dulces que la miel para sus lectores, a fin de que, así como por la sublimidad de los conceptos y la moralidad de sus enseñanzas son superiores a muchos, así también por la belleza del lenguaje y la fuerza de las figuras no fuesen inferiores a ningún otro y, fascinando con estas cualidades incluso a los corazones de los que buscan el dulce eco de la composición, fuesen leídos con toda gratitud.

<sup>258</sup> Cf. Vida y dichos de los Padres del desierto, op. cit., I, p. 315.

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> En realidad, los *Discursos* aquí publicados y atribuidos a Macario el Grande por los autores de la *Filocalia* forman parte de un *Corpus* cuyo autor, aún no identificado, es indicado por la crítica con el nombre de Pseudo-Macario o Macario-Simeón, y podría ser un monje que vivió entre los siglos IV y V entre la Mesopotamia y el Asia Menor (cf. "Introducción", pp. 12 y ss.).

<sup>&</sup>lt;sup>2</sup> Simeón Metafrasto vivió en el siglo X. Cumplió la carrera de alto funcionario del Imperio, llegando a ser canciller. Probablemente, fue monje sólo al final de su vida. Entre sus numerosos escritos, se destaca el *Menologion* o *Libro de las vidas de los Santos*, recopiladas según el ciclo del calendario. Sobre este autor, v. el artículo de J. Gouillard, en *Dictionnaire de Théologie Catholique*, t. 14/II, 2959-2971.

Macario el Egipcio, llamado el Grande, nació entre el 300 y el 301 en una familia modesta. Siendo todavía un muchacho, ejerció la profesión de camellero en el Valle de Salnitro, actual Uadi el-Natrun. En esta localidad se retiró, a los treinta años aproximadamente, a asentamientos sucesivos hacia el desierto de Scete, donde seguidamente floreció la vida monástica.

Macario vivió una parte de su retiro en una doble gruta —celda y oratorio— que había excavado en la cima de una roca. Las fuentes hablan de numerosos encuentros entre Macario y Antonio, del cual puede considerarse un auténtico discípulo. Por consejo de éste, aceptó ser ordenado presbítero y fue a su vez maestro de discípulos famosos, entre ellos Evagrio.<sup>3</sup> En el 373, a raíz de la persecución arriana, Macario fue exiliado. Volvió a su retiro de Scete después de dos años y allí murió, en el 390.

Macario es uno de los más notables Padres del desierto. Unió en su persona austeridad y dulzura, deseo de soledad y huida de los hombres, así como una gran misericordia. Fue por ella, y no por su gran ascesis o su oración, por lo que lo llamaban "Dios en la tierra". A Prueba de la autoridad de Macario es el hecho de que, sobre la base de la tradición griega y de las antiguas traducciones, se le atribuyó, hasta principios de este siglo, todo el conjunto de escritos que toman el nombre de *Macariana*, entre los cuales sólo una carta puede considerarse auténtica. 5

Los escritos traducidos a continuación están comprendidos en PG 34, 841.968. También se encuentran traducidos al inglés en el vol. III de *The Philokalia*, Londres-Boston, 1984.

## Paráfrasis de Simeón Metafrasto de los cincuenta discursos de Macario el Egipcio, en ciento cincuenta capítulos

#### SOBRE LA PERFECCIÓN EN EL ESPÍRITU

- 1. Cada uno de nosotros adquiere la salvación por gracia y don divino del Espíritu, y puede llegar a la medida perfecta de la virtud con la fe, con la caridad y con la lucha del libre albedrío, para heredar, ya sea por gracia como por justicia, la vida eterna. No puede hacerse digno del progreso perfecto sólo por la potencia y la gracia divinas, si no ofrece al mismo tiempo los frutos de su propio trabajo; ni alcanza la medida perfecta de la libertad y de la pureza solamente por su propia solicitud y su propia potencia, si no concurre a ello desde lo alto la mano divina. Puesto que está dicho: Si el Señor no construye la casa, en vano se afanan los constructores; y si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigita la guardia.<sup>1</sup>
- 2. Pregunta: ¿Cuál es la voluntad de Dios hacia la cual, como creo, el Apóstol nos empuja a cada uno de nosotros exhortándonos a alcanzarla?<sup>2</sup>

Respuesta: La purificación perfecta de todo pecado, ser libres de las pasiones deshonrosas y adquirir la virtud suma, es decir, la purificación y la santificación del corazón, que se realiza con la comunión del perfecto y divino Espíritu, en plena certeza. Está dicho: *Bienaventurados los puros de corazón porque verán a Dios*;<sup>3</sup> y también: Sed perfectos como es perfecto el Padre nuestro<sup>4</sup> celestial;<sup>5</sup> y David dice: *Sea mi cora-*

<sup>&</sup>lt;sup>3</sup> Cf. Filocalia I, p. 97.

<sup>&</sup>lt;sup>4</sup> Cf. Vida y dichos de los Padres del desierto, op. cit., II, p. 22.

<sup>&</sup>lt;sup>5</sup> Cf. A. Guillaumont. "S. Macaire L'Egyptien", en *Dictionnaire de Spiritualité*, caps. 11-13. Cf. también "Introducción", pp. 12 y ss.

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> Cf. Sal 126, 1.

<sup>&</sup>lt;sup>2</sup> Cf. Rm 12, 2.

<sup>&</sup>lt;sup>3</sup> Mt 5, 8.

<sup>4</sup> Sic.

<sup>&</sup>lt;sup>5</sup> Cf. Mt 5, 48.

zón perfecto en lus preceptos para que no sea confundido; y lucgo: Entonces no tendré vergüenza alguna al mirar a todos lus mandamientos. Y al que aún pregunta ¿quién subirá al monte de Yahveh? o ¿quién podrá estar en su recinto santo?, responde: El de manos limpias y puro corazón. Significando con esto la perfecta destrucción del pecado cumplido en obras y pensamiento.

3. El Espíritu Santo —dice—, <sup>9</sup> sabiendo que de las pasiones invisibles y escondidas es difícil librarse y que ellas están como arraigadas en el alma, muestra a través de David cómo debe hacerse esa purificación: *De las faltas ocultas límpiame*, <sup>10</sup> dice. Esto es, que nosotros podemos destruirlas con la súplica, la fe y la perfecta inclinación hacia Dios, por la sinergia del Espíritu, pero también resistiéndolas y vigilando con mucho cuidado nuestro corazón. <sup>11</sup>

4. También el bienaventurado Moisés, mostrándolo figuradamente, dice que el alma no debe ser de dos opiniones, del mal y del bien, sino sólo del bien, y que no debemos cultivar frutos de dos especies, buenos y malos, sino sólo los buenos. Así dice: No ararás tu terreno con animales de distinta especie, como un buen y un asno, 12 sino que trabajarás tu campo juntando animales de la misma especie. Es decir, que no trabajen en el campo de nuestro corazón la virtud junto con el vicio, sino sólo la virtud. No tejerás lino en ropa de lana, ni lana en una de lino; 13 no cultivarás juntos en la tierra de tu pueblo frutos de distintas especies; 14 no harás montar un animal por otro de distinta especie, sino que acoplarás entre sí animales de la misma especie. Con todos estos ejemplos, él nos indica místicamente, como se ha dicho, que en nosotros no se deben cultivar virtud y vicio, sino que se deben engendrar simplemente los hijos de la virtud. Así mismo, que el alma no debe te-

ner comunión con dos espíritus, con el espíritu de Dios y con el espíritu del mundo, sino sólo con el espíritu de Dios y producir sólo los frutos del Espíritu. <sup>15</sup> Dice, en efecto: *Por esto me guío por todas tus ordenanzas y odio toda senda de mentira*. <sup>16</sup>

5. El alma virgen y preelegida para unirse a Dios debe conservarse casta, no sólo de los pecados manifiestos, como la fornicación, el asesinato, el hurto, la gula, la maledicencia, la falsedad, el amor al dinero. la avaricia y símiles, sino mucho más de los pecados ocultos, como ya hemos dicho; es decir, la concupiscencia, la vanagloria, el deseo de agradar a los hombres, la hipocresía, el amor del poder, el engaño, la inmoralidad, el odio, la incredulidad, la envidia, el amor propio, la altanería, e igualmente todos los pecados similares, porque la Escritura dice que estos pecados escondidos del alma se ponen a la par de los externos. Pues Dios dispersa los huesos de tu sitiador, 17 y: Al hombre sanguinario y fraudulento le abomina Yahveh, 18 indicando que Dios abomina del engaño a la par que del asesinato; y: ... con los que bablan de paz con su vecino, etc.; 19 y luego: De corazón cometéis injusticias; 20 y Ay, cuando los hombres hablen bien de vosotros! 21 es decir, cuando queréis tener buena fama con los hombres y os acerquéis a su gloria y a sus alabanzas. Por otra parte, ¿cómo es posible hacer el bien escondido del todo? Puesto que el mismo Señor dice: Brille vuestra luz delante de los hombres, 22 mas —dice—sed diligentes en hacer el bien por la gloria de Dios y no por gloria vuestra, ni porque anheléis las alabanzas de los hombres.

Además, el Señor ha demostrado que hombres tales son incrédulos, diciendo: ¿Cómo podéis tener fe recibiendo gloria los unos de los otros y no buscando la gloria solamente en el único Dios.<sup>23</sup> Y mira al Δpóstol, cómo exige el escrúpulo incluso en el comer y el beber. Nos ordena que todo lo hagamos para mayor gloria de Dios, puesto que dice: Ya

<sup>6</sup> Sal 118, 80.

<sup>&</sup>lt;sup>7</sup> Sal 118, 6.

<sup>&</sup>lt;sup>8</sup> Sal 23, 3 y ss.

<sup>9</sup> Este "dice" que se encuentra frecuentemente intercalado a partir de aquí, en los capítulos siguientes, indica, probablemente, la referencia al autor del texto que sería el original de esta Paráfrasis.

<sup>10</sup> Sal 18, 13.

<sup>11</sup> Cf. Pr 4, 23.

<sup>12</sup> Cf. Dt 22, 10.

<sup>13</sup> Cf. Dt 22, 11.

<sup>14</sup> Cf. Dt 22, 9.

<sup>15</sup> Cf. Ga 5, 22.

<sup>&</sup>lt;sup>16</sup> Sal 118, 128.

<sup>17</sup> Sal 52, 6. El salmo alude a los enemigos de Jerusalén, la ciudad de la paz. (N. de T.)

<sup>&</sup>lt;sup>18</sup> Sal 5, 7.

<sup>19</sup> Sal 27, 3.

<sup>20</sup> Sal 57, 3.

<sup>&</sup>lt;sup>21</sup> Cf. Lc 6, 26.

<sup>&</sup>lt;sup>22</sup> Mt 5, 16.

<sup>23</sup> Cf. Jn 5, 44.

sea que comáis, o que hebáis, ya sea que hagáis cualquier otra cosa, hacedla para gloria de Dios.<sup>24</sup> Y el divino Juan hace coincidir el odio con el asesinato diciendo: *Todo el que aborrece a su hermano es un asesino.*<sup>25</sup>

6. La caridad todo lo excusa... todo lo soporta; la caridad no acabará nunca. 26 Con las palabras "no acabará nunca", el Apóstol declara que todos los que han obtenido los dones del Espíritu por él nombrados precedentemente, 27 pero que aún no han sido hechos dignos, por la plena y operante caridad del Espíritu, de la máxima libertad de las pasiones, aún no han alcanzado la seguridad, mientras que su condición permanece en el peligro, en la lucha y en el temor, por los espíritus del mal. 28 Él, en efecto, ha demostrado que esta medida, que ya no está sujeta a caídas ni a pasiones, es tal que las lenguas de los ángeles, la profecía, toda la ciencia y los dones de curación no son nada en comparación con ella. 29

7. Por eso muestra el objetivo de la perfección, para que cada uno, reconociéndose pobre de una riqueza tal, con fervor y vigor de espíritu, se apresure al fin último y así corra la carrera espiritual hasta conseguirlo, como está dicho: *Corred de manera que lo consigáis.*<sup>30</sup>

8. Debes saber que renegar de sí mismo es entregarse totalmente a la hermandad y no seguir en nada la voluntad propia, ni ser dueño de ninguna cosa, sino sólo del propio vestido, para poder, libre de todo, atenerse con gozo sólo a las órdenes que se reciben; considerando a todos los hermanos, sobre todo los que guían a la comunidad y han tomado sobre sí sus cargas, como señores y dueños, por causa de Cristo y obedeciendo a Cristo, quien dice: El que quiera ser primero y más grande entre vosotros, que sea el último y servidor de todos y esclavo de todos.<sup>31</sup> Y que no busque ni gloria ni honor ni alabanza de uno o de otro hermano, por su servicio o su conducta; sino sirviendo con toda benevolencia y no por ser vistos, como quien desea ser agradable a los

hombres,  $^{32}$  y considerándose siempre deudor del servicio a las hermanos, en caridad y simplicidad.

Paráfrasis de Simeón Metafrasto

9. Los que son guías de la hermandad, por cuanto se cargan con un gran trabajo, deben luchar con humildad contra las artes rivales de la malicia, para no conseguir, con la pasión de la soberbia, tiranizando a los hermanos, una pérdida en vez de la mayor ganancia. Por el contrario, que se preocupen por ellos y los cuiden siempre como a hijos de Dios, cual padres misericordiosos y dedicados, a servir a la hermandad corporal y espiritualmente. Que no rechacen, sin embargo, abiertamente, la función de superior, como el dar órdenes, aconsejar a los de probada virtud o reprochar o castigar allí donde es necesario, consolar cuando hace falta; para que, con el pretexto de la humildad o de la mansedumbre, el monasterio no llegue al desorden, donde se mezclen las funciones del superior y de los subordinados.

Mas, en lo secreto del pensamiento, los superiores deben considerarse esclavos indignos de todos los hermanos y como buenos pedagogos a quienes han sido confiados los hijos del amo, solicitados con toda benevolencia y temor de Dios para formar cada uno de los hermanos a toda obra buena, no ignorando que la recompensa que Dios guarda para ellos, por este trabajo, es grande e intangible.

10. Así como quienes han recibido el encargo de instruir a los jóvenes, que a veces son también sus amos, no vacilan, aun teniendo gran benevolencia, en golpearlos por motivos de educación y de buenas costumbres; así es también necesario que los superiores castiguen a esos hermanos que necesitan una corrección, no obrando con ira o por orgullo como para vengarse, sino buscando su conversión con bondad de corazón y teniendo en vista la utilidad espiritual.

11. Quien desee ser orientado hacia tales costumbres, antes que otra cosa, que persiga el temor de Dios y la santa caridad, que es el primero y el más grande de los mandamientos,<sup>33</sup> que pida incesantemente al Señor que ésta se vuelva una cualidad de su corazón, y que así pueda adquirirla, acrecentándola progresivamente cada día, por obra de la gracia, con el continuo e incesante recuerdo de Dios. Puesto que, con la diligencia, el vigor, el empeño y la lucha, nos volvimos capaces de adquirir la caridad hacia Dios, formada en nosotros por la gracia y el don de Cristo. Una vez conseguida ésta, es fácil conseguir el segundo man-

<sup>&</sup>lt;sup>24</sup> Cf. 1 Co 10, 31.

<sup>25 1</sup> Jn 3, 15.

<sup>&</sup>lt;sup>26</sup> 1 Co 13, 7 y ss.

<sup>&</sup>lt;sup>27</sup> Cf. 1 Co 13, 1 y ss.

<sup>&</sup>lt;sup>28</sup> Cf. Ef 6, 12.

<sup>&</sup>lt;sup>29</sup> Cf. 1 Co 13, 1 y ss.

<sup>30 ±</sup> Co 9, 24.

<sup>31</sup> Cf. Mt 20, 26 y ss. y par.

<sup>32</sup> Cf. Ef 6, 6.

<sup>33</sup> Cf. Mt 22, 38,

damiento, el de la caridad hacia el prójimo.<sup>54</sup> Puesto que las cosas que están primero deben conseguirse antes que las otras, y es necesario ocuparse más de ellas; así las segundas vendrán detrás de las primeras.

Mas, si uno desprecia este primer y gran mandamiento<sup>35</sup> de la caridad hacia Dios, que proviene de nuestra disposición interior, de nuestra buena conciencia y de los pensamientos sanos vueltos hacia Él junto con el socorro de la ayuda divina, y quiere cumplir superficialmente y sólo exteriormente el segundo mandamiento, le es imposible desarrollarlo con total pureza. En efecto, la malicia fraudulenta, al encontrar el intelecto vacío del recuerdo, del amor y de la búsqueda de Dios, hace que los preceptos divinos aparezcan difíciles y fatigosos, encendiendo en el alma murmuraciones, tristezas y lamentos contra el servicio de los hermanos, o bien, engañando con la presunción de justicia, se envanece y les hace creer que es honorable, grande, y hombre que cumple los mandamientos en grado sumo.

12. Cuando un hombre presume de ser muy cuidadoso en la observancia de los mandamientos, peca de modo manifiesto y falla en ellos, por cuanto se juzga a sí mismo y no acoge a quien juzga con verdad. Puesto que, sólo cuando el Espíritu de Dios se une a nuestro espíritu para dar testimonio —según el dicho de Pablo—,36 somos verdaderamente dignos de Cristo e hijos de Dios, y no así cuando nos juzgamos a nosotros mismos con nuestra presunción. En efecto, dice: *Que no es bombre de probada virtud el que a sí mismo se recomienda, sino aquel a quien el Señor recomienda.* 37 Mas, cuando un hombre se encuentra privado del recuerdo y del temor de Dios, es inevitable que ame la gloria y vaya a la pesca de alabanza de aquellos que reciben su servicio. Un hombre tal es acusado de incredulidad por el Señor, como ya ha sido aclarado: 38 ¿Cómo podéis creer vosotros, que aceptáis gloria unos de otros y no buscáis la gloria que viene del único Dios? 39

13. Como ha sido dicho, el amor por Dios puede realizarse con mucha lucha y esfuerzo del intelecto por medio de pensamientos santos y ocupándose continuamente de todo lo que es el bien, porque el Adversario obstaculiza nuestro intelecto y no le permite la comunión con el

eros divino a través del recuerdo de los bienes, sino que lisonjea nuestra percepción sensible con concupiscencias terrenales. En efecto, la muerte del Maligno y, por así decirlo, su asfixia se dan cuando, por el amor y el recuerdo de Dios, el intelecto se encuentra libre de distracciones. De aquí también puede surgir el amor sincero por el hermano. Así, la verdadera simplicidad, mansedumbre, humildad, integridad, bondad y oración, y cada corona bellísima de virtud reciben la perfección por medio del único, solo y primer mandamiento del amor de Dios. 40

Son necesarios, entonces, mucha lucha y trabajo escondido y no manifiesto del examen de los pensamientos, así como el ejercicio de los débiles sentidos de nuestra alma, para discernir el bien del mal.<sup>41</sup> Por otra parte, también es necesario reforzar y reanimar con la inclinación diligente del intelecto hacia Dios los miembros fatigados del alma. Entonces nuestro intelecto, inclinándose constantemente hacia Él, se volverá un solo espíritu con el Señor,<sup>42</sup> según la palabra de Pablo.

14. Sin embargo —dice—, es necesario que quien ama la virtud dirija incesantemente, día y noche, esta lucha escondida, este trabajo, esta meditación por la práctica llena del mandamiento, ya sea que rece, que cumpla un servicio o que coma, beba o cualquier cosa que haga, <sup>43</sup> para que todo el bien sea hecho a mayor gloria de Dios y no nuestra; y entonces todo lo que respecta a los mandamientos se nos volverá fácil y agradable, puesto que el amor de Dios facilita y disuelva todo peso. Puesto que, como hemos aclarado, toda la lucha y la preocupación del Adversario es ésta: poder distraer al intelecto del recuerdo, del temor y del amor de Dios, llevándolo, con el anzuelo de las seducciones terrenales, desde el bien verdadero hacia los bienes aparentes.

15. Abraham el Patriarca, al recibir a Melquisedec, sacerdote de Dios, le ofreció las primicias del botín y así obtuvo de él la bendición. <sup>44</sup> Con estas primicias el Espíritu, llevándonos a un sentido espiritual más alto, nos hace entender que ante todo es necesario ofrecer a Dios en holocausto, como sacrificio sacerdotal, lo mejor, la gordura y la parte elegida de nuestra mezcla toda, es decir, el intelecto mismo, la misma conciencia y la misma potencia amante del alma. Ofrecer las primicias y la

 $<sup>^{34}</sup>$  Cf. Mt 22, 39.

<sup>35</sup> Cf. Mt 22, 38.

<sup>36</sup> Cf. Rm 8, 16.

<sup>&</sup>lt;sup>37</sup> 2 Co 10, 18.

<sup>38</sup> Cf. punto 5.

<sup>39</sup> Jn 5, 44.

<sup>&</sup>lt;sup>40</sup> Cf. Mt 22, 38.

<sup>&</sup>lt;sup>41</sup> Cf. Hb 5, 14.

<sup>&</sup>lt;sup>42</sup> Cf. 1 Co 6, 17.

<sup>43</sup> Cf. 1 Co 10, 31.

<sup>44</sup> Cf. Gn 14, 19 v ss.

parte elegida de los pensamientos rectos a su recuerdo, y conservarse incesantemente libres por amor a Él, por el *eros* indecible y sobrenatural. Así podremos recibir cada día crecimiento y progreso, ayudados por la gracia diviana, y la carga de la justicia de los mandamientos nos parecerá liviana, <sup>45</sup> si los cumplimos con pureza, irreprochablemente, obrando con nosotros el mismo Señor por nuestra fe en Él.

16. Respecto de la ascesis manifiesta; ¿qué ejercicio es el mejor y el primero?

Sabed, queridísimos, que las virtudes están unidas unas a otras y se mantienen firmes entre ellas como una cadena santa. Una está suspendida de la otra, como la oración a la caridad, la caridad al gozo, el gozo a la mansedumbre, la mansedumbre a la humildad, la humildad al servicio, el servicio a la esperanza, la esperanza a la fe, la fe a la obediencia, y la obediencia a la simplicidad. Como a su vez están unidas una a la otra las cualidades contrarias: el odio a la ira, la ira a la soberbia, la soberbia a la vanagloria, la vanagloria a la incredulidad, la incredulidad a la dureza de corazón, la dureza de corazón a la negligencia, la negligencia a la relajación, la relajación a la indiferencia a la acidia, la acidia a la intolerancia, la intolerancia al amor al placer. Y así las otras partes del vicio se relacionan entre ellas.

17. Todo lo que de bueno hace el hombre, el Maligno pretende mancharlo y contaminarlo con la mezcla de sus semillas, como la de la vanagloria, la presunción y también la murmuración o alguna otra parecida, para que el bien que se hace, o no sea exclusivamente para Dios, o no provenga de buena voluntad plena. Está escrito, en efecto, que Abel ofrecía sacrificios a Dios de lo mejor, la grasa y los primeros partos de sus ovejas, y que Caín igualmente ofrecía dones de los frutos de la tierra, mas no de los primeros; por esto Dios consideraba los sacrificios de Abel y no tenía en cuenta los dones de Caín. 46 De esto debemos concluir que es posible no hacer bien alguna cosa buena, es decir, hacerla con negligencia o con desprecio, o por algún otro motivo, y no sólo por Dios. Por eso ocurre que ello no sea agradable a Él.

### SOBRE LA ORACIÓN

18. La constancia en la oración es la suma de todo esfuerzo y el vértice de las buenas obras. A través de ella también adquirimos las otras virtudes, puesto que Dios, cuando es invocado, nos tiende la mano para ayudarnos. En efecto, en la oración, para los que fueron hechos dignos de ella, se produce una comunión con la operación mística y la conjunción de una disposición santa dirigida hacia Dios y hacia el mismo intelecto, en una caridad indescriptible por el Señor. Se ha dicho, en efecto: *Tú has dado a mi corazón más alegría.* Y el mismo Señor dice: *El Reino de Dios ya está entre vosotros.* Pero, al estar dentro del reino, ¿qué otra cosa puede magnificar si no que en las almas dignas queda claramente impresa la alegría celeste del Espíritu? Dado que las almas dignas ya reciben aquí, a través de la comunión operante del Espíritu, las arras y el anticipo de la felicidad y del gozo, de la alegría en el Espíritu en la que participan los santos del reino de Cristo.

Sabemos lo que el divino Apóstol declara: Jesucristo... que nos consuela en toda tribulación nuestra para poder nosotros consolar a los que están en toda tribulación, mediante el consuelo con que nosotros somos consolados por Dios. 49 Pero también la palabra: Mi corazón y mi carne gritan de alegría, hacia el Dios vivo; 50 y: como de grasa y médula se empapará mi alma; 51 y las otras que armonizan con éstas conducen hacia el mismo sentido y aluden a la alegría y al consuelo operantes en el Espíritu.

19. Como la obra de la oración es más grande que las demás, el esfuerzo y el cuidado de quien está enamorado de ella debe ser mayor, para evitar de esta manera tener que soportar un despojo por parte de la maldad. En efecto, el Maligno ataca con una tentación mayor a los que buscan un bien mayor; por lo tanto, quien es perseverante en la oración necesita mucha sobriedad, de modo que cada día nazcan para él los frutos de la caridad, de la humildad, de la simplicidad y de la bondad, y además del discernimiento, los cuales manifestarán su progreso y su crecimiento en las cosas de Dios, y de esta manera podrán consolar a los demás con la misma diligencia.

<sup>45</sup> Mt 11, 30.

<sup>46</sup> Cf. Gn 4, 4 v ss.

<sup>47</sup> Sal 4, 8.

<sup>&</sup>lt;sup>48</sup> Cf. Lc 17, 21.

<sup>&</sup>lt;sup>49</sup> Cf. 2 Co 1, 4.

<sup>50</sup> Cf. Sal 83, 3.

<sup>51</sup> Cf. Sal 62, 6.

20. El mismo divino Apóstol enseña a orar constantemente<sup>52</sup> y a perseverar en la oración.<sup>53</sup> También enseña la palabra del Señor que dice; *Tanto más será la venganza de Dios para quienes le griten a Él noche y día;*<sup>54</sup> y: *Velad y orad.*<sup>55</sup> Por lo tanto, es necesario rezar siempre sin desfallecer.<sup>56</sup> Pero, como el que persevera en la oración ha elegido la obra principal, es necesario que escoja, por este motivo, la lucha y el vigor inflexibles, porque bajo la asiduidad de la oración hay muchos impedimentos por parte de la maldad: sueño, acidia, pesadez del cuerpo, pensamientos desviados, intelecto inestable, relajamiento y otras costumbres del vicio; luego, las tribulaciones y la sublevación de los mismos espíritus malignos que nos combaten y se oponen a nosotros con ardor y obstaculizan al alma que en su acercamiento a Dios lo busca sin descanso en la verdad.

21. Es necesario que quien se dedica a la oración se fortifique con diligencia y moderación, con tolerancia y lucha del alma, y con esfuerzo del cuerpo. No debe relajarse ni alimentar las desviaciones del pensamiento, consagrándose al sueño excesivo o a la acidia, a la pereza y a la confusión de palabras desordenadas e inconvenientes o desviando la mente hacia alguna de estas cosas, considerando suficiente garantía el permanecer en posición erguida y de rodillas, mientras su intelecto permanece lejos de lo que está ocurriendo.

Dado que nada impide que quien no se prepare para ser rigurosamente moderado, oponiéndose a la materia de los pensamientos superfluos, examinándolos a todos atentamente y distinguiéndolos y anhelando siempre al Señor, sea frecuentemente provocado, sin darse cuenta, a causa de la maldad; también puede suceder que se exalte respecto de aquellos que aún no saben ser perseverantes en la oración, y a través de tales maldades destruya la buena actividad y la sacrifique al demonio maligno.

22. Si la humildad y la caridad, la simplicidad y la bondad no adornan nuestra oración—es decir, esta aparente oración—, ésta no será de nuestra utilidad. Y no hablemos solamente respecto de la oración, sino también respecto de cada esfuerzo y fatiga: de la virginidad, del ayuno, de la vigilia, de la salmodia, del servicio o de cualquier otra actividad

mediante la cual se desea obtener la virtud. Si no tuviésemos que ver en nosotros los frutos de la caridad, de la paz, del gozo, de la simplicidad, de la humildad y de la mansedumbre, de la sencillez y de la fe necesaria, de la paciencia y de la benevolencia, soportariamos las fatigas sin utilidad alguna. En efecto, nosotros aceptamos soportar las fatigas en virtud de la utilidad de sus frutos; pero, si no encontramos en nosotros los frutos de la caridad, la actividad es totalmente superflua. De modo que, si somos de esta manera, no diferimos en absoluto de las cinco vírgenes necias que, por no tener, en esta vida y en sus corazones, el aceite espiritual que es precisamente la operación de dichas virtudes a través del Espíritu, fueron llamadas necias y excluidas miserablemente de las bodas reales, sin haber obtenido ningún beneficio del esfuerzo que significa la virginidad.

En efecto, como en el cultivo de la vid, todo cuidado y fatiga se realizan en forma anticipada ante la esperanza de los frutos, pero si no hay cosecha la fatiga ha sido vana. De esta manera, si no viéramos en nosotros mismos, por operación del Espíritu, los frutos de la caridad, de la paz, del gozo y de las demás virtudes que enumera el Apóstol, <sup>57</sup> y tuviéramos que aceptar con plena certeza y percepción espiritual, el esfuerzo por la virginidad, por la oración y por la salmodia, por el ayuno y por la vigilia, sería superfluo. Porque estas fatigas del alma y del cuerpo deben ser realizadas con la esperanza de obtener frutos espirituales. como ya hemos dicho, y la producción de los frutos de las virtudes es, en los corazones fieles y humildes, gozo espiritual unido al placer incorruptible realizado de manera inefable por el Espíritu. De esta manera, que las fatigas y los trabajos sean considerados por lo que realmente son: fatigas y trabajos; y los frutos, frutos. Pero, si alguien, por falta de conocimiento, creyera que su actividad y su trabajo son frutos del Espíritu, que no permanezca en la ignorancia, seduciéndose y engañándose a sí mismo, y privándose, en virtud de su estado, de los verdaderos grandes frutos del Espíritu.

23. Así como quien se vuelca por entero al pecado cumple con todas las pasiones deshonrosas contra natura, es decir, la impudicia, la fornicación, la avidez, el odio, el engaño y las demás costumbres del vicio, como cosas naturales, en el goce y en el placer; así quien es verdadero y perfecto cristiano busca, como cosas naturales, todas las virtudes y todos los frutos sobrenaturales del Espíritu, es decir, la caridad, la paz, la paciencia, la fe, la humildad y toda especie verdade-

<sup>52</sup> Cf. 1 Ts 5, 17.

<sup>53</sup> Cf. Rm 12, 12.

<sup>54</sup> Cf. Lc 18, 7,

<sup>55</sup> Mt 26, 41.

<sup>56</sup> Cf. Lc 18, 1,

<sup>&</sup>lt;sup>57</sup> Cf. Ga 5, 22.

ramente áurea de la virtud, con mucho gozo y placer espiritual, yà sin pena y fácilmente. Y ya no combate contra las pasiones del vicio, porque ha sido perfectamente rescatado por el Señor y ha acogido en el corazón, por medio del Espíritu bueno, la paz perfecta y el regocijo de Cristo. Éste es quien se ha unido al Señor y se ha convertido en un solo espíritu junto con Él.<sup>58</sup>

24. Los que por puericia espiritual aún no son capaces de dedicarse en grado sumo a la oración deben aceptar servir a los hermanos con piedad, fe y temor de Dios, como quien sirve a un mandamiento del Señor y a un asunto espiritual, y no como quien espera de los hombres compensación u honor o agradecimiento alguno. Y ello, sin dar lugar en modo alguno a la murmuración, al orgullo, a la negligencia o a la vanidad, para que esta buena obra no sea manchada ni arruinada, sino que sea agradable a Dios por la piedad, el temor y la alegría.

25. El Señor, con tanta benevolencia y tanta bondad, ha sido tan condescendiente con los hombres —¡oh la divina compasión por nosotros!—, que se ha preocupado de no descuidar ninguna compensación por las obras buenas, sino de guiarlos a todos desde las virtudes pequeñas hacia las más grandes, para no privar a nadie siquiera de recibir como recompensa un vaso de agua fresca; dado que ha dicho: El que dé un vaso de agua fresca a uno de mis discípulos, en verdad os digo, no perderá su recompensa. <sup>59</sup> Y agrega: Cada vez que lo hicieron con alguno de ellos, lo hicieron conmigo. <sup>60</sup> Λ condición de que se haga por Dios y no por la gloria humana, agregó "sólo por el nombre de discípulo", es decir, por temor y amor de Cristo; reprendiendo a su vez a los que hacen el bien con ostentación, agregó, afirmando su palabra con decisión: En verdad os digo han recibido su recompensa. <sup>61</sup>

26. Que se inicien de todas formas, como fundamento en la fraternidad, antes que las demás virtudes, la simplicidad, la sinceridad, la caridad recíproca, el gozo y la humildad, para que no sea vano nuestro esfuerzo exaltándonos o murmurando los unos contra los otros, y para que quien persevere incesantemente en la oración no se exalte ante quien no lo sabe hacer; o para que quien se dedique al servicio no murmure contra quien se consagra a la oración. En cambio, si unos con otros se comportan con esta simplicidad y con esta disposición, lo que

excede en el que persevera en la oración recompensa lo que falta en el que sirve, y lo que excede en éste recompensa lo que falta en los que se consagran a la oración. De esta manera, en la mayor parte de los casos se produce la igualdad, según lo que se ha dicho:<sup>62</sup> Ni los que recogieron mucho tenían más, ní los que recogieron poco tenían menos.<sup>63</sup>

27. Hágase la voluntad de Dios así en la tierra como en el cielo<sup>64</sup> cuando, como se ha dicho, no nos levantamos los unos contra los otros, cuando no sólo sin celos sino también con sencillez, en una participación de caridad, de paz y de gozo, estamos unidos los unos con los otros, considerando propio, como debe ser, el progreso del prójimo, y considerando-como propio lo que a él pueda faltarle.

28. Quien es perezoso en la oración, ligero y negligente en el servicio para con los hermanos o en cualquier otro trabajo que se realice según Dios, es llamado claramente ocioso por parte del Apóstol, y además se lo juzga indigno hasta del mismo pan. En efecto, ha dicho aquél: *Que el ocioso ni siquiera coma.* 65 En otras palabras, se ha dicho que hasta Dios odia a los ociosos y que el ocioso no puede ser fiel. Y la Sabiduría dice: *que mucho mal enseñó la ociosidad.* 66 Por lo tanto, conviene que cada uno produzca el fruto de una obra cualquiera, realizada según Dios, y que esté dispuesto con esmero aun con respecto a un solo bien, para no aparecer totalmente estéril y absolutamente excluido de los bienes eternos.

29. Para los que afirman —dice— que es imposible alcanzar la perfección y la liberación total de las pasiones o que también es dificil obtener la comunión y la plenitud del Espíritu bueno, es necesario llevarles el testimonio de las Sagradas Escrituras y demostrarles que ellos tienen un conocimiento equivocado y que, por lo tanto, efectúan discursos falsos y peligrosos. En realidad, el Señor dice: Vosotros, pues, sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial.<sup>67</sup> Con estas palabras quiere significar la absoluta pureza. Por otra parte, quiero que donde yo esté estén también conmigo, para que contemplen mi gloria.<sup>68</sup> Estas pa-

<sup>&</sup>lt;sup>58</sup> Cf. 1 Co 6, 17.

<sup>59</sup> Cf. Mt 10, 42.

<sup>60</sup> Mt 25, 40,

<sup>61</sup> Mt 6, 2, 15, 16,

<sup>62</sup> Cf. 2 Co 8, 14

<sup>63</sup> Ex 16, 17 y ss.

<sup>64</sup> Cf. Mt 6, 10.

<sup>65</sup> Cf. 2 Ts 3, 10.

<sup>66</sup> Si 33, 28.

<sup>67</sup> Mt 5, 48.

<sup>68</sup> Jn 17, 24.

labras son las de Aquel que dice: El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. 69 Y luego, la palabra del Apóstol: para presentaros, santos, inmaculados e irreprensibles delante de Él,70 y las otra: basta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento pleno del Hijo de Dios, al estado de hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo. 71 Todas estas palabras llevan al mismo significado. De esta manera, con la mira hacia la perfección, suceden dos cosas bellísimas: perseguimos el fin con intensa e incesante lucha, con la esperanza de esta medida y de este ascenso, y no nos consumimos de orgullo, sino que somos modestos y nos sentimos pequeños, por no haber aún alcanzado lo que es perfecto.

30. Quienes afirman estas cosas —dice— le producen al alma el daño más grande, de tres maneras. Primero, porque demuestran no tener fe en las Escrituras divinamente inspiradas; luego porque, al no haber conseguido el más grande y divino objetivo del Cristianismo y al no estar ansiosos por alcanzarlo, no pueden poseer fatiga y empeño, hambre y sed de justicia. 72 y, en cambio, afirmando su propia seguridad sobre modos y costumbres externos, y con algunas pocas obras buenas, no alcanzan la beata esperanza, la perfección, la completa purificación de las pasiones. Tercero porque, creyendo haber alcanzado el vértice por el logro de algunas virtudes, sin aspirar a lo que es perfecto, no sólo no pueden tener mínimamente humildad, pobreza y contrición del corazón, sino que, justificándose a sí mismos como quien ya lo ha aferrado, no reciben cada día ni progreso ni crecimiento alguno.

31. A quienes crean imposible que se pueda producir este cambio en los hombres en virtud del Espíritu, que es la nueva creación<sup>73</sup> del corazón puro,<sup>74</sup> el Apóstol los considera abiertamente similares a los que, por incredulidad, no fueron considerados dignos de entrar en la tierra prometida y por ello sus cadáveres cayeron en el desierto. Dado que lo que allí era visiblemente la tierra prometida, aquí es la ima-

gen de la liberación de las pasiones que precisamente el Apóstol considera como el fin de cada mandamiento. Ésta es en realidad la verdadera tierra prometida, y por ella todos los acontecimientos fueron transmitidos en imagen. Asimismo, el divino Pablo, para proteger la vida de los discípulos, para que no sucediera que alguno fuera acometido por un pensamiento de incredulidad, dijo: ¡Mirad, hermanos!, que no baya en ninguno de vosotros un corazón maleado por la incredulidad que le baga apostatar de Dios vivo.<sup>76</sup>

Ello supone alejarse no en el sentido de renegar, sino en el de no creer en sus promesas. Y, alegorizando los símbolos de los hebreos y comparándolos con la verdad, agregó: ¿Quiénes son los que, habiéndole oído, le movieron a querella? ¿Es que no fueron todos los que salieron de Egipto por medio de Moisés? Y ¿contra quiénes se irritó durante cuarenta años? ¿No fue acaso contra los que pecaron, cuyos cadáveres caveron en el desierto? Y ¿a quiénes juró que no entrarían en su descanso sino a los que le desobedecieron? Así, vemos que no pudieron entrar a causa de su incredulidad.<sup>77</sup> Y agregó: Temamos, pues, no sea que, permaneciendo aún en vigor la promesa de entrar en su descanso, alguno de vosotros parezca llegar rezagado. También nosotros hemos recibido una buena nueva, lo mismo que ellos. Pero la palabra que oyeron no aprovechó nada a aquellos que no estaban unidos por la fe a los que la escucharon. De becho, hemos entrado en el descanso los que hemos creído. 78 Y luego agregó nuevamente: Esforcémonos, pues, por entrar en ese descanso, para que nadie caiga imitando aquella desobediencia.<sup>79</sup> Pero qué otro verdadero descanso de los cristianos existe, si no la liberación de las pasiones del pecado y la plena y eficaz habitación en el Espíritu bueno en el corazón puro? Y aquí, por cierto, induciéndolos nuevamente hacia la fe, dijo: Acerquémonos con sincero corazón, en plenitud de fe, purificados los corazones de conciencia mala y lavados los cuerpos con agua pura.80 Y también: ¿Cuánto más la sangre de Cristo, purificará nuestra conciencia de la obras muertas para servir al Dios vivo y verdadero?81 Conviene, pues, que, por la desmesurada bondad de Dios prometida a los hombres con estas palabras, nosotros acojamos

<sup>69</sup> Mt 24, 35.

<sup>70</sup> Col 1, 24.

<sup>71</sup> Ef 4, 13.

<sup>72</sup> Cf. Mt 5, 6.

<sup>&</sup>lt;sup>73</sup> Cf. 2 Co 5, 17.

<sup>74</sup> Cf. Sal 50, 12,

<sup>75</sup> Cf. Hb 3, 17.

<sup>76</sup> Hb 3, 12.

<sup>77</sup> Hb 3, 16-19.

<sup>78</sup> Hb 4, 1-3.

<sup>&</sup>lt;sup>79</sup> Cf. Hb 4, 11.

<sup>80</sup> Hb 10, 22.

<sup>81</sup> Hb 9, 14.

estas promesas como ciertas y verdaderas, como siervos agradecidos, para que, aun cuando, por la pereza y por la debilidad de nuestro propósito, no nos hemos ofrecido de una vez por todas a Él que nos creó, ni siquiera nos hemos arrogado las grandes y perfectas medidas de la virtud, podamos obtener un poco de misericordia por la rectitud y por la firmeza de nuestro sentimiento y por nuestra sana fe.

32. La obra de la oración y de la Palabra, 82 cumplida de manera conveniente, satisface por sobre toda virtud y mandamiento. Esto lo testimonió el mismo Señor, cuando fue a la casa de Marta y de María, y la primera estaba muy ocupada en servir mientras la segunda, sentada a sus pies, se deleitaba con la ambrosía de aquella divina lengua; Marta le reprochaba a su hermana que no la ayudara y por este motivo se dirigió al Señor, pero Él, haciéndole ver la cosa más importante antes que la secundaria, le dijo: Marta, Marta, tú te fatigas y te agitas por muchas cosas, pero solamente una es necesaria, María en cambio ba elegido la parte buena que no le será quitada.83 Pero, como hemos dicho, esto lo dijo no para desaprobar la obra del servicio, sino para anteponer de manera absoluta lo que es más grande a lo que es inferior, dado que Él mismo soportó el hecho de servir y demostró haberse convertido en servidor al lavarles los pies a los discípulos<sup>84</sup> y, lejos de impedirlo, les ordenó luego que hiciesen lo mismo unos con otros.85 Verás, sin embargo, que también los apóstoles mismos, si bien antes se fatigaban por servir a las mesas, determinaron una preferencia para mejorar la obra de la oración y de la Palabra. Dijeron, en efecto: No parece bien que nosotros abandonemos la palabra de Dios por servir a las mesas; elijamos hombres plenos de Espíritu Santo y establezcámoslos para realizar este servicio, mientras que nosotros nos dedicaremos a la oración y al ministerio de la Palabra.86 ¿Ves cómo prefieren las primeras cosas a las segundas, si bien no ignoran que ambas son brotes de la misma buena raíz?

#### SOBRE LA PACIENCIA Y EL DISCERNIMIENTO

33. A quienes buscan obedecer la palabra de Dios, trabajan y obtienen buenos frutos, corresponden estos signos: gemido, llanto, tristeza, besiquía, agitación de la cabeza, oración, silencio, perseverancia, dolorosa aflicción espiritual, fatiga del corazón en virtud de la piedad; y las obras: vigilia, ayuno, continencia, mansedumbre, longanimidad, oración incesante, meditación de las Sagradas Escrituras, fe, humildad, amor fraterno, sumisión, fatiga, sufrimiento, caridad, bondad, modestía y, la suma que todo, la luz que es el Señor.<sup>87</sup>

En cambio, los signos de los que no obtienen frutos de vida son los siguientes: acidia, distracción, desatención, murmuración, estupidez; en tanto las obras son: voracidad, cólera, ira, maledicencia, vanidad, conversaciones fuera de lugar, incredulidad, inestabilidad, olvido, agitación, ganancia deshonesta, amor por el dinero, celos, contienda, altanería, habladurías, risa inoportuna, deseo de gloria y, la suma de todo, la tiniebla que es Satanás.

34. En la divina economía —dice—, el Maligno no fue enviado rápidamente a la Gehena que se había procurado, sino que recibió una dilación para la prueba y el examen del hombre y de su libre arbitrio, para la prueba, aun contra su voluntad, de los justos y de los santos mediante la paciencia, y para ser causa de mayor gloria para ellos. Por otra parte, en cambio, se le prepara un nuevo y más justo castigo, en virtud de su propia voluntad de hacer el mal y de sus propósitos contra los santos, para que, como dice el Apóstol, *el pecado ejerciera todo su poder de pecado por medio del precepto.*<sup>88</sup>

35. El Enemigo, al seducir y dominar a Adán, <sup>89</sup> le quitó el poder y fue denominado príncipe de este siglo. <sup>90</sup> Pero el Señor, desde el principio, había instituido príncipe de este siglo y dueño de todas las cosas al hombre. <sup>91</sup> En efecto, el fuego no prevalecía sobre él ni el agua lo sumergía; ninguna fiera le causaba daño, y el veneno de la serpiente no actuaba en él. <sup>92</sup> Pero desde el momento en que sucumbió a la seducción, le ofreció el principado al seductor. Por este motivo, magos y

<sup>82</sup> Cf. Hch 6, 4.

<sup>83</sup> Cf. Lc 10, 42.

<sup>84</sup> Cf. Jn 13, 5 y ss.

<sup>85</sup> Cf. Jn 13, 14 y ss.

<sup>86</sup> Cf. Hch 6, 4.

<sup>87</sup> Cf. Jn 8, 12.

<sup>88</sup> Rm 7, 13.

<sup>89</sup> Cf. Gn 3, 13.

<sup>90</sup> In 12, 31.

<sup>91</sup> Cf. Gn 1, 26.

<sup>92</sup> Cf. Mc 16, 18.

282

hechiceros, en virtud de una energía adversa y por consentimiento de Dios, realizan cosas extraordinarias.

En efecto, dominan a los animales venenosos, osan enfrentar al fuego y al agua, como Jannés y Jambrés se enfrentaron al Moisés<sup>93</sup> y como Simón se enfrentó a Pedro el Corifeo.<sup>94</sup>

36. Yo creo —dice— que el enemigo quedó muy herido al ver la primitiva gloria de Adán, resplandeciente sobre el rostro de Moisés, deduciendo de ello la prueba de la destrucción de su reino. Y nada impide que también la palabra del Apóstol, con todo, reinó la muerte desde Adán hasta Moisés, aun sobre aquellos que no pecaron, 95 se refiera a esto. En efecto, pienso que el rostro glorioso de Moisés conservaba el tipo y el ejemplo del primer hombre creado por las manos de Dios y que al verlo, la muerte, es decir la causa de la muerte, el Diablo, justamente allí sospechó su caída del reino; cosa que sufrió realmente en el tiempo del Señor. Por lo tanto, a partir de ese momento los verdaderos cristianos están revestidos de esta gloria, y la muerte y las pasiones infames 96 son destruidas interiormente y no pueden actuar, porque la gloria del Espíritu resplandece en sus almas con un sentimiento total de plena certeza. Luego, en la resurrección, la muerte será totalmente aniquilada. 97

37. El Enemigo logró que Adán se quedara sin la gloria que lo rodeaba, engañándolo por medio de un similar suyo, es decir, la mujer;<sup>98</sup> de esta manera, él fue encontrado desnudo y conoció su vergüenza,<sup>99</sup> que antes no había visto porque su sentimiento se deleitaba con las bellezas celestiales.

Pero, luego de la caída, sus pensamientos se tornaron bajos y terrenales, y su sentimiento simple y bueno se unió a un sentimiento carnal de maldad. El paraíso cerrado y confiado a la espada de fuego del querubín, con la entrada prohibida al hombre<sup>100</sup> es lo que creemos que ha ocurrido aun de manera visible, como está dicho; pero este paraíso tam-

bién se encuentra escondido en cada alma. En efecto, alrededor del corazón hay un velo de tiniebla, es decir, el fuego del espíritu del mundo que no permite que el intelecto se encuentre con Dios ni tampoco que el alma ore, crea, ame al Señor como quisiera. Las experiencia de todas estas cosas es maestra para los que sinceramente se entregaron al Señor, mediante la perseverancia en la oración y con el ímpetu vigoroso contra aquel que la combate.

38. El príncipe de este siglo es bastón de corrección y de flagelo para los pequeños de espíritu, procurando para ellos, como hemos dicho, <sup>101</sup> gloria grande y mayor honor mediante las tribulaciones y las tentaciones, dado que el resultado de éstas es que se vuelven perfectos, mientras que aquél prepara para sí un castigo mayor y más grave. En efecto, por medio de él se realiza perfectamente una gran economía, como se dijo en algún lugar; el mal, con una intención no buena, coopera con el bien. En realidad, para las almas buenas que tienen una buena intención, terminan bien aun aquellas cosas que parecen dolorosas. Como también dijo el Apóstol: *Sabemos que en todas las cosas interviene Dios para el bien de los que le aman.* <sup>102</sup>

39. Por esto —dice— ha sido dejado el bastón de corrección, es decir el Diablo, para que a través de él las vasijas puestas en el fuego como en un horno sean más sólidas y, en cambio, sean rechazadas las de mala calidad, que son frágiles y no han soportado el calor del fuego. Sin embargo, al ser aquél siervo y criatura del Señor, no tienta cuando a él le parece, ni lleva consigo todas las tribulaciones que quiere, sino lo que le consiente el Señor con su permiso. Dado que Él, conociendo perfectamente las cosas de todos, permite que cada uno sea sometido a tanta prueba como está dentro de sus posibilidades. Como lo cree el Apóstol, que dice: *Y fiel es Dios que no permitirá seáis tentados sobre vuestras fuerzas. Antes bien, con la tentación os dará modo de poderla resistir con éxito.* 103

40. Quien busca y llama, <sup>104</sup> según la palabra del Señor, y pide hasta el fin, obtiene lo que ha pedido. La única condición es que tenga la franqueza de buscar continuamente con el intelecto y con la lengua, y que persevere sin ceder en el culto corporal hacia Dios, sin inmiscuirse en los asuntos del mundo y sin ser complaciente con las pasiones vicio-

<sup>93</sup> Cf. Ex 7, 11 y ss.; 2 Tm 3, 8.

<sup>94</sup> Cf. Hch 8, 9 y ss.

<sup>95</sup> Rm 5, 14.

<sup>&</sup>lt;sup>96</sup> Cf. Rm 1, 26.

<sup>&</sup>lt;sup>97</sup> Cf. 1 Co 15, 26, 54.

<sup>&</sup>lt;sup>98</sup> Cf. Gn 3, 12 y ss.

<sup>99</sup> Cf. Gn 3, 10.

<sup>100</sup> Cf. Gn 3, 24

<sup>101</sup> Cf. punto 34.

<sup>102</sup> Rm 8, 28.

<sup>103 &</sup>lt;sub>1</sub> Co 10, 13.

<sup>104</sup> Cf. Mt 7, 8.

sas. Dado que no miente quien ha dicho: Todo lo que pidáis en oración lo conseguiréis. 105 Y los que dicen que, aun cuando uno cumple todo lo que le ha sido ordenado y habiendo perseverado, no obtiene la gracia en este siglo y no ha ganado nada, saben y hablan mal en desacuerdo con las divinas Escrituras. Puesto que no hay injusticia en Dios; no es posible que, si nosotros cumplimos rectamente con nuestros deberes. Él descuide los suyos. Sólo ten cuidado en el momento en que tu alma se separe de este mísero cuerpo, estate preparado para la lucha y esfuérzate en la espera de la promesa, con perseverancia, fiel a la búsqueda, en la duda. Yo te digo, y tú no seas incrédulo, que entonces te irás con gozo, y tendrás y serás digno del reino. Tal hombre, en efecto. en la inmaterialidad del alma, en virtud de la fe y del deseo, está ya en comunión con Dios. Dado que es como quien mira a la mujer deseándola v va ha cometido adulterio con ella en su corazón<sup>106</sup> y, si bien no se ha contaminado su cuerpo, ya se considera adúltero. Pues quien rechaza el mal desde el corazón y se une a Dios<sup>107</sup> con el deseo y la búsqueda, con una predisposición basada en la asiduidad y en el amor a Él, es como si ya estuviera unido a Dios y enseguida obtiene esto como don de Dios, es decir, de ser asiduo en la oración, mediante una buena diligencia y una vida virtuosa. Si quien ofrece un vaso con agua fresca no perderá su recompensa, 108 con más razón Dios les dará lo que les ha prometido a guienes persisten día y noche en la súplica.

41. A los que se encuentran en dificultades —porque llega el día en el que se odiará al hermano o bien se tendrá el conocimiento de algo que sucederá y se sufrirá involuntariamente— es necesario decirles que siempre debe haber lucha sin cuartel para el hombre y asimismo diligencia para resistir al Maligno y los malos pensamientos. En efecto, es imposible que, donde estén las tinieblas de las pasiones y la muerte del sentir carnal, no aparezca aunque sea un fruto propio del vicio, ya sea en forma encubierta o abiertamente. En efecto, así como es imposible que una herida del cuerpo aún no curada deje de supurar, de estar húmeda, y se infecte aunque sea un poco o se hinche y se entumezca, y esto ocurre aun cuando se tiene cuidado y se hace todo lo posible para su curación, en cambio, si se descuida, probablemente la infección se extienda y tal vez dañe todo el cuerpo; del mismo-modo —créeme—,

también las pasiones del alma, aun cuando reciben muchos cuidados, siguen quemando interiormente; pero quien persevera en la curación, con la gracia y la sinergia de Dios, logra curarse perfectamente. Sin embargo, hay una suciedad escondida y una enorme oscuridad de las pasiones que, debido a la transgresión de Adán, se introdujeron en toda la humanidad contra la pura naturaleza del hombre. Ello enturbia y contamina tanto el cuerpo como el alma. Pero, de la misma manera en que se purifica el hierro cuando está candente y es golpeado, o el oro mezclado con el cobre o con el hierro se separa sólo con el fuego, así también el alma, candente y golpeada por el Espíritu bueno, por los sufrimientos incontaminados del Salvador, es purificada de todo pecado y de toda pasión.

42. Así como muchas lámparas que son encendidas con un mismo aceite y un mismo fuego, frecuentemente, no tienen la misma intensidad de luz, de igual manera los dones que proceden de las obras buenas tienen diferente luz del Espíritu bueno. O bien, cuando muchas personas habitan en una misma ciudad y consumen el mismo pan y beben la misma agua, algunos son hombres, otros son niños, otros son jóvenes, otros ancianos, y mucha es la distancia y la diferencia entre ellos; o bien, como la semilla sembrada en el mismo terreno produce diferentes clases de espigas que, no obstante, son cosechadas en la misma era y puestas en el mismo granero; de igual manera, créeme, también en la resurrección de los muertos será distinguida y reconocida la diferencia de la gloria de los resucitados, según el mérito de las obras buenas, según la comunión del divino Espíritu que desde ahora habita en ellos. Esto significa la palabra: Y una estrella difiere de otra en resplandor. 109

43. Si bien algunas estrellas son más pequeñas que otras, resplandecen por cierto con una única luz. La similitud es clara. Pero prestemos atención tan sólo a esto: quien ha nacido del Espíritu Santo que lave el pecado que habita en él. En efecto, ese mismo nacimiento por el Espíritu Santo ya posee parcialmente la imagen de la perfección, tanto en la figura como en los miembros, pero no en potencia, en intelecto o en fortaleza. Dado que quien ha alcanzado el estado de hombre perfecto, a la madurez<sup>110</sup> se ha liberado naturalmente de las cosas del niño, <sup>111</sup> y esto es justamente lo que dice el Apóstol: tanto las lenguas como las profecías desaparecerán. <sup>112</sup> En efecto, así como el que se hizo hombre

<sup>105</sup> Cf. Mt 21, 22.

<sup>106</sup> Cf. Mt 5, 28.

<sup>107</sup> Cf. 1 Co 6, 17.

<sup>108</sup> Cf. Mt 10, 42.

<sup>109 1</sup> Co 15, 41.

<sup>110</sup> Ef 4, 13.

<sup>111</sup> Cf. 1 Co 13, 11.

<sup>112</sup> Cf. 1 Co 13, 8.

no acepta ni alimentos ni conversaciones convenientes a un niño, pero es intolerante con ellos, dado que ya tiene otro modo de vida, de igual manera quien crece en el cumplimiento de las obras buenas según el Evangelio deja su estado infantil con vistas a la perfección. Como sigue diciendo el divino Apóstol: *Al hacerme hombre, dejé todas las cosas de niño.*<sup>113</sup>

44. Lo que se genera según el Espíritu, en cierta manera, como lo hemos demostrado, es perfecto, del mismo modo que decimos que este niño es perfecto si conserva íntegras todas sus partes. Ahora bien, el Señor no da el Espíritu y la gracia para que se caiga en el pecado; pero los mismos hombres son causa de sus propios vicios, dado que no se conforman con la gracia y por eso son atrapados por aquéllos. Sin embargo, el hombre también puede caer por sus pensamientos naturales, por negligencia, por desprecio o presunción. Escucha, pues, lo que dice Pablo: Y por eso, para que no me engría con la sublimidad de esas revelaciones, fue dado un aguijón a mi carne, un ángel de Satanás. 114 ¿Ves que también los que lograron dichas medidas necesitan seguridad? Pero, sobre todo, si no es el hombre quien provoca a Satanás, éste no podrá dominarlo con violencia. Por lo tanto, la cosa no es para ponerla ni a cuenta de Cristo ni tampoco del Adversario, pero quien se une a la gracia del Espíritu hasta el fin está de parte de Cristo; y, si no es así, aun cuando ha sido generado por el Espíritu Santo, es decir, aunque participe del Espíritu Santo, será él mismo causa de su perdición yendo en pos de Satanás. 115 En efecto, si el Señor o Satanás lo tomaran a la fuerza, el hombre por sí no sería causa de su caída en la Gehena o de la obtención del reino.

45. El amante de la virtud debe tratar de tener mucho discernimiento para saber reconocer lo que distingue el bien del mal e investigar y comprender las diversas artes del Maligno —el cual suele ilusionar a la mayoría con fantasías verosímiles—, teniendo presente que lo que está seguro es útil para todo. Así como quien, al querer probar la modestia de su mujer, se acerca a ella de noche como si fuera un extraño, y al ver que ella lo rechaza se alegra por no ser aceptado y acoge con alegría esa seguridad, de igual manera nosotros también debemos estar preparados para los asaltos de los seres espirituales. Y, si además tuviese que rechazar a los celestiales, ellos gozarán más y te harán partícipe

de una mayor gracia y de un pleno gozo espiritual, al haber sido probado, justamente en esto, tu amor por el Señor. Por lo tanto, no tengas apuro en entregarte sin pensar a la visita de los seres espirituales que se te acerquen, aun si se tratase de los mismos ángeles del cielo; más bien quédate quieto y entrégate a un cuidadoso examen, logrando de esta manera tu bien y rechazando el mal; dado que de esta manera acrecentarás en ti las operaciones de la gracia, justamente aquellas que el pecado, aun fingiendo hacer el bien, no podrá ofrecerte en absoluto. Porque, según el Apóstol, Satanás se disfraza de ángel de luz<sup>116</sup> para lograr el engaño, mas aunque se rodeara de imágenes luminosas no podría ofrecer la energía buena -como se dijo-mediante la cual incluso el imperfecto se hacer perfecto. No puede, en efecto, operar caridad hacia Dios o hacia el prójimo; tampoco puede operar mansedumbre, humildad, alegría, paz, ni estabilidad en los pensamientos, odio por el mundo, reposo espiritual, ni tampoco concupiscencia por las cosas celestiales; tampoco puede detener pasiones o pensamientos, cosas que son abiertamente producto de la gracia. Dice, en efecto: En cambio el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, etc.117

Pero Satanás es muy hábil y capaz para producir de inmediato, en lo más íntimo, orgullo y soberbia. Por lo tanto, de acuerdo con la operación que se produce, sabrás si la luz inteligible que resplandece en tu alma proviene de Dios o de Satanás; aunque al alma misma, si se es fuerte en el discernimiento, mediante la percepción espiritual, se le manifiesta rápidamente la diferencia. En efecto, así como el vinagre y el vino a simple vista son la misma cosa, pero con la sensibilidad del gusto se perciben las propiedades de cada uno, de igual manera el alma, mediante la misma percepción espiritual y mediante su operación, puede distinguir los dones del Espíritu y los fantasmas del-extranjero.

46. Es necesario que el alma considere y prevea, con sus mismos ojos, lo que es mejor para no caer, por poco que sea, en poder del Adversario. Dado que, así como es inevitable que un animal caído en una trampa, y aun teniendo una parte de su cuerpo abatida, cae en manos de los cazadores, de igual manera suele sucederle al alma por parte de los enemigos. Y esto lo afirma claramente el Profeta cuando dice: *Tendían ellos una red bajo mis pasos, mi alma se doblaba*.<sup>118</sup>

<sup>113 1</sup> Co 13, 11.

<sup>114 2</sup> Co 12, 7.

<sup>115</sup> Cf. 1 Tm 5, 15,

<sup>116</sup> Cf. 2 Co 11, 14.

<sup>117</sup> Ga 5, 22.

<sup>118</sup> Sal 56, 7.

47. Quien quiera entrar por la puerta estrecha en la casa del fuerre y saquear su ajuar, 119 no debe complacerse por el bienestar y por el esplendor del cuerpo, pero sí debe fortificarse por el bien del Espíritu, recordando al que dijo: La carne y la sangre no pueden heredar el Reino de los cielos. 120 Pero ¿como debemos fortificarnos en el Espíritu? Es necesario prestar atención al Apóstol, que dice: El mundo mediante su propia sabiduría no conoció a Dios en su divina sabiduría; 121 en tanto el Profeta dice: Vi al Hijo del hombre y su aspecto era despreciable y desecho de hombres, varón de dolores y sabedor de dolencias. 122 Por lo tanto, quien quiera convertirse en hijo de Dios, es necesario que antes sea humillado como Él y sea considerado loco y despreciable; no debe hurtar el rostro a los salivazos; 123 no debe perseguir ni gloria ni belleza en este siglo, ni nada que se le parezca; no debe tener donde reclinar la cabeza; 124 debe ser injuriado y despreciado, debe ser considerado como algo aborrecible y capaz de ser pisado por todos, debe ser combatido ocultamente y manifiestamente, y contrariado en su pensamiento. Entonces, el Hijo mismo de Dios, quien justamente ha dicho Habitaré y caminaré en medio de vosotros, 125 se manifestará en su corazón v otorgará potencia y fuerza para sujetar al fuerte y quitarle sus cosas, y caminar sobre el áspid y el basilisco, 126 sobre los escorpiones y las serpientes. 127

48. No es pequeño el combate que tenemos por delante, el de despedazar a la muerte. En efecto, como se ha dicho: *El reino de Dios ya está entre vosotros*, <sup>128</sup> de esta manera, también ella se encuentra en combate dentro de nosotros y nos quiere hacer prisioneros. Por lo tanto, que el alma no ceda en modo alguno hasta que no haya matado a la muerte que quiere hacerla prisionera. Entonces huirán toda tribulación, aflicción y llanto, y la tierra árida se convertirá en hontanar, <sup>129</sup> y

el desierto se convertirá en una multitud de aguas. <sup>1,50</sup> En efecto, el Señor ha permitido llenar el corazón de agua viva, primero, a través del profeta, quien dice: *Derramaré agua sobre el sediento suelo, raudales sobre la tierra seca*; <sup>1,31</sup> y luego, cuando Él mismo dice: *pero el que beha del agua que yo le dé, no tendrá sed jamás*. <sup>1,32</sup>

49. El alma que se deja tomar fácilmente por la acidia está claramente invadida por la incredulidad y por ello transcurre día tras día sin acoger la Palabra. En cambio, frecuentemente se agita con sueños sin comprender la guerra interior, dado que está invadida por la presunción. Pero la presunción es herida del alma, que no le permite reconocer su propia debilidad.

50. Así como un niño apenas nacido conserva la imagen del hombre adulto, de igual manera el alma es una imagen de Dios que la hizo. Y, como el niño mientras crece reconoce gradualmente a su padre. pero cuando alcanza la plenitud de la edad padre e hijo comparten todo perfectamente y al hijo le son reveladas las riquezas del padre, de igual manera, también el alma antes de la desobediencia debería haber progresado y de este modo alcanzar al hombre perfecto, 133 pero a causa de aquélla descendió al mar del olvido y al abismo del error, y ha habitado en las puertas del infierno. Ahora, el alma que se había alejado tanto de Dios era incapaz de acercarse a Él y reconocer bien a Aquel que la había plasmado, y por eso Dios la ponía nuevamente en el camino justo, la llamaba y la atraía hacia el conocimiento de sí, primero a través de los profetas, hasta que, por último, al venir Él mismo, borró el olvido y borró el error, y luego de haber quebrado las puertas del infierno, entró en el alma errante dándose a sí mismo como ejemplo mediante el cual le hubiese sido posible alcanzar la madurez 134 y la perfección del Espíritu.

Por esto el Verbo de Dios es tentado por el Maligno, por divina disposición. A continuación, soporta ultrajes y desprecios, violencias y bofetadas a manos de esos temerarios y, por último, soporta incluso la muerte mediante la cruz, 136 indicando —como hemos dicho— qué dis-

<sup>119</sup> Cf. Mt 12, 29.

<sup>120</sup> Cf. 1 Co 15, 50.

<sup>&</sup>lt;sup>121</sup> Cf. 1 Co 1, 21 y ss.

<sup>122</sup> Is 53, 3.

<sup>123</sup> Cf. Is 50, 6.

<sup>124</sup> Cf. Mt 8, 20.

<sup>125</sup> Cf. Lv 26, 12.

<sup>126</sup> Cf. Sal 90, 13.

<sup>127</sup> Cf. Lc 10, 19.

<sup>128</sup> Lc 17, 21,

<sup>129</sup> Cf. Is 41, 18.

<sup>130</sup> Cf. Is 43, 20,

<sup>131 &</sup>lt;sub>Is 44. 3.</sub>

<sup>&</sup>lt;sup>132</sup> Jn 4, 14.

<sup>133</sup> Cf. Ef 4, 13.

<sup>134</sup> Cf. Ef 4, 13.

<sup>135</sup> Cf. Mt 4, 1 y ss.

<sup>136</sup> Cf. Hb 12, 2,

posición debemos mostrar hacia los que nos desprecian, nos injurian y nos infligen la muerte; evidentemente, para que el hombre mismo sea, ante ellos, sordo y mudo, que no abra la boca<sup>137</sup> y, al vislumbrar la sutil operación de la maldad, como si estuviera clavado en la cruz, grite con fuerza a Él, que puede salvarlo de la muerte, <sup>138</sup> y diga: *Purificame de mis faltas ocultas*; <sup>139</sup> y: *Guarda también a tu siervo del orgullo, no tenga dominio sobre mí. Entonces seré irreprochable.* <sup>140</sup> De modo que, en verdad, al tornarse inmaculado, encuentra a Aquel que ha sometido todas las cosas, <sup>141</sup> y reina y reposa con Cristo. Dado que el alma devorada a causa de la desobediencia, por los pensamientos materiales y sórdidos se torna como una bestia, pues no es poco esfuerzo levantar nuevamente la cabeza hecha de semejante materia, comprender la sutileza de la maldad y atravesarla para mezclarse con el Intelecto sin principio.

51. Si quieres volver a ti mismo, hombre, y quieres recuperar la gloria que antes poseías y que se perdió por ti luego de la desobediencia. así como antes hiciste caso de las órdenes y de los consejos del Enemigo por negligencia en los mandamientos de Dios, del mismo modo ahora, al renegar de aquel que obedeciste, vuelve al Señor. Pero debes saber que, como Él dice, mediante mucho esfuerzo y sudor de tu rostro. 142 volverás a tener tu riqueza. No es útil para ti lograr el bien sin esfuerzo, porque, luego de haberlo recibido sin esfuerzo y sin sudor, lo que habías recibido lo has destruido y has entregado al Enemigo tu herencia. En consecuencia, reconozcamos cada uno de nosotros qué cosa hemos destruido y hagamos nuestro el lamento del Profeta: Verdaderamente nuestra berencia ha pasado a otros y nuestra casa a los extraños, 143 porque hemos desobedecido el mandamiento y nos hemos doblegado a nuestra voluntad, y hemos encontrado placer en los pensamientos sórdidos y terrenales; de esta manera, ahora nuestra alma se encuentra muy lejos de Dios y somos como huérfanos que no tienen padre. Por lo tanto, quien cuida de su alma debe luchar con todas sus fuerzas para destruir los malos pensamientos y toda altanería que se subleva contra el conocimiento de Dios, <sup>1,14</sup> y para quien se obliga a sí mismo a proteger sin mancha el templo de Dios, <sup>145</sup> viene Aquel que ha prometido habitar y caminar en medio de nosotros. <sup>146</sup> Entonces, el alma recibe su herencia y se hace digna para convertirse en templo de Dios, porque, luego de haber destruido con su ejército al Maligno, reinará en nosotros.

52. La palabra dicha abiertamente por el Creador a Caín, *Vagabundo y errante serás en la tierra*, <sup>147</sup> indicaba misteriosamente en figura y en imagen a todos los pecadores. De esta manera, en efecto, la estirpe de Adán, en ausencia del mandamiento y sometida a los pecados, es agitada por los pensamientos inestables, llena de temor, miedo y turbación; mientras el Enemigo mismo perturba a toda alma que no nació de Dios, con deseos y placeres de toda naturaleza, y la agita como la semilla en la criba. Por otra parte, también el Señor mismo, al querer demostrar que quienes siguen la voluntad del Maligno conservan la imagen de la maldad de Caín, los acusaba diciendo: *Vosotros sois de vuestro padre el diablo y queréis cumplir los deseos de vuestro padre. Éste era homicida desde el principio, y no se mantuvo en la verdad.* <sup>148</sup>

53. Conviene tener en consideración —dice— que, así como la visión de un rey terrenal es muy deseada y buscada con ardor por los hombres, y que cualquiera que va a la ciudad donde vive el rey ansía ver aunque sólo sea su capa riquísima y espléndida —a menos que se trate de hombres espirituales que dejan de lado y desprecian estas cosas porque han sido heridos por otra belleza y ansían otra gloria-; ¿cómo no va a ser más buscada la visión tan amada del rey inmortal para aquellos en los cuales se destila una gota del Espíritu bueno y a los cuales el eros divino ha golpeado el corazón? Por esto, ellos se deshacen de toda amistad del mundo, para poder tener en el corazón de manera incesante aquel deseo y ningún otro en lugar de él. Pero son pocos quienes agregan a un buen comienzo igual fin y perseveran de manera irreprochable hasta el final. En efecto, muchos se sienten arrepentidos y muchos se convierten en partícipes de la gracia celestial y quedan heridos por el eros divino, pero no soportan por mucho tiempo los esfuerzos que se interponen y las tentaciones que el Maligno lanza contra

<sup>137</sup> Cf. Sal 37, 14.

<sup>&</sup>lt;sup>138</sup> Cf. Hb 5, 7.

<sup>139</sup> Sal 18, 13.

<sup>140</sup> Sal 18, 14.

<sup>141</sup> Cf. Sal 8, 7 y 1 Co 15, 27.

<sup>142</sup> Cf. Gn 3, 19.

<sup>143</sup> Lm 5, 2.

<sup>144 2</sup> Co 10, 5.

<sup>145</sup> Cf. St 1, 27.

<sup>146</sup> Cf. Lv 26, 12.

<sup>147</sup> Cf. Gn 4, 12.

<sup>148</sup> Jn 8, 44.

ellos con diversas artes, quedan sujetos al mundo y se hunden en su abismo por la liviandad y la debilidad del querer o también porque se dejan tomar por cierta atadura hacia las cosas terrerstres. En efecto, los que quieren correr con seguridad hasta el fin no soportan mezclar otro *eros* y otro amor al celestial.

54. Así como los bienes prometidos por Dios son evidentemente, por su naturaleza, grandes e inexplicables, de igual manera requieren grandes esfuerzos y luchas junto con la esperanza y la fe. Y ello surge claramente de estas palabras: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. 149 Y sigue: Si alguno viene donde mí y no odia a su padre, a su madre, a su mujer, a sus bijos, a sus bermanos y basta su propia vida, no puede ser discípulo mío. 150 Pero la mayor parte de los hombres son muy insensatos al querer obtener el reino y heredar la vida eterna y reinar por siempre con Cristo —esta cosa tan grande está por sobre toda concepción— viviendo según su propia voluntad y siguiendo aquéllas; o bien, siguiendo a quien en ellos siembra estas cosas descabelladas y manifiestamente perjudiciales.

55. Los que proceden de manera segura hasta el fin son los que odian totalmente las concupiscencias de este mundo y a sí mismos, las distracciones del mundo, sus placeres y las ocupaciones relativas a ellos; porque esto es negarse a sí mismos. 151 Es así como cada uno es expulsado del reino por voluntad propia, por no haber elegido verdaderamente las fatigas y renegado de sí mismo, para poder gozar aún, junto con aquel divino deseo, de ciertos deseos de este mundo y de no dirigir hacia Dios toda la inclinación de su propia voluntad. Quien se ocupa de estas cosas podrá entender con un solo ejemplo. A cada uno que se examina a sí mismo, no se le escapa que es malo todo lo que ha cumplido en forma precipitada. En efecto, en cada uno se manifiesta con anterioridad, interiormente, una incertidumbre en el corazón: es decir, rápidamente el peso y el ástil de la balanza le muestran intimamente a su conciencia la inclinación del amor por Dios y del amor por el mundo, y entonces él pasa a la acción externa. Cada uno -se ha dicho-se examina a sí mismo: por ejemplo, si uno pelea con el hermano, con anterioridad se cuestiona y se objeta: ¿Digo o no digo? ¿Respondo a los ultrajes a los que me sometieron o más bien callo? De esta manera, él quiere atenerse a los mandamientos de Dios sin renunciar a su propia reputación, sin haber elegido renegar de sí mismo completamente.

Entonces, si la inclinación de la amistad por el mundo hace bajar un poco la balanza que está en el corazón, rápidamente la mala palabra brota hacia los labíos, y el intelecto, extendiéndose interiormente como un arco, hiere al prójimo induciéndolo a utilizar la lengua y también las manos, y a veces el mal lo incita también a herirlo y hasta a matarlo. De esta manera, es posible confrontar el punto de partida al que puede llegar este pequeño movimiento del alma.

Créeme, así sucede por cada pecado y por cada mala costumbre, cuando la maldad adula y lisonjea a la voluntad del alma con concupiscencias mundanas y placeres carnales. De esta manera se producen el adulterio, el robo, la vanagloria y toda otra especie de maldad.

56. Frecuentemente, hasta las buenas costumbres se practican por vanagloria, cosa que Dios juzga en igual medida que el robo, la injusticia y los demás pecados. *Pues Dios dispersa los huesos de tu sitiador*. <sup>152</sup> El Enemigo quiere ser obedecido y servido hasta con las cosas buenas, porque él es tramposo, astuto y sagaz.

57. Lo que uno ha amado del mundo presente gravita en su mente y es como si la arrastrase hacia abajo, la oprimiese y no la dejase emerger. De tales cosas, en efecto, depende la balanza --plato y ástil--, tanto de la voluntad como del corazón; con esto es probado y evaluado todo el género humano, tanto los cristianos que viven en las ciudades como los que viven en los montes o en los monasterios, en el campo o en los desiertos. Dado que, cuando uno se deja embaucar voluntariamente por lo que ama, es claro que aún no ha entregado todo su amor a Dios. Por ejemplo, uno ama poseer, otro el oro, otro servir el vientre o complacer la concupiscencia de la carne, otro ama la sabiduría de los discursos para una gloria temporaria; uno el mando, otro los honores de los hombres, otro la cólera y el furor pues, en efecto, con entregarse como presa a la pasión ya se muestra amante de ella; otro ama las conversaciones superfluas, otro la simple distracción o prestar atención a los discursos ociosos o pasar por sabio, y esto por la gloria que proviene de los hombres. Uno yace en la relajación y en la negligencia, otro goza con los adornos de las vestiduras; éste del sueño, aquél de la trivialidad, y otro se ha ligado a algo pequeño o grande del mundo, que no le deja levantar la cabeza. Dado que, cuando uno no combate generosamente y no resiste a una pasión, también goza, y ella, teniéndolo y arrastrándolo como una cadena, se convierte en cepo para su mente-y le impide ofre-

<sup>149</sup> Mt 16, 24,

<sup>150</sup> Cf. Lc 14, 26.

<sup>&</sup>lt;sup>15]</sup> Cf. Mt 16, 24.

<sup>152</sup> Sal 52, 6.

cerse a Dios y servirle sólo a Él. <sup>153</sup> En efecto, el alma que verdaderamente dirige su impulso hacia Dios también dirige hacia Él todo su deseo, se niega a sí misma y no sigue la voluntad de su intelecto.

58. Es necesario enseñar, con un ejemplo, cómo el hombre se pierde por propia voluntad, cómo por amor hacia una cosa del mundo se arroja al fuego, se arroja al mar y se expone a la prisión.

Supongamos que, por un accidente, la casa o el campo de alguien se prendiera fuego. Quien quiere salvarse, al darse cuenta del incendio, huye abandonando todo y se preocupa únicamente por su propia vida. A otro, en cambio, se le ocurre salvar siquiera alguna de sus cosas, se detiene para llevársela y, mientras la está tomando, el fuego ya ha invadido la casa y también a él. Mira cómo éste, por su propia voluntad, por amor a algo precario a lo que parecería que amaba más que a sí mismo, se pierde en el fuego.

Y, en cuanto a los naufragios, uno que quiere salvarse se saca la ropa y se echa desnudo al agua, y de esta manera es posible que salve su vida; pero, en cuanto quiera salvar siquiera una prenda, será sumergido por las aguas, y tan sólo por una pequeña ganancia —¡ah desventura!— se habrá perdido también a sí mismo. Supongamos, además, que se anuncia una invasión enemiga, y apenas uno lo escucha, rápidamente, con toda la velocidad de sus pies, huye sin tener en cuenta ninguna de sus cosas. El otro, en cambio, por desconfianza o por querer llevar consigo alguna de sus cosas, vacila y es tomado prisionero. ¿Ves cómo a causa de su voluntad debe soportar la ruina de su cuerpo y de su alma, por negligencia y por estar como atado a una cosa del mundo?

59. Son muy pocos los que han adquirido una perfecta caridad hacia Dios, sin tener en cuenta todos los placeres y las concupiscencias del mundo, y soportando pacientemente las tentaciones del Maligno. Sin embargo, no es necesario, por esto, renunciar y postergar la buena esperanza porque, si bien el naufragio aguarda a muchas naves, por cierto que están las que cumplen la travesía y llegan al puerto. Por esto necesitamos mucha fe y paciencia, 154 y atención y lucha, además de hambre y sed de bien, con mucha inteligencia y discernimiento, pero sin vehemencia e insolencia en el pedido. Dado que la mayor parte de los hombres —como hemos dicho anteriormente— quiere obtener el reino sin esfuerzos y sin sudores, y llama bienaventurados a los santos

y ambiciona su honor y sus dones, pero no quiere tener en común sus tribulaciones, sus fatigas y sufrimientos. Todos tienen este deseo, las prostitutas, los publicanos y todo hombre, pero para ello deben superar tentaciones y pruebas, para que quede claro quiénes son los que verdaderamente han amado a su Señor, y para que ellos obtengan justamente el reino de los cielos.

60. Debes creer que las promesas, la misma gloria y la compensación de los bienes eternos están escondidas en las tribulaciones, en los sufrimientos, en la paciencia y en la fe. En efecto, es necesario que la semilla echada en la tierra o el árbol que es injertado antes alcance la putrefacción, es decir, la ignominia, para recibir de esta manera la dignidad de la vestidura y el fruto abundante. Dado que, si a ellos no les tocase pasar a través de esta putrefacción y de esta condición ignominiosa, no podrían vestir el decoro final y la belleza del aspecto. Éste también es el parecer del Apóstol, porque dice: *Debemos transitar muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios.*<sup>155</sup> Y el Señor: *Con vuestra paciencia, debéis ganar vuestras almas.*<sup>156</sup> Y además: *En el mundo tendréis tribulaciones.*<sup>157</sup>

61. En la misma medida en que cada uno de nosotros haya sido digno, por la fe y la diligencia, de convertirse en partícipe del Espíritu Santo, de igual manera aquel día será glorificado su cuerpo, dado que lo que ahora posee, guardado en el tesoro interior del alma, en ese momento será revelado hacia el exterior, sobre el cuerpo. Toma<sup>158</sup> el ejemplo de los árboles: cuando el invierno ya ha pasado y el sol ha comenzado a brillar con más esplendor y en su mayor plenitud, y también soplan los vientos, comienzan a tener hojas, flores y frutos, y se valen de ellos como si fueran sus vestiduras.

En forma similar, también la flor de la hierba nace en aquel tiempo de los senos de la tierra, y la tierra se reviste como de una espléndida capa. Respecto de ellos también está la palabra del Señor: *Ni siquiera Salomón está revestido como uno de éstos*—dijo— *en toda su gloria.* <sup>159</sup> Todas éstas son figuras, ejemplos, imágenes de la especie de los salvados en la resurrección, dado que también para todas las almas amantes de Dios, es decir los verdaderos cristianos, el primer mes es *xantico*, es

<sup>153</sup> Cf. Dt 6, 13.

<sup>154</sup> Cf. Hb 10, 36.

<sup>155</sup> Cf. Hch 14, 22.

<sup>156</sup> Cf. Lc 21, 19.

<sup>157</sup> Jn 16, 33.

<sup>158</sup> Cf. Nota 9, p. 270.

<sup>159</sup> Cf. Mt 6, 29.

decir abril, en el que se manifiesta la potencia de la resurrección. En efecto, dice la Escritura: *Este mes será para vosotros el comienzo de los meses del año*; <sup>160</sup> este mes revestirá los árboles desnudos con la gloria que antes habían escondido en el interior del cuerpo. Y serán gloriosos a través de aquella luz indescriptible que de ahora en más estará en ellos, es decir, la potencia del Espíritu que entonces será para ellos vestido, alimento, bebida, exultación, alegría, paz y, en una palabra, vida eterna.

#### SOBRE LA ELEVACIÓN DEL INTELECTO

62. El divino Moisés con la gloria del Espíritu radiante sobre el rostro, sobre el cual ningún hombre podía fijar la mirada, <sup>161</sup> ha indicado el tipo de glorificación de los cuerpos de los santos en la resurrección de los justos; gloria que desde ahora las almas fieles de los santos fueron hechas dignas de tener en lo íntimo del hombre. En efecto, se ha dicho que nosotros con el rostro descubierto —es decir, en el hombre interior— reflejamos la gloria del Señor transformándonos en la misma imagen, cada vez más gloriosos. <sup>162</sup> Respecto de ello también se ha escrito que Moisés pasó cuarenta días y cuarenta noches sin comer ni beber, <sup>163</sup> cosa que no corresponde a la naturaleza sino a uno que comulga con un alimento espiritual del que, justamente, desde ahora las almas santas participan por obra del Espíritu.

63. La gloria de la que ya son ricas las almas de los santos, como se ha dicho, en la resurrección cubrirá y vestirá los cuerpos desnudos y los llevará hacia lo alto, y de ahí en más descansarán, cuerpo y alma, perpetuamente, junto a Dios en el reino. Dios, en efecto, al crear a Adán no le puso alas corporales como a los pájaros, porque en la resurrección le habría dado las del Espíritu, para ser liviano con ellas y para ser llevado donde quiera el Espíritu. Pero a las almas de los santos desde ahora se les conceden estas alas espirituales, y ellas las elevan hacia el sentir celestial. En efecto, distinto es el mundo de los cristianos, distintas las vestiduras, distinta la mesa, distinto el gozo; dado que nosotros sabemos que desde el cielo vendrá Cristo a resucitar a los muertos de cada siglo, como lo testimonian las Sagradas Escrituras, y luego de ha-

berlos dividido en dos partes, pondrá a su derecha a aquellos sobre los cuales está su sello, es decir, el secreto del Espíritu divino, y los llamará hacia sí. <sup>164</sup> Se ha dicho, en efecto: *mis ovejas escuchan y conocen mi voz.* <sup>165</sup> Entonces, los cuerpos de éstos serán envueltos por la gloria divina, la de las buenas obras y las del Espíritu que ya desde aquí las almas de los santos han merecido tener en suerte. Y así, gloriosos de luz divina y llevados hacia los cielos hacia el encuentro del Señor —como ha sido escrito—, estarán siempre con Él. <sup>166</sup>

64. Quienes estén interesados en llevar una mejor vida cristiana, es necesario que antes cuiden con todo detalle la parte del alma que comprende, discierne y dirige, para que, habiendo operado exactamente el discernimiento del bien y del mal, 167 y habiendo separado de la naturaleza pura las pasiones contra la naturaleza que se le introdujeron en ella, puedan vivir irreprensiblemente como gente a la que le interesa usar el ojo del discernimiento y es capaz de no rendirse a los impulsos de la maldad. En efecto, en el alma hay una voluntad por conservar incontaminados los miembros del cuerpo del daño de los sentidos, por mantenerse lejos de las distracciones del mundo y mantener protegido el corazón para que no se esparzan sus pensamientos por el mundo, y de cercarlo por todas partes, cerrarlo a la preocupación y al placer dirigidos hacia la tierra. Cuando el Señor ve que uno vive de esta manera y que así se examina y se conserva a sí mismo, proponiéndose servirlo a Él con temor y con temblor, 168 también le concede el sostén de la gracia. Dado que, ¿qué podría hacer Dios para quien se expone voluntariamente al mundo y va detrás de sus placeres?

65. Aquellas cinco vírgenes vigilantes que habían recibido en los vasos de su corazón el aceite ajeno a su naturaleza, es decir, la gracia del Espíritu, pudieron entrar en la sala de la boda con el esposo. En cambio las otras, las necias, las malas, las que se detevieron en sus naturalezas, no fueron vigilantes ni pudieron recibir, por falta de cuidado, el mencionado aceite de exultación en sus corazones, porque aún eran carnales y se durmieron por su negligencia, por su relajación y por su presunción de justicia, por lo que les fue cerrada la sal nupcial del rei-

<sup>104</sup> Cf. Mt 25, 3

<sup>160</sup> Cf. Ex 12, 2.

<sup>161</sup> Cf. Ex 34, 30 y ss. y 2 Co 3, 13.

<sup>161</sup> Cf. 2 Co 3, 18.

<sup>163</sup> Cf. Ex 34, 28.

<sup>164</sup> Cf. Mt 25, 31 y ss.

<sup>165</sup> Cf. Jn 10, 14.

<sup>166</sup> Cf. 1 Ts 4, 17.

<sup>167</sup> Cf. Hb 5, 14.

<sup>168</sup> Cf. Sal 2, 11.

no. 169 Es claro que ellas mantenían un cierto lazo y cierta amistad con las cosas mundanas, por ello no habían ofrecido al esposo celestial su perfecta caridad y su *eros*, dado que las almas que buscan esta santificación del Espíritu ajena a la naturaleza, 170 poniendo en Cristo todo su amor, en Él caminan, en Él oran, en Él piensan y en Él meditan, separadas de todas las demás cosas. Entonces, los cinco sentidos del alma—inteligencia, conocimiento, discernimiento, paciencia y misericordia— podrán acoger la gracia desde lo alto y la santificación del Espíritu, y serán verdaderamente cual vírgenes prudentes. 171 Pero, si se abandonan a su propia naturaleza, serán encontrados como vírgenes necias y se manifestarán como hijas del mundo y de la cólera. 172

66. Así como nosotros hemos acogido la maldad ajena a nuestra naturaleza, introducida en ella mediante la transgresión del primer hombre y convertida, con el tiempo, en naturaleza para nosotros, de la misma manera conviene que ella sea nuevamente eliminada de nuestra naturaleza, mediante esta cosa ajena que es el don celestial del Espíritu, y que nosotros nos restablezcamos en la antigua pureza, dado que, si ello no ocurre, mediante la abundante súplica, la fe, la atención, la fuga de las cosas del mundo, y nuestra naturaleza, corrompida por la maldad no es santificada por esa caridad que es el Señor, y nosotros no permanecemos firmes hasta el fin en hacer nuestros sus divinos mandamientos, no podremos obtener el reino celestial.

67. Quisiera exponer —dice— cómo puede una palabra sutil y profunda. El Señor, infinito e incorpóreo, por su infinita bondad se reviste de un cuerpo y se hace pequeño, por así decir, Él que es grande y supersubstancial, para poder mezclarse con sus criaturas inteligentes: con las almas de los santos —quiero decir— y de los ángeles, para que también ellos sean capaces de participar de la vida inmortal de su divinidad. Dado que cada uno —el ángel, el alma, el demonio— es cuerpo según su naturaleza y, por más que sean sutiles, en la sustancia, en la forma y en la imagen son cuerpo, sutil según la sutileza de su propia naturaleza. Y así como este nuestro cuerpo, que en su sustancia es tangible, de igual manera también el alma, que es cuerpo sutil, envuelve y penetra los miembros de este cuerpo. Envuelve el ojo con el que ve, envuelve el oído con el que oye, la mano, la nariz; en una palabra, el alma envuelve

todo el cuerpo y sus miembros, y con él se mezcla en su totalidad, con él cumple todas las funciones que se refieren a la vida.

Así también la inexpresable e inconcebible bondad de Cristo se empequeñece y se reviste de un cuerpo y, abrazándolas, se une con las almas que le son fieles y amigas, y se hace un solo espíritu con ellas, según la palabra de Pablo. 173 alma con alma, por así decir, hipóstasis con hipóstasis, de manera que a un alma tal le es posible vivir en la divinidad de Él, alcanzar una vida inmortal y gozar de un placer incorruptible y de una gloria indecible.

68. El Señor, cuando quiere, se convierte en fuego para un alma tal que quema todo lo que para ella es innoble y ajeno, como también dice el Profeta: Nuestro Dios es un fuego devorador. 174 Otra vez se convierte en descanso 175 inefable e indecible, y otra vez, en alegría y paz 176 que la calienta y la envuelve. Tan sólo es necesario predisponerse con buena voluntad a amarlo y tener buenas costumbres. Entonces, al tocar bienes indescriptibles, se verán con experiencia y percepción cosas que ni el ojo vio, ni el oído oyó y ni al corazón del hombre llegaron, 177 todo lo que en ellos transforma el Espíritu del Señor: reposo, exultación, gozo y vida del alma que se ha demostrado digna de Él. Se reviste de un cuerpo, en efecto, para convertirse en alimento espiritual, vestiduras y bellezas inexpresables, y para colmar de alegría espiritual. Se ha dicho, de hecho: "Yo soy" el pan de la vida; 178 y: pero el que beba del agua que yo le dé... se convertirá en él en fuente de agua que brota para vida eterna. 179

69. De esta manera, Dios también se les apareció a cada uno de los sacerdotes y de los santos como Él quería y en virtud de la necesidad de quien lo veía: de una manera a Abraham, <sup>180</sup> de otra a Isaac, <sup>181</sup> a Ja-

<sup>169</sup> Cf. Mt 25, 10.

<sup>170</sup> Ver el párrafo siguiente.

<sup>171</sup> Cf. Mt 25, 2.

<sup>172</sup> Cf. Ef 2, 3.

<sup>173</sup> Cf. 1 Co 6, 17.

<sup>174</sup> Cf. Dt 4, 24.

<sup>175</sup> Cf. Mt 11, 28.

<sup>176</sup> Cf. Ga 5, 22.

<sup>&</sup>lt;sup>177</sup> Cf. 1 Co 2, 9.

<sup>&</sup>lt;sup>178</sup> Jn 6, 35.

<sup>179</sup> Jn 4, 14.

<sup>&</sup>lt;sup>180</sup> Cf. Gn 18, 1 y ss.

<sup>&</sup>lt;sup>181</sup> Cf. Gn 26, 24.

cob, <sup>182</sup> a Noé, <sup>183</sup> a Daniel, <sup>184</sup> a Moisés, <sup>185</sup> a David <sup>186</sup> y a cada uno de los profetas, <sup>187</sup> haciéndose pequeño y asumiendo un cuerpo como ya se ha dicho, transformándose y haciéndose visible ante quienes lo amaban; y no como es Él, dado que es infinito, sino en virtud de la capacidad y de la potencia de aquéllos, por la gran e incomprensible caridad que tuvo por ellos.

70. El alma digna de ser habitada por la potencia desde lo alto, con ese fuego divino, es decir, la caridad celestial del Espíritu Santo incorporada a sus propios miembros, está completamente separada de todo terrenal. Ya que, así como se funden el hierro o el plomo, el oro y la plata arrojados al fuego, y la dureza de su naturaleza se transforma en flexibilidad, y mientras están unidos al fuego son maleables y flexibles porque han perdido su dureza en virtud de la potencia del fuego, de igual manera el alma que ha acogido ese fuego celestial de la caridad del Espíritu, se separa de toda atadura hacia el espíritu mundano, se libera de las opresiones de la maldad y se transforma a partir de la misma dureza natural del pecado, dándole poca importancia a cada cosa y despreciándola. Agrego que, si aún tuviera hermanos muy amados que impidieran aquella caridad, el alma tomada por este *eros* dejaría de amarlos.

En efecto, si el amor de la comunión carnal separa del padre, de la madre y de los hermanos en las bodas, y si aún uno ama a alguno de ellos, lo ama superficialmente, mientras toda su íntima disposición y su deseo los tiene hacia la persona que está unida a él. Si el amor carnal separa de todo otro amor del mundo, mucho menos podrían ser retenidos por un *eros* mundano los que fueron heridos por ese deseo carente de pasión.

71. Siendo bueno y amante de los hombres, Dios espera con longaminidad y mucha paciencia la conversión de cada pecador, y ha proclamado que el regreso del penitente es una fiesta en el cielo. Él dice en efecto: *Hay fiestas en el cielo por un solo pecador arrepentido.* 188 Pero,

si al ver esta bondad y longaminidad, y como Él no castiga los pecados de vez en cuando, acogiendo el arrepentimiento como hemos dicho, alonno transgrede el mandamiento y considera la bondad como ocasión para su propio desprecio, éste, agregando un pecado al pecado, edificando un tropiezo y uniendo negligencia a negligencia, colmada la medida de los pecados, quedará preso seguidamente en una caída tal que va no le será posible zafarse. Se había prometido a sí mismo una contrición final pero, consintiendo al Maligno hasta el fin, se perdió. Así sucedió en tiempos de Sodoma; colmados y superados todos los límites del pecado, puesto que no les había quedado ni siquiera una chispa de arrepentimiento, se convirtieron en pasto para el fuego de la justicia divina. 189 Así en los tiempos de Noé; al usar sus impulsos desenfrenados hacia el mal, al no mostrar ninguna señal de arrepentimiento, acumularon las hombres tal cantidad de pecados sobre sí, que tuvo que ser destruida de una vez toda la tierra. 190 Así sucedió también con los egipcios, que mucho prevaricaban y ejercían violencia al pueblo de Dios. Él fue bueno con ellos al no entregarlos a su completa ruina, sino que iba incitándolos al arrepentimiento con flagelos siempre distintos. 191 Sin embargo, si bien se convertían, volvían después, complacidos, al mal y sucumbían por su anterior incredulidad, y finalmente persiguieron al pueblo del Señor, que subía desde Egipto. La justicia divina los hizo perecer y los destruyó completamente. 192

Sucedió a su vez con Israel. Si bien era un pueblo muy pecador y había matado a sus profetas, Dios tenía de él compasión; mas, puesto que los israelitas progresaron de tal modo en el mal que ya ni siquiera respetaban la dignidad del soberano, poniendo sobre él sus manos sanguinarias, 193 fueron una vez por todas rechazados y aniquilados; les fue negado el poder de profecía, el sacerdocio y el culto, que fue confiado en cambio a los que habían creído. 194

72. Corramos con prontitud hacia Cristo, quien nos llama, y volcando sobre Él nuestros corazones, no rechacemos con maldad deliberada

<sup>&</sup>lt;sup>182</sup> Cf. Gn 28, 13.

<sup>&</sup>lt;sup>183</sup> Cf. Gn 9, 12 y ss.

<sup>184</sup> Cf. Dn 7, 13.

<sup>185</sup> Cf. Ex 3, 4; 33, 22 y ss.

<sup>186</sup> Cf. 2 R (2 S) 24, 16 y ss.

<sup>187</sup> Cf. 3 (1) R 19, 12 y ss.

<sup>188</sup> Cl. Lc 15, 7, 10.

<sup>189</sup> Cf. Gn 19, 28.

<sup>190</sup> Cf. Gn 6, 5 y ss.

<sup>191</sup> Cf. Ex 7, 14-12, 30.

<sup>192</sup> Cf. Ex 14, 27 y ss.

<sup>193</sup> Cf. Mt 14, 46. (Si bien el texto que traducimos remite a esta cita, es evidente que se trata de un error, puesto que el capítulo 14 del Evangelio según san Mateo posee sólo 36 versículos. N. de T.)

<sup>194</sup> Cf. Mt 21, 43,

nuestra propia salvación. Puesto que ésta es la sutileza del Maligno: facilitar el camino hacia la desesperación con el recuerdo de los pecados pasados. Mas nosotros debemos tener en cuenta que, si Cristo vino a sanar y enderezar a ciegos, paralíticos y sordos, y a resucitar a los muertos corrompidos, ¿cuánto más sanará la ceguera de la mente, la parálisis del alma y la sordera del corazón negligente? Puesto que Él y no otro ha creado el cuerpo, es Él mismo quien ha creado también el alma. Y si fue tan benevolente y propicio con los cuerpos paralíticos y muertos. ¿con cuánto más cuidado amoroso tratará al alma inmortal, presa en la enfermedad de la maldad y de la ignorancia, cuando luego se le acerca y le suplica? Puesto que suyas son las palabras: ¿Mi Padre celestial no hará justicia a los que gritan a Él día y noche? Os digo que les hará justicia pronto; 195 y además: Pedid y se os dará, buscad y ballaréis: llamad y se os abrirá. 196 Y luego: Si no se levanta a dárselo por ser su amigo, al menos se levantará por su importunidad y le dará cuanto necesite; 197 con lo que prescribe que el pedido debe ser oportuno y perseverante, puesto que Él ha venido por los pecadores, para hacerlos volver a sí. 198

Entonces nosotros, manteniéndonos alejados todo lo posible de las malas predisposiciones, scremos libres para el Señor, y Él no nos despreciará y no tardará en ofrecernos su ayuda.

73. Así como amigos y parientes se lamentan sobre los que están presos de alguna enfermedad, cuando el cuerpo ya no es capaz de recibir alimento o bebida, y esto los hace desesperar y se vuelve señal de muerte, así hacen también Dios y los ángeles con gran tristeza y lamentos sobre las almas que no son capaces de tomar el alimento celestial. Si tú fueras trono para Dios, con Él sentado encima, si tu alma fuese toda ojo espiritual, toda luz, si tú tomaras de ese alimento del Espíritu, si tú bebieras de esa agua viva<sup>199</sup> y del vino espiritual que alegra el corazón, <sup>200</sup> si tú hubieras vestido tu alma con el traje de inenarrable luz, si el hombre interior hubiese alcanzado el término y la plena certeza de todas estas cosas, entonces tú tendrías la vida verdaderamente eterna, descansando ya desde el presente con Cristo. Mas, si aún no has alcan-

zado estas cosas ni has llegado a su posesión. llora amargas lágrimas y gime por no haber todavía obtenido una riqueza tan grande, y haz incesante la súplica y la invocación por tu pobreza. Mas Dios quiera que la percepción de su propia miseria penetre también en el que posee la riqueza divina y que no se disipe indiferente como uno que está harto de ella. En efecto, está dicho: *El que husca encuentra y al que llama se le abrirá.*<sup>201</sup>

74. Si esa mezcla de aceites de la que habla la Escritura<sup>202</sup> tenía tanta potencia que luego, al ser ungidos con ella, ascendían a la gloria real,<sup>203</sup> tanto más los que son ungidos en el intelecto y en el hombre interior por el óleo santificante de la alegría<sup>204</sup> y reciben las arras del Espíritu bueno subirán a la medida de la perfección, es decir, del reino de Cristo, volviéndose además iniciados en la adopción como hijos junto al mismo rey, pudiendo como les plazca entrar y salir cerca del Padre. En efecto, si por estar todavía rodeados del peso de la carne no han recibido aún la herencia plena, sin embargo, por las arras del Espíritu<sup>205</sup> los objetos de su esperanza están seguros para ellos, y no tienen ninguna duda de que reinarán con Cristo<sup>206</sup> y estarán en la riqueza y en la sobreabundancia del Espíritu, puesto que, estando aún en la carne, han alcanzado la experiencia de esa potencia y de ese placer.

En efecto, al llegar la gracia, a través de la purificación del hombre interior y del intelecto, quita por completo el velo puesto por Satanás sobre los hombres después de la desobediencia, y desecha como sobras toda pesadez y pensamiento sórdido del alma, deseando que ella se torne pura y vuelva a tener su naturaleza propia, para que pueda ver el esplendor de la verdadera luz con ojos penetrantes y sin impedimentos. Hombres así ya han abandonado este mundo hacia ese siglo y contemplan las bellezas y las maravillas de allá arriba; y, así como este ojo del cuerpo cuando es sano y no tiene enfermedades puede fijar audazmente los rayos del sol, así también éstos, con su intelecto luminoso y purificado, miran continuamente los rayos impenetrables del Señor.

75. Esta medida —dice— no es fácilmente accesible a los hombres, sino que exige fatigas frecuentes, luchas e infinitos trabajos. En efecto,

<sup>195</sup> Cf. Lc 18, 8.

<sup>196</sup> Mt 7, 7,

<sup>197</sup> Cf. Lc 11, 8.

<sup>&</sup>lt;sup>198</sup> Cf. Mt 9, 13.

<sup>199</sup> Cf. Jn 4, 10.

<sup>200</sup> Cf. Sal 103, 15.

<sup>&</sup>lt;sup>201</sup> Cf. Mt 7, 8,

<sup>202</sup> Cf. Ex 30, 23 y ss.

<sup>&</sup>lt;sup>203</sup> Cf. 1 R (1 S) 26, 11.

<sup>204</sup> Cf. Sal 44, 8.

<sup>&</sup>lt;sup>205</sup> Cf. 2 Co 1, 22.

<sup>206</sup> Cf. 2 Tm 2, 12.

muchos son los que, aun teniendo en ellos operante la gracia, padecen la maldad escondida en lo íntimo, que no cede de ningún modo, sino que los dos espíritus, el de la luz y el de las tinieblas, obran en un mismo corazón. 207 Me dirás entonces ciertamente: ¿Qué unión bay entre la luz y las tinieblas<sup>208</sup> O bien, ¿qué conformidad entre el santuario de Dios y el de los ídolos?<sup>209</sup> Yo te respondo: ¿Qué unión hay entre la luz y las tinieblas? O bien, ¿dónde la luz divina puede ser oscurecida, enturbiada o contaminada, ella que es perfectamente pura e incontaminada? Está dicho: y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron.<sup>210</sup> Por lo tanto, las cosas no deben tomarse separadamente ni de manera uniforme.<sup>211</sup> En efecto, aquellos de quienes hablamos descansarán en la gracia de Dios en la misma medida en que consigan dominarse a sí mismos y no dejarse vencer por el pecado que habita en ellos. Les ocurrirá que a veces tengan más asidua la oración y el descanso, y que luego sufran la operación de los pensamientos sórdidos y sean invadidos por el pecado, aun teniendo en sí mismos, se entiende, la gracia. Unos, por lo tanto, superficiales y sin haber comprendido todavía con todo rigor hasta qué punto opera la gracia divina en ellos, creen haber sido liberados de una vez por todas del pecado; otros, en cambio, que tienen discernimiento e intelecto, no negarán que pueden ser turbados por pensamientos torpes e inconvenientes, a pesar de la posesión de la gracia.

76. Hemos visto muchas veces entre los hermanos a algunos que habían extraído tal provecho de la riqueza de la gracia, que por cinco o seis años las concupiscencias habían sido en ellos dominadas y apagadas. Después, como creyeron que ya habían alcanzado el puerto y la calma, entonces la maldad, mostrándose a ellos como en acecho, se les arrojó encima de un modo tan cruel y feroz, que los hacía caer en el espanto y la incertidumbre. Por lo tanto, ninguno de los que poseen vista aguda por su inteligencia han osado decir: "Puesto que ya tengo la gracia, estoy libre de pecado"; porque, como hemos dicho, las dos cosas obran en el mismo intelecto, y lo mismo sucede a los cómodos e ignorantes que han tenido un pequeño movimiento espiritual y dicen: "Ya

hemos vencido." Mas a mí me parece que las cosas son así; como cuando un vapor espeso o una nube imprevista oscurecen la bella luz del sol que brilla en su pureza, parecida es la condición de los que han obtenido la gracia de Dios y aún no han sido completamente purificados, sino que en su interior siguen manteniendo el pecado. Por lo que es necesario, en realidad, mucho discernimiento para conocer estas cosas con perfecta experiencia.

77. Así como es imposible, sin ojos, lengua, orejas y pies, ver, hablar, oír perfectamente y caminar, así también, sin Dios, y la energía por Él dada, es imposible tener comunión con los misterios divinos y conocer la sabiduría de Dios o enriquecerse según el Espíritu. En efecto, los sabios griegos se ejercitan en los discursos y se entregan con toda el alma a las batallas verbales; mientras que los siervos de Dios, incluso cuando son toscos al hablar, siempre van siendo perfeccionados por el conocimiento divino y por la gracia de Dios.

78. Creo que puedo decir que ni siquiera a los apóstoles, aunque llenos del Paráclito bueno, les era posible ser elevados en toda pureza de las preocupaciones, sino que, además del gozo y la alegría inexpresables, seguía de la gracia misma también un cierto temor no causado por la maldad, porque la misma gracia aseguraba sus cosas de modo que ellos no se desviasen un poco de lo que es el bien. Y, así como un niño no derriba una pared bien construida con una piedrita, ni podría en lo más mínimo dañar una fuerte coraza con una débil flecha, así también una pequeña cantidad de maldad, al abatirse sobre ellos, resultaba ineficaz e inútil, puesto que ellos estaban bien defendidos por la potencia de Cristo. Sin embargo, aun en ellos que eran perfectos, se encontraba la libertad de albedrío, y no como algunos insensatamente dicen, que después de la gracia se dan enseguida la liberación de las preocupaciones y el alivio. El Señor, en efecto, también en los perfectos busca la voluntad del alma al servicio del Espíritu, de modo que estas cosas vayan juntas. Dice el Apóstol: No extingáis el Espíritu. 212

79. Decir las cosas con una simple palabra es accesible y fácil. A cualquiera, de hecho, le es fácil decir, por ejemplo, que este pan está hecho de trigo, mientras que decir cómo es su elaboración en sus detalles no lo saben todos, sino solamente los expertos en ello. Así, ciertamente, el hablar a la ligera de la impasibilidad y de la perfección es fácil, mas conocer esto por experiencia y con verdad es haber entendido cómo se prepara la perfección en el hecho y en la verdad.

<sup>207</sup> Para esta afirmación, cf. Diadoco de Fotice, Discurso ascético, 84, Filocalia I, pp. 383 y ss.

<sup>208 2</sup> Co 6, 14.

<sup>&</sup>lt;sup>209</sup> 2 Co 6, 16.

<sup>&</sup>lt;sup>210</sup> Jn 1, 5.

<sup>&</sup>lt;sup>211</sup> Cf. Diadoco de Fotice. *Discurso ascético* 88, Filocalia 1, p. 385.

<sup>&</sup>lt;sup>212</sup> <sub>1</sub> Ts 5, 19.

80. Todos los que pronuncian discursos espirituales, sin haber tenido el gusto y la experiencia de lo que dicen, semejan a un hombre que en el tiempo del verano, en pleno mediodía, atraviesa una llanura desierta y árida, y por la sed grande y ardiente que siente, se figura con la mente una fuente fresca, allí cerca, con agua dulce y límpida, de la que él sin ningún impedimento se sirve hasta saciarse; o bien semeja a un hombre que nunca ha gustado ni siquiera un poco de miel y busca explicar a otros su dulzor. Así son en realidad los que, no conociendo de hecho y con una personal y plena certeza lo que atañe a la perfección, la santificación y la impasibilidad, quieren explicarlas a otros; mas. si Dios les concediese una pequeña percepción de las cosas de las que hablan, sabrían con certeza que la verdad de los hechos es muy distinta de su explicación. Efectivamente, el Cristianismo corre el peligro, en cierto modo, de ser poco a poco mal interpretado y de volverse al ateísmo, de no ser como un alimento y una bebida que, cuanto más uno toma de ella, más la desea. El intelecto se vuelve insaciable y no puede detenerse; como si alguien, ofreciendo una dulce bebida a un sediento. se la preparara no sólo para la sed, sino por el placer mismo, haciéndola de alguna manera más apetecible. Mas estas cosas, como se ha dicho, no las comprendemos solamente con simples palabras, sino que se cumplen misteriosamente, en el intelecto, por la operación del Espíritu Santo, y entonces se puede hablar de ellas.

81. El Evangelio —dice— ordena positivamente a cada hombre hacer o no hacer una cosa, de modo que pueda ser amigo del Rey que ama a los hombres. Dice en efecto: *No te encolerices*, <sup>213</sup> *no desees*; <sup>214</sup> *si uno te abofetea en la mejilla derecha, ofrécele también la otra.* <sup>215</sup> Y el Apóstol, insistiendo, explica cómo es necesario que ocurra poco a poco la obra de la purificación: con paciencia y longanimidad, antes alimentándose de leche, como los niños pequeños, <sup>216</sup> luego yendo hacia el crecimiento; <sup>217</sup> después, a la perfección. <sup>218</sup>

Para dar un ejemplo —dice—, que el Evangelio sea como un vestido de lana; y el Apóstol aclara perfectamente también cómo este vestido debe ser tejido, cosido y preparado.

82. Hay hombres que se abstienen de la fornicación manifiesta, del robo, de la avidez y de parecidas miserias, y por esto son considerados (por la gente) como santos; mas para ser tales les falta mucho en los hechos y en la verdad, porque muchas veces en el intelecto de ellos anida, vive y serpentea la maldad. En cambio, santo es aquel que es santificado y purificado en el hombre interior. En efecto, ocurrió que un hermano, mientras se entregaba a la oración con otros hermanos, fue apresado por la potencia divina y, arrebatado, vio la suprema ciudad de Jerusalén y sus moradas luminosas y una luz indecible e infinita, y ovó una voz que le decía: "Éste es el lugar donde descansan los justos." Mas luego, inflándose y presumiendo grandes cosas de sí mismo, cavó en la profundidad del pecado y seguidamente se dedicó al vicio. Si éste terminó así, ¿cómo es posible que otro cualquiera diga "Porque ayuno y vivo la xenitía, y distribuyo mis bienes, 219 y me cuido de los vicios antes mencionados, no me falta nada para ser santo yo también"? En efecto, la perfección no es la abstención de los vicios manifiestos --como hemos dicho-sino la perfecta purificación de la mente.

83. Entra —dice—, tú que comprendes estas cosas por la atención que prestas a tus pensamientos, y asómate a tu intelecto preso y esclavo del pecado, y mira también a la serpiente que está aún más abajo de ellos y en lo más profundo de tus pensamientos, que se esconde en las que son llamadas reconditeces del alma y en ella te mata. En efecto, el corazón es un abismo incomprensible. Si entonces has sacado del medio a la serpiente, si has limpiado toda la iniquidad que hay en ti, si has rechazado el pecado, gloríate en Dios, por tu purificación. De lo contrario, humillado, como menesteroso y aun pecador, llégate a suplicar a Cristo por tus males escondidos, puesto que todo el Antiguo y el Nuevo Testamento hablan manifiestamente de la purificación, y para cada hombre, judío o griego, la purificación es amable, aunque no sea fácil para todos comprenderla. Mas no es posible que esto, es decir, la purificación del corazón, ocurra de otro modo sino por Jesús únicamente, ya que él es la sustancial y real Verdad, sin la cual es imposible tanto conocer la verdad como obtener la salvación.

#### SOBRE LA CARIDAD

84. Así como en estas realidades visibles has renunciado al hombre exterior distribuyendo y profundizando tus sustancias, de la misma manera es necesario que renuncies a las predisposiciones pasionales de las

<sup>&</sup>lt;sup>213</sup> Cf. Mt 5, 22.

<sup>214</sup> Cf. Mt 5, 28.

<sup>&</sup>lt;sup>215</sup> Cf. Mt 5, 39.

<sup>216</sup> Cf. 1 Co 3, 1 y ss.

<sup>&</sup>lt;sup>217</sup> Cf. Ef 4, 14 y ss.

<sup>218</sup> Cf. Hb 5, 14-6, 1,

<sup>&</sup>lt;sup>219</sup> Cf. 1 Co 13, 3.

costumbres. Si has obtenido la sabiduría carnal o posees las ciencias de las cosas, reniega de ellas. Si confías en la justicia de la carne, renuncia a ella haciéndote humilde y pequeño, porque así podrás ser discípulo de la necedad de la predicación. <sup>220</sup> Y en ella encontrarás la verdadera sabiduría; no en discursos elegantes, sino en la potencia de la cruz que opera sustancialmente en aquellos que son hechos dignos de adquirirla. Porque la cruz de Cristo —dice Pablo— es escándalo para judíos y necedad para los griegos, mas para nosotros, que hemos sido llamados, es potencia de Dios y sabiduría de Dios. <sup>221</sup>

85. Aunque ya hubieses probado el gusto del cielo, aunque hubieses participado de esa sabiduría y tenido el descanso en tu alma, ni siquiera así debes exaltarte y estar seguro de ti como si ya hubieses llegado y alcanzado toda la verdad, para que no te oigas decir tú también: ¡Ya estáis hartos! ¡Ya sois ricos! ¡Os habéis hecho reyes sin nosotros! ¡Yojalá reinaseis, para que también nosotros reináramos con vosotros! <sup>222</sup> En realidad, aunque lo hayas probado, cree que aún no has entendido el Cristianismo, que no debes poseer superficialmente, sino como plantado para siempre y como fijado en la mente.

86. Como un amante de la riqueza que, aunque tenga millones, no se satisface, sino que lo que agrega cada día le acrecienta más el deseo de poseer; o como un río de aguas dulcísimas que, sustraído antes de habernos saciado, enciende aún más la sed, así también el gusto por Dios no conoce nunca satisfacción o término, sino que, cuanto más uno se enriquece, tanto más pobre se considera. Para los cristianos, su vida no es digna de estima, <sup>223</sup> sino que ellos están frente a Dios como personas de ninguna importancia, considerándose a sí mismos como esclavos de todos los hombres. Sobre un alma semejante, Dios se alegra mucho, por su humildad, y descansa en ella. Por lo tanto, aunque alguien posee alguna cosa, o si se ha vuelto rico, que no presuma por esto de ser o de tener algo, porque la presunción es abominación para el Señor y es ella la que ha hecho salir del paraíso al hombre que había escuchado las palabras *Seréis como dioses*, <sup>224</sup> y se había hecho valiente sobre esta vana esperanza. Aprende cómo tu Dios, Rey e Hijo de Dios, se

vació a sí mismo tomando la forma de siervo, <sup>225</sup> se hizo pobre, <sup>226</sup> con los rebeldes fue contado, <sup>227</sup> y cómo padeció. Y, si así fue por Dios, tú, hombre hecho de sangre y de carne, tierra y cenizas y, <sup>228</sup> jay!, completamente excluido del bien, siendo en cambio iniquidad, ¿te haces el soberbio y el arrogante? Tú, en cambio, si eres sensato, es más, precisamente por esto, de lo que has recibido de Dios debes decir: No es mío, sino que lo tengo por haberlo recibido de otro; y sí le parece bien me quitará todo lo que me ha dado. Así, amerita todo bien al Señor, y todo mal a tu incapacidad.

87. Ese tesoro que el Apóstol dice que tenemos en recipientes de barro, 229 piensa que es la potencia santificante del Espíritu y que ha sido hecho digno de recibirla quien se encuentra todavía en la carne. En efecto, el mismo Apóstol dice, además, en alguna parte: De él os viene que estéis en Cristo Jesús, al cual bizo Dios para nosotros sabiduría de origen divino, justicia, santificación y redención.<sup>230</sup> Quien ha encontrado y mantiene cerca de sí este tesoro celeste del Espíritu puede cumplir toda justicia de los mandamientos y todo lo que ellos ordenan, no sólo con pureza e irreprochabilidad, sino que también sin trabajo y sin esfuerzos, cosa que antes estaba muy lejos de poder cumplir. En efecto, aunque quiera, antes de la participación del Espíritu bueno, uno ni siguiera puede cultivar con verdad el fruto del Espíritu. No sólo esto, sino que cada uno debe obligarse a sí mismo, corriendo con paciencia y fe, y debe suplicar con fervor a Cristo de modo que pueda conseguir el tesoro celestial. Podrá aquí cumplir toda justicia, como se ha dicho, <sup>231</sup> en Él y por miedo de Él, con pureza y perfección, sin esfuerzo y sin pena.

88. Quienes tienen en sí mismos la divina riqueza del Espíritu, cuando toman parte en algunos discursos espirituales, como si la extrajeran de su propio tesoro, hacen partícipes de ésta también a quienes hablan. Mas quienes no han almacenado en el interior del corazón esta riqueza de la que surge la bondad de los pensamientos, de los misterios divinos y de las palabras sublimes, sino después de haber recogido alguna flor de las dos Escrituras, la llevan en la punta de la lengua; o bien, si

<sup>220</sup> Cf. 1 Co 1, 21.

<sup>&</sup>lt;sup>221</sup> Cf. 1 Co 1, 23 y ss.

<sup>222 1</sup> Co 4, 8,

<sup>223</sup> Cf. Hch 20, 24.

<sup>224</sup> Cf. Gn 3, 5,

<sup>&</sup>lt;sup>225</sup> Cf. Flp 2, 7,

<sup>226</sup> Cf. 2 Co 8, 9

<sup>&</sup>lt;sup>227</sup> Cf. Is 53, 12.

<sup>&</sup>lt;sup>228</sup> Cf. Gn 18, 27

<sup>&</sup>lt;sup>229</sup> Cf. 2 Co 4, 7.

<sup>&</sup>lt;sup>230</sup> 1 Co 1, 30.

<sup>231</sup> Cf. Mt 3, 15.

se escucha a hombres espirituales, se aprovechan de sus discursos presentándolos como propios, apropiándose de los frutos ajenos, éstos ofrecen a otros un goce gratuito de las cosas que dicen, pero ellos, después de la conversación, se encuentran como los mendigos, porque cada una de las palabras es como si volviese a la casa de aquellos a quienes se la había tomado, mientras que éstos no poseen por sí mismos el tesoro del cual podrían haberse alegrado ellos primeramente, y con el que podrían haber hecho algo de provecho para los demás. Por esto debemos buscar, antes que nada, de Dios, que entre esta verdadera riqueza en nuestra propia casa, y entonces será fácil beneficiar también a los demás y hacerlos partícipes de discursos espirituales y misterios divinos. Puesto que así la bondad de Dios se ha complacido en venir a morar en cada creyente. Está dicho, en efecto: *El que me ama será amado de mí Padre y yo lo amaré y me manifestaré a él.*<sup>232</sup> Y en otra parte: *Y baremos morada en él.*<sup>233</sup>

89. Quienes son hechos dignos de ser hijos de Dios y tienen en sí resplandeciente a Cristo son dirigidos por el Espíritu, de modos variados y diferentes, y reconfortados por la gracia en lo más profundo del corazón. Mas, para ejemplificar los divinos esparcimientos de la gracia en el alma, no hay nada mejor que presentar algunos de los aparentes goces mundanos. A veces, en efecto, ellos se alegran y exultan como en un banquete real, de una exultación indecible e inefable; ora gozando espiritualmente como una esposa el esposo, ora como ángeles incorpóreos, por la gran ligereza y agilidad del cuerpo, que no parece que de él fueran revestidos. A veces, son como quienes se alegran en un lugar y quedan arrobados por una indecible voluptuosidad de los misterios del Espíritu. Otras, caen en llanto y gemidos al suplicar por la salvación de los hombres, puesto que, encendidos por la divina caridad del Espíritu hacia todos ellos, toman sobre sí la aflicción espiritual de Adán. A veces, además, son encendidos por el Espíritu en tanta caridad, unida a un placer inexpresable en palabras, que los hace abrazar con su misericordia a cada hombre, si esto fuese posible, sin hacer ninguna diferencia entre malo y bueno; y otras, se desprecian tanto a sí mismos que podríamos creer que no hay nadie inferior a ellos, que se consideran inferiores a todos.

Y ora son abrasados por un indecible gozo del Espíritu, ora, del mismo modo que un valiente, provisto de su armadura real, va a la guerra

y pone en fuga a sus enemigos, ellos, ceñidas las armas del Espiritu, salen contra los enemigos invisibles y los pisotean. Ora gran calma y *besiquía* los rodean y los reconforta una gran paz, ora son invadidos por un placer maravilloso, ora, en cambio, por sabiduría e inteligencia divinas y por un investigable conocimiento espiritual. En una palabra, la gracia de Cristo los hace expertos en cosas que ninguna lengua puede expresar. Mas a veces ellos parecen, a simple vista, como todos los demás hombres. Así es como la gracia divina, cambiando de muchas maneras y haciéndose variada en ellos, parece que quisiera instruir y ejercitar al alma para presentarla perfecta, irreprochable y purísima ante el Padre celestial.

90. Las operaciones del Espíritu de las que hemos hablado son propias de las grandes dimensiones y de los que están muy próximos a la perfección, y estas variadas consolaciones de la gracia son obradas en ellos por el Espíritu de modo diferente pero incensantemente, y una operación espiritual sigue a la otra. En efecto, cuando uno ha alcanzado la perfección espíritual, del todo purificado de las pasiones, vuelto enteramente uno solo y mezclado con el Paráclito a través de una comunión inexpresable, después de que hasta el alma misma ha sido hecha digna de volverse espíritu, por estar unida la Espíritu, entonces él se vuelve todo luz, todo espíritu, todo gozo, todo descanso, todo exultación, todo caridad, todo compasión, todo bondad y dulzura, y está como absorbido en las virtudes de la potencia del Espíritu bueno, como una piedra en el fondo del mar está rodeada por todas partes de agua.

Por lo tanto, los que están así, unidos de muchas maneras al Espíritu de Dios, se vuelven simílares a Cristo mismo, teniendo en sí constantemente las virtudes del Espíritu, y muestran a todos dichos frutos. En efecto, puesto que por el Espíritu han sido hechos, en lo más profundo, perfectamente irreprochables y puros de corazón, <sup>234</sup> es imposible que por fuera produzcan frutos de maldad, sino que siempre y por todo resplandecen en ellos los frutos del Espíritu. Éste es el progreso de la perfección espiritual, de la plenitud de Cristo que el Apóstol nos exhorta a alcanzar diciendo: ... hasta que seáis llenos hasta alcanzar toda la plenitud de Cristo.<sup>235</sup> Y además: ... para que todos lleguemos... al hombre perfecto, a la madurez de la edad de la plenitud de Cristo.<sup>236</sup>

<sup>&</sup>lt;sup>232</sup> Jn 14, 21.

<sup>233</sup> Cf. Jn 14, 23.

<sup>&</sup>lt;sup>234</sup> Cf. Mt 5, 8.

<sup>235</sup> Cf. Ef 3, 19.

<sup>236</sup> Ef. 4, 13.

91. A veces —dice—, uno se arrodilla, y su corazón se llena de una operación divina, y el alma exulta con el Señor, como ya hemos aclarado, como la esposa goza con el esposo. Lo dice el gran Isaías: y con gozo de esposo por su novia, se gozará por ti tu Dios. 237 A veces sucede que este hombre está ocupado todo el día pero, dedicándose una hora sola a la oración, su ser interior es arrebatado y queda prisionero de ella en el abismo insondable de esa eternidad. Un placer inexpresable e inconmensurable lo posee, y el intelecto se asombra de ello, encontrándose elevado y arrebatado hacia lo alto, y en ese momento en sus sentidos se hace el olvido de todo este percibir terrenal porque sus pensamientos —como hemos dicho— se han llenado y han sido llevados prisioneros hacia realidades sin fin e inaferrables. En esa hora, en efecto, mediante la oración, le sucede al hombre que junto con la plegaria se le va también el alma.

92. Al que pregunta si siempre le es posible al hombre resistir en tal estado, debemos decir que siempre la gracia está unida a él y enraizada, y en el hombre con quien ella se une se vuelve como algo naturalmente fijado. Además, aunque es una, ella se mueve de muchas maneras, a su antojo, en provecho del hombre, así que ora hace arder para él más el fuego, ora en cambio lo vuelve más pálido; y la luz a veces resplandece todavía más, a veces se reduce y oscurece del todo según la divina economía, aunque la lámpara arda inextinguible. Pero, cuando se hace más ardiente, entonces también el hombre celebra una fiesta como en una mayor embriaguez del amor de Dios; y algunas veces la luz misma, que brilla sin cesar en el corazón, se abre a una luz cada vez más interior y profunda, de modo que todo el hombre, absorto en la dulzura de esa contemplación, sale de sí mismo, y es como necio y bárbaro a los ojos del mundo, por la excesiva caridad que se esparce en el alma, y el placer y la profundidad de los misterios que se ha hecho digno de penetrar. En ese momento, acontece muchas veces que llega a la madurez perfecta y se ve libre de todo pecado e irreprochable, mas también sucede que, luego de estas cosas, la gracia se retira de alguna manera y se extiende sobre ella el velo de la potencia adversa.

93. Créeme, dice. Así están las cosas, en cuanto a la gracia. Supón que la perfección asciende al duodécimo escalón y, por lo tanto, llega el momento en que también esta medida se vuelve accesible. Sin embargo, la gracia retrocede nuevamente y, descendiendo un escalón, se detiene, por así decirlo, en el undécimo. A ese hombre seguramente le

han sido mostradas esas cosas maravillosas de las que tuvo experiencia, mas, si esto le ocurriese de la misma manera siempre, no le sería ya posible ni someterse al peso de administrar la Palabra, ni escuchar o decir alguna cosa, u ocuparse aunque sea un poco de nada, sino estar solamente recogido en un rincón, elevado del suelo y arrobado. Por esto, ciertamente, no le ha sido dada también la medida perfecta, para que tuviese tiempo de dedicarse al cuidado de los hermanos y al ministerio de la Palabra.

94. Si, al escuchar la palabra del reino, nos sentimos inclinados hacia las lágrimas, no nos detengamos en estas lágrimas nuestras, ni pensemos que esto nos basta, como si hubiésemos escuchado bien con nuestro oído y visto bien con los ojos; puesto que son otros los oídos, otros los ojos, otras las lágrimas y otras la mente y el alma. Es el mismo Espíritu divino y celeste quien escucha y llora y reza y conoce y hace la voluntad de Dios en la verdad. Efectivamente, también el Señor, al anunciar a los apóstoles el maravilloso don del Espíritu, decía: Yo me iré, pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo. 238 Y luego: Mucho tengo todavía que deciros, pero ahora no podéis con ello. Cuando venga Él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa. 239 Él, por lo tanto, rezará, llorará, puesto que no sabemos cómo pedir para orar como conviene; mas el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables. 240 porque sólo a Él, al Espíritu, se le manifiesta la voluntad de Dios.

En efecto, *nadie conoce* —está dicho— *lo întimo de Dios sino el Es- píritu de Dios.*<sup>241</sup> Y, después del día de Pentecostés en que vino, según la promesa, la visita del Paráclito, <sup>242</sup> y la potencia del Espíritu hueno habitó en las almas de los apóstoles, les fue quitado de una vez para siempre el velo de la maldad, fueron hechas inoperantes las pasiones y develados los ojos de su corazón. Después de entonces, llenos de sabiduría y vueltos perfectos por el Espíritu, por su medio aprendieron también a hacer la voluntad de Dios, y por Él fueron llevados de la mano a todas las verdades, <sup>243</sup> siendo Él guía y rey de sus almas. Entonces,

<sup>238</sup> Jn 14, 26.

<sup>239</sup> Jn 16, 12 y ss.

<sup>240</sup> Rm 8, 26.

<sup>241 1</sup> Co 2, 11.

<sup>&</sup>lt;sup>242</sup> Cf. Hch 2, 1 y ss.

<sup>243</sup> Cf. Jn 16, 13.

cuando a nosotros también nos den ganas de llorar al escuchar la palabra de Dios, supliquemos a Cristo con fe cierta en que vendrá a nosotros, para nuestra esperanza, el Espíritu, que verdaderamente escucha y ora según la voluntad y el consejo de Dios.

95. Cree —dice— que la cuestión es tal que sobre el intelecto se encuentra como una potencia caliginosa que le recubre ligeramente, como un aire ligero y, por más que la lámpara arda y brille casi siempre —como se ha dicho—, sobre esa luz se encuentra un velo. Por lo tanto, un intelecto de esta naturaleza admite que no es perfecto ni del todo libre de pecado, sino que es, en cambio, por así decirlo, libre y no libre. Y esto no ocurre sin intervención divina, sino por divina economía, por lo que ora es derribado y quebrado ese muro de separación que está en el medio;<sup>244</sup> ora, en cambio, no es derribado del todo. Ni las condiciones de la oración son siempre iguales, sino que a veces la gracia se enciende más y consuela y trae descanso; otras, la oración se vuelve más baja e íntima, según la gracia misma dispone para mayor provecho del hombre.

Sin embargo, a veces, yo he llegado a la medida perfecta y he probado, he experimentado esa eternidad; mas todavía no he visto a un cristiano perfecto y libre de una vez por todas. Uno puede descansar por poco tiempo en la gracia, ser hecho digno y hacerse partícipe de misterios y revelaciones, y entrar en la gran dulzura de la gracia, mas el pecado vuelve a entrar en él, en lo íntimo. Tales hombres, por causa de la gracia excesiva y de la luz que en ellos resplandece, creen, ciertamente por inexperiencia, que son perfectos y libres. Pero yo, como digo, no he visto a nadie perfectamente libre, puesto que también a mí me ha ocurrido parcialmente, en algún momento, llegar hasta esa medida que hemos mencionado, y sé, porque lo he aprendido, cuál es el hombre perfecto.

96. Cuando te suceda que sientes hablar de comunión entre esposo y esposa, <sup>245</sup> de danzas, de música, de fiestas, no pienses en nada material o terrenal. Estas cosas son tomadas sólo como ejemplos, por condescendencia, porque esas realidades son inefables, espirituales e inalcanzables a los ojos de la carne, y llegan a las almas santas y fieles en razón de su comprensión. Esta comunión con el Espíritu Santo, los tesoros celestiales, las danzas y las fiestas de los santos ángeles se manifiestan solamente a aquellos que las han experimentado, mientras que

a quien no está iniciado no lo es permitido ni siquiera concebirlas. Por lo tanto, escucha estas cosas con veneración para que, si es que crees, también a ti te suceda que seas hecho digno de alcanzarlas, y entonces sabrás, por la experiencia misma de los ojos del alma, de cuáles bienes y misterios las almas de los cristianos, también acá abajo, pueden participar. En la resurrección, en efecto, también el cuerpo mismo será hecho digno de alcanzar tales cosas y de verlas y casi poseerlas, cuando también él se vuelva espíritu.

97. Las bellezas propias de nuestra alma y los buenos frutos, es decir, la oración, la fe, la caridad, la vigilia, el ayuno, y las demás obras virtuosas, después de unirse en comunión con el Espíritu Santo, darán también abundante perfume, como incienso puesto en el fuego; mas también para nosotros será fácil vivir siguiendo la voluntad de Dios, puesto que sin el Espíritu Santo —como ya hemos dicho— no le es posible a nadie unirse a la voluntad de Dios. Como la mujer que se une en matrimonio con el hombre antes de casarse se mueve según su parecer y voluntad, mas después que se ha convertido en una sola cosa con él, vive completamente bajo su guía, renunciando a mirar por sí misma, de la misma manera el alma tiene una voluntad propia, de sus propias leyes, de sus propias acciones, mas cuando es hecha digna de unirse al marido celestial, Cristo, se somete a la ley del marido y ya no sigue más su voluntad, sino la de su esposo, Cristo.

98. Considera que el vestido de bodas del que habla la divina parábola de Cristo<sup>246</sup> es la gracia del Espíritu Santo, y el que es hecho digno de llevarlo participará de la boda celestial y de ese banquete espiritual.

99. Pongamos todo cuidado en beber el vino espiritual y divino, y embriagarnos sobriamente para que, así como aquellos que se han saciado de vino se vuelven más locuaces, también nosotros, llenos de este vino espiritual, nos pongamos a hablar de los divinos misterios. Dice David: *rebosante está mi copa.*<sup>247</sup>

100. El alma pobre de espíritu<sup>248</sup> es la que reconoce sus propias heridas y la oscuridad de las pasiones que la envuelve, y busca continuamente la liberación de parte del Señor, soporta los trabajos y no goza con ninguno de los bienes de la tierra, sino que busca al único médico y se entrega a sus cuidados. Entonces, ¿cómo podrá el alma herida ser

<sup>&</sup>lt;sup>244</sup> Cf. Ef 2, 14.

<sup>&</sup>lt;sup>245</sup> Cf. Is 62, 5.

<sup>246</sup> Cf. Mt 22, 11.

<sup>247</sup> Sal 22, 5.

<sup>248</sup> Cf. Mt 5, 3.

bella, atrayente y adecuada para la unión de vida con Cristo? De qué otro modo, si no en virtud de su antigua creación y del reconocimiento manifiesto de sus heridas y de su miseria? Puesto que, si no se complace en las heridas y en las llagas de las pasiones, y no defiende sus caídas, el Señor no le imputa esa causa, sino que se apresura en curarla y restablecerla, y le devuelve una belleza sin pasión e incorruptible.

Mas ella no debe tener contacto deliberado con los actos que las pasiones cumplen —como hemos dicho— ni debe complacerse de esas operaciones, sino que con toda su fuerza debe gritar al Señor para ser hecha digna de verse libre de todas las pasiones mediante su Espíritubueno. Ésta es, entonces, el alma bienaventurada, mas jay de aquella que no acepta la conciencia de sus heridas y que cree que no tiene ni siquiera un poco de maldad, cuando es tan grande la que posee, junto al endurecimiento! Entonces, ni siquiera el buen médico la reconoce y la cura, porque ni ella lo busca ni se preocupa por sus heridas, considerando que se encuentra bien y que está sana. Está dicho, en efecto, que no necesitan del médico los que están fuertes, sino los enfermos.<sup>249</sup>

101. Verdaderamente, bienaventurados y dichosos de la vida y de los goces espirituales son quienes han recibido, por la fe ferviente y su conducta virtuosa, junto con la experiencia sensible, el conocimiento de los misterios celestiales del Espíritu, y tienen su ciudadanía en los cielos. 250 Éstos son, además, los mejores entre todos los hombres. Ello se demuestra claramente. Pues, ¿a qué sabio, poderoso o prudente, le es dado subir a los cielos mientras aún vive en la tierra, y cumplir allí obras espirituales y ver las bellezas del Espíritu? En cambio, un pobre hombre, en apariencia extremadamente pobre, despreciado y desconocido totalmente por los que lo rodean, cayendo en tierra sobre su rostro frente al Señor, sube a los cielos guiado por el Espíritu y con plena certeza en su propia alma se goza en su pensamiento de las maravillas de allá arriba, y allí obra, allí vive y transcurre su tiempo, allí tiene su ciudadanía, según el divino Apóstol, que dice: Nosotros somos ciudadanos del cielo.<sup>251</sup> Y luego: lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó, lo que Dios preparó para los que le aman. Y después agrega: Porque a nosotros nos lo reveló Dios por medio del Espíritu.<sup>252</sup> Éstos son los verdaderos sabios, los verdaderos poderosos, los verdaderos nobles,253

102. También, además de las realidades celestiales —dice—, juzgando a los santos, a partir de las condiciones presentes, no hesitarías en llamarlos los más excelsos. Por ejemplo: cuando Nabucodonosor, príncipe de Babilonia, había reunido a todos los pueblos para que adorasen la estatua que había hecho construir<sup>254</sup> (mas esto ciertamente había sido dispuesto con suma sabiduría por Dios para que la virtud de los tres jóvenes se hiciese pública, y todos supiesen que Dios es el único Dios que vive en los cielos), los tres jóvenes, ellos también prisioneros y privados de la libertad, le hablaron con toda franqueza. Y, mientras todos se postraban con gran temor, sin osar nada más que obedecer, casi sin palabras como los animales que son arrastrados por la nariz, ellos estaban tan lejos de soportar como los demás, que no quisieron ser ignorados como hombres piadosos ni resistir calladamente, y en cambio anunciaron mientras todos estaban escuchando: Nosotros no servimos a tus dioses, oh rey, y no nos postramos ante la estatua de oro que has levantado.<sup>255</sup> Y también ese terrible horno que los recibió como castigo no fue un horno y no demostró su energía, sino que, volviéndose también él piadoso, los cobijó sin que sufrieran ningún mal, de modo que, a través de ellos, todos, incluso el rey mismo, reconocieron al verdadero Dios. 256 Y frente a ellos no sólo se asombraron los habitantes de la tierra, sino también los coros celestiales.

En efecto, el divino Apóstol demuestra que los habitantes del cielo no son extraños a las virtudes de los santos, sino que son también ellos sus espectadores, puesto que dice: somos puéstos a modo de espectáculo..., para los ángeles y los hombres.<sup>257</sup> Algo parecido también se puede ver en Elías, el que se hizo creíble para muchos al hacer bajar el fuego del cielo.<sup>258</sup> Mas también Moisés dominó todo Egipto y a su tirano faraón.<sup>259</sup> Lo mismo puede decirse de Lot<sup>260</sup>, de Noé<sup>261</sup> y de muchos otros que, siendo aparentemente hombres de gran modestia, dominaron a muchos, señalados y poderosos.

<sup>249</sup> Cf. Mt 9, 12.

<sup>250</sup> Cf. Flp 3, 20.

<sup>&</sup>lt;sup>251</sup> Flp 3, 20.

<sup>252 1</sup> Co 2, 9-10.

<sup>253</sup> Cf. 1 Co 1, 26 y ss.

<sup>254</sup> Cf. Dn 3, 1 y ss.

<sup>&</sup>lt;sup>255</sup> Cf. Dn 3, 18.

<sup>256</sup> Cf. Dn 3, 96.

<sup>257 1</sup> Co 4, 9.

<sup>&</sup>lt;sup>258</sup> Cf. 3 (1) R 18, 38.

<sup>259</sup> Cf. Ex 6 y ss.

<sup>&</sup>lt;sup>260</sup> Cf. Gn 19.

<sup>&</sup>lt;sup>261</sup> Cf. Gn 6 y 7.

103. Si a cada una de las realidades visibles no la ayuda otra naturaleza que les sea extraña, ellas son de por sí toscas e informes. Así, la inexpresable sabiduría divina emplea las cosas visibles para indicar los misterios y las figuras. En efecto, la naturaleza humana, por sí misma, es impotente para mostrar el ornato de las virtudes y la belleza espiritual de la santidad sin la ayuda de la mano divina, como la tierra por sí misma, sin los cuidados de los agricultores y la cooperación que recibe de las lluvias y del sol, es inservible para producir frutos. En todas las casas, para que no reine completamente la oscuridad, es necesaria la luz de este sol que, precisamente, no es de su misma naturaleza; y otras cosas, como puede verse, se encuentran en parecidas condiciones.

De la misma manera, también la naturaleza humana, siendo de por sí incapaz de producir los frutos de las virtudes, necesita al agricultor espiritual de nuestras almas, es decir, al Espíritu de Cristo, que es absolutamente extraño a nuestra naturaleza —puesto que nosotros somos criaturas, y Él es increado—, para que cultive con su propio arte y prepare los corazones de los fieles que se han entregado con toda su voluntad al agricultor espiritual —después de haberlos cultivado con su propio arte— a producir perfectos frutos del Espíritu, y para brillar con su luz en la casa de nuestra alma, oscurecida por las pasiones.

104. Doble es la guerra de los cristianos y doble es la lucha, ya sea contra las realidades visibles a estos ojos, puesto que ellas excitan, estimulan y exhortan al alma para que se aferre a ellas y goce, ya sea contra los principados y las potestades del maléfico dominador del mundo. <sup>262</sup>

105. La gloria que Moisés tenía sobre su rostro<sup>263</sup> era figura de la gloria del Espíritu Santo. En efecto, como entonces quien quería fijar en él su mirada no lo conseguía, así también la oscuridad de las pasiones no soporta esta gloria que resplandece en las almas de los cristianos, sino que se aleja, rechazada por su fulgor.

106. Todas las cosas de este siglo son odiosas para el cristiano amante de la verdad y de Dios, que ha probado la dulzura celestial y posee en el alma, ínsita y mezclada con ellas, la gracia, a cuyas voluntades se ha abandonado completamente. Éste es, en efecto, superior por naturaleza a todas las cosas del mundo, aunque se trate de oro, plata, honores, gloria, felicidades envidiables o alabanzas; por ninguna de estas cosas puede quedar atrapado, porque ha alcanzado la experiencia de

otra riqueza, de otro honor y de otra gloria humana, y alimenta su alma con un placer incorruptible y, por la comunión del Espíritu, posee toda percepción sensible y toda plena certeza.

107. Tanto como difiere el pastor por su raciocinio de los animales del rebaño, privados de razón, tanto más éste es superior por inteligencia, conocimiento y discernimiento a los demás hombres; puesto que participa de otro espíritu, de otro intelecto, de otra inteligencia y sabiduría, respecto de la sabiduría de este mundo. Está dicho: Hablamos de sabiduría entre los perfectos, pero no de sabiduría de este mundo ni de los príncipes de este mundo, abocados a la ruina, sino que bablamos de una sabiduría de Dios, misteriosa.<sup>264</sup> Por esto también un hombre así es superior en todo a todos los hombres que tienen el espíritu del mundo --como hemos dicho--, tanto los prudentes como los sabios, y juzga a todos los hombres, como está escrito, 265 y de cada uno conoce desde dónde habla, dónde está y entre qué personas se encuentra; mientras que ninguno de los que tienen el espíritu del mundo es capaz de conocerlo y de juzgarlo, sino sólo este que posee el mismo Espíritu que la divinidad, según el divino Apóstol: Expresamos realidades espirituales en términos espirituales. El bombre normalmente no capta las cosas del Espíritu de Dios; son necedad para él. En cambio el hombre de espíritu lo juzga todo; y a él nadie puede juzgarle. 266

108. Pero —dice— no se puede obtener Espíritu Santo si antes uno, volviéndose extraño a todas las cosas de este siglo, no se dispone a la búsqueda del amor de Cristo, para que el intelecto, librándose de todas las preocupaciones materiales, pueda dedicarse solamente a este único objetivo y así pueda hacerse digno de volverse un solo espíritu con Cristo, como dice el Apóstol: *El que se una al Señor será un sólo espíritu con Él*. Mas al alma completamente atada a las cosas de este siglo, y que se inclina hacia éste por las riquezas, la gloria ó la amistad según el mundo, no le será posible huir y traspasar las tínieblas de las potencias malignas.

109. Las almas que aman la verdad y a Dios no soportan siquiera un debilitamiento de su amor hacia el Señor, sino que, totalmente y por todo el tiempo clavadas a su cruz, reconocen el comienzo en ellas de la percepción de su progreso espiritual. Heridas por este deseo y siendo

<sup>&</sup>lt;sup>262</sup> Cf. Ef 6, 12.

<sup>&</sup>lt;sup>263</sup> Cf. Ex 34, 29 y ss.

<sup>&</sup>lt;sup>264</sup> 1 Co 2, 6 y ss.

<sup>&</sup>lt;sup>265</sup> Cf. 1 Co 2, 15.

<sup>266 1</sup> Co 2, 13-14, 15.

<sup>&</sup>lt;sup>267</sup> Cf. 1 Co 6, 17.

—por así decirlo— hambrientas de justicia, <sup>268</sup> de las virtudes y del esplendor del Espíritu bueno, aunque sean dignas de los misterios divinos y participen de la felicidad celeste y de la gracia, no confían en sí mismas <sup>269</sup> ni creen que son algo. Sino que, cuanto más dignas son de los dones espirituales, tanto más insaciables se muestran de los bienes celestiales, que buscan empeñosamente; y, cuanto más notan su progreso espiritual, más se vuelven ávidas de participar de esos bienes; y, si bien se enriquecen espiritualmente, les parece que son pobres, según la divina Escritura, que dice: Los que me comen quedan aún con hambre de mí, los que me beben sienten todavía sed. <sup>270</sup>

110. Estas almas también se han hecho dignas de verse liberadas de las pasiones y consiguen de manera perfecta la iluminación del Espíritu Santo y la plena comunión con la gracia. Mas las que son perezosas e indolentes y mientras permanecen acá abajo no buscan recibir la santificación del corazón, no de una manera parcial, sino totalmente, con la paciencia y la magnanimidad, no tienen ni siquiera la esperanza de tener comunión con el Paráclito con plena y cierta percepción, y de ser liberadas por medio de sí de las pasiones y del mal. Esto, incluso si han sido hechas dignas de la gracia divina; mas seducidas por el mal han desistido de todo cuidado propio por haber recibido la gracia y obtenido la consolación que llega con ella y haber gozado de la dulzura espiritual. Por esto, en efecto, son fáciles para la presunción; no tienen contrición del corazón y no poseen la humildad en sus pensamientos ni la sed ardiente, y no se tienden hacia la medida perfecta de la impasibilidad. Deteniéndose así en esta pequeña consolación y progresando más bien hacia la exaltación que hacia la humildad, a veces son despoiadas de ese don del que habían sido hechas dignas. Mientras que el alma verdaderamente amante de Dios -como acabamos de decir-, aunque persiga innumerables formas de justicia y consuma su cuerpo con grandes ayunos y vigilias, y aunque sea hecha digna de los dones superiores del Espíritu, de revelaciones y de misterios, se mantiene tan modesta como si no hubiese aún iniciado la vida según Dios ni adquirido ninguno de los bienes más excelsos, y se sintiese dispuesta, con amor insaciable, hacia la divina caridad según Cristo.

111. Mas alcanzar estas medidas enseguida y fácilmente no es posible para nadie. Deben preceder muchas luchas y fatigas, tiempo y dili-

gencia, con pruebas de todo tipo y tentaciones, hasta—diría— la medida cumplida de la impasibilidad. Así uno, después de haber sido probado por toda pena y fatiga, después de haber soportado con buen ánimo todas las tentaciones inducidas por el mal, sólo entonces es hecho digno de los grandes honores y dones del Espíritu y de la riqueza divina, y se vuelve también, por ende, heredero del reino celestial.

112. Mas el alma que en su conducta no tiene la diligencia que hemos dicho y que aún no ha recibido la percepción de la santificación del corazón, que se mantenga en la aflicción espiritual y que busque fervorosamente que el Señor le otorgue este bien juntamente con la operación del Espíritu que se realiza en el intelecto con inefables contemplaciones. Así como en la ley eclesiástica quienes son prisioneros de los pecados del cuerpo primero son separados por el sacerdote y luego, después de haber cumplido la penitencia prescrita, son admitidos también a la comunión eclesial, mientras los que han vivido sin caídas y con pureza progresan hasta el sacerdocio, y desde el lugar más alejado son removidos y reciben su lugar dentro del altar para vivir siempre como ministros y comensales del Señor; así es precisamente, como vemos que sucede también respecto de la comunión mística con el Espíritu Santo, de la que el Apóstol dice: la gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor de Díos y Padre y la comunión del Espíritu Santo.<sup>271</sup> Verás que aquí también el procedimiento es el mismo.

En efecto, en el alma pura, a la que está estrechamente unida la bondad divina, habita la santa Trinidad, no según lo que es ella, incontenible por la creación entera misma, sino según sea el hombre idóneo para recibirla. Pero, después de que el intelecto se haya separado en alguna cosa de la conducta según la voluntad de Dios y haya entristecido al Espíritu divino, <sup>272</sup> será rechazado y separado de la felicidad espiritual, puesto que la gracia divina, la caridad y toda buena operación del Espíritu se han retirado, y él será entregado a todas las tribulaciones, a las tentaciones y a los espíritus malignos hasta que el alma nuevamente camine directamente hacia la complacencia del Espíritu. Después de haber demostrado, en cada confesión y humillación, su arrepentimiento, entonces nuevamente es ella hecha digna de ser visitada por la gracia y recibe la felicidad celestial más que antes. Mas, si no entristece en nada al Espíritu y vive de modo agradable a Él y resiste ante todos los malos pensamientos siempre unida al Señor, <sup>273</sup> un

<sup>268</sup> Cf. Mt 5, 6.

<sup>269</sup> Cf. 1 Co 1, 9.

<sup>270</sup> Cf. Si 24, 21.

<sup>&</sup>lt;sup>271</sup> Cf. 2 Co 13, 13.

<sup>&</sup>lt;sup>272</sup> Cf. Ef 4, 30.

<sup>273</sup> Cf. 1 Co 6, 17.

alma tal progresa justa y continuamente, es hecha digna de dones inefables, de gloria en gloria.<sup>274</sup> y pasa de un descanso a otro descanso mas perfecto. Luego, habiendo alcanzado también la medida perfecta de la vida cristiana, será considerada entre los perfectos obreros y los irreprochables siervos de Cristo en su reino eterno.

113. Créeme que estas realidades que aparecen son figuras y sombras de las que están escondidas: el templo visible, figura del templo del corazón; el sacerdote, del verdadero Sacerdote de la gracia, Cristo. v así sucesivamente. Así como, en esta Iglesia visible, si no preceden las lecturas, los salmos y lo que sigue en el orden del canon eclesiástico. no es posible para el sacerdote proseguir con la celebración del divino misterio del cuerpo y de la sangre de Cristo; y, por el contrario, si incluso todo el canon eclesiástico se ha seguido pero no se realiza por parte del sacerdote la mística eucaristía de la prósfora y la comunión del cuerpo de Cristo, tampoco el rito eclesiástico ha sido celebrado y el culto del Misterio es incompleto. Piensa que es también así para el cristiano: aunque él haya cumplido perfectamente el ayuno y la vigilia, la salmodia y la ascesis completa y cada virtud, mas no se ha cumplido, por la gracia, en el altar de su corazón, la mística operación del Espíritu con toda percepción y descanso espiritual, todo este proceso ascético está incumplido y es casi en vano porque no tiene la alegría del Espíritu místicamente activa en su corazón.

114. El ayuno es bueno, así como la vigilia, la ascesis y la xenitía. Pero estas cosas son solamente el principio y la premisa de la vida amante de Dios, de modo que es absolutamente irrazonable contar con ellas simplemente. En efecto, a veces nos encontramos partícipes de cierta gracia, y el mal puesto en lo secreto —como hemos dicho en los apartados anteriores— obra con astucia quedándose voluntariamente retirado, no mostrándose como lo que es, sino haciéndole creer al hombre que su intelecto ha sido purificado, y por eso lo empuja hacia la presunción de la perfección; después lo asalta como un pirata y lo arrastra a las profundidades de la tierra. Puesto que, si frecuentemente ocurre que hombres de veinte años que se han vuelto bandidos —o algunos otros, soldados profesionales— son expertos en armamento contra el enemigo, y tiendan trampas y acechos, toman a los enemigos por la retaguardia, y al tenerlos cercados los matan; tanto más la maldad, que tiene millones de años y que considera que perder las almas es su operación más agradable, sabrá escoger tales trampas en lo secreto del

115. Considera que el estado espiritual es así: supón que existe un palacio real que tiene distintos pórticos y atrios y una serie de habitaciones, desde las más externas a las más internas, en las cuales es verosímil que se guarden la púrpura y los tesoros; y luego una aún más escondida, donde es conveniente que transcurra la vida del rev. Entonces, como uno que al ligar a los atrios y a las residencias exteriores se equivoca y cree que ha llegado a la morada interior, así ocurre en el ámbito espiritual, que los que combaten el vientre y el sueño dedicados incesantemente a la salmodia y a la oración no crean que ya han alcanzado el fin y el descanso, puesto que ellos aún están entre los pórticos y los atrios, y no donde están guardados la púrpura y el tesoro real. Aunque hayan sido hechos dignos de una gracia espiritual, que esto tampoco los ilusione, haciéndoles creer que han llegado al fin. Convendría más bien que ellos examinaran si han encontrado el tesoro en este vaso de barro, <sup>275</sup> si se han revestido de la púrpura del Espíritu, si han visto al rey y han encontrado el descanso.

Puesto que, créeme, el alma tiene una cierta profundidad y muchos miembros, y el pecado que ha llegado a ella involucra todos los miembros y los pensamientos del corazón. Luego, después de que el hombre ha buscado la gracia del Espíritu, ella viene y envuelve tal vez dos partes del alma. Entonces, quien es inexperto, consolado por esta gracia, piensa que todos los miembros del alma han sido sanados y el pecado ha sido completamente arrancado, y no sabe que en su mayor parte aún domina su alma. Puesto que también es posible —como muchas veces aclaramos— que la gracia obre incesantemente, como el ojo en el cuerpo, y que sin embargo aún exista el mal que engaña la mente. Quien entonces no es capaz de discernir, si ha alcanzado algo grande, piensa ya algo grande de sí, y se llena de orgullo como si poseyese la perfección extrema, mas está muy lejos de poseer la verdad y su sostén.

corazón y esperará tranquilamente el momento oportuno, y obrará de modo que empuje al alma a la presunción de la perfección. Por lo tanto, el fundamento del Cristianismo, aunque uno participara de todas las justicias, consiste en no descansar sobre ellas ni confiar en ellas, ni calcular que se ha hecho algo grande; y, si se participa en forma estable de la gracia, en no creer que se ha alcanzado algo, ni de haber sido ya saciado, sino tener por eso mismo más hambre y más sed, y hacer luto espiritual y tener el corazón totalmente contrito.

<sup>274</sup> Cf. 2 Co 3, 18.

<sup>275</sup> Cf. 2 Co 4, 7.

En efecto —como dijimos en el discurso anterior—, es arte de Satán ceder espontáneamente por algún tiempo y no obrar de la manera acostumbrada, por cierto, con el objeto de insinuar la presunción de su perfección en los ascetas. Mas, quien planta una viña, ¿acaso recibe su fruto de inmediato? O quien siembra los frutos de la tierra, ¿enseguida los cosecha? Y el niño recién nacido, ¿acaso llega de inmediato al final de su crecimiento? Mira a Jesús, de qué gloria, Él que era el Hijo de Dios y Dios, el Cristo, a qué padecimientos, deshonor, cruz y muerte ha descendido; y, además, cómo por esta humillación suya ha sido ensalzado y está sentado a la diestra del Padre. Adán la serpiente maligna que desde el principio sembró en Adán la concupiscencia de la divinidad, ra qué deshonor lo ha arrastrado, precisamente por esta presunción! Por lo tanto, meditando tú mismo estas cosas, ponte en lugar seguro, dentro de lo que puedas, y preocúpate por tener siempre el corazón humilde y contrito.

#### SOBRE LA LIBERTAD DEL INTELECTO

116. Cuando oigas decir que Cristo al bajar a los infiernos liberó a las almas que estaban allí retenidas, no pienses que estas cosas son tan distintas de las que se cumplen todavía ahora. Créeme que el corazón es un sepulcro donde quedan enterrados los pensamientos y el intelecto, prisioneros de una pesada tiniebla. Viene entonces el Señor a las almas que le gritan desde el Hades, es decir, viene hasta la profundidad del corazón, y allí, dando orden a la muerte, le dice: "Devuelve las almas prisioneras que me han buscado a mí, poderoso, para que las salve"; luego, quitada la enorme piedra puesta sobre el alma, abre la tumba y resucita al que estaba verdaderamente muerto, liberando al alma recluida de la prisión sin luz.

117. Sucede que muchas veces Satán conversa contigo, en el corazón, para atacarte, y dice: "Comprende cuántas maldades has cometido, tu alma está llena de iniquidades, te has cargado con el peso de muchos y gravísimos pecados." Que no se te escape que él hace esto para empujarte a la desesperación bajo la apariencia de la humildad; en efecto, desde que, por medio de la transgresión, se ha introducido la maldad, él ha tenido acceso para conversar, de alguna manera, con el alma, cada día, como un hombre con otro hombre, y a sugerirle nece-

dades. Entonces, tú contéstale: "Mas yo tengo las seguridades escritas por Dios, que dicen: *No me complazco en la muerte del pecador para que se convierta mediante la penitencia y viva.*<sup>279</sup> En efecto, ¿por qué habría buscado para sí el descender, si después no salvará a los pecadores, no iluminará a los que están en las tinieblas y no dará vida a los muertos?"

118. Como la potencia adversa, así también lo gracia divina se muestra persuasiva pero no constriñe, para que queden a salvo nuestra libertad y nuestro libre arbitrio. Por eso también, para el mal que el hombre hace impelido por Satanás, no es tanto Satán como el hombre mismo quien recibe el castigo, por cuanto no es empujado por la fuerza, sino que es persuadido a hacer el mal por su propia voluntad. También es así para el bien: el que se hace, la gracia no se lo adjudica a sí, sino al hombre, y lo ciñe de gloria porque él se ha vuelto causa de su propio bien, puesto que, como se ha dicho, la gracia no le inmoviliza la voluntad encadenándola con una potencia constrictiva, sino que uniéndose a ella cede a su arbitrio para que resulte claro si la voluntad del hombre tiende a la virtud o al vicio. En efecto, no por naturaleza hay normas, sino por la libertad de elección, que puede volverse hacia el bien o hacia el mal.

119. Debemos custodiar al alma y conservarla libre de su relación con los pensamientos profanos y malvados. Puesto que, como el cuerpo al unirse a otro cuerpo se contamina y se vuelve impuro, así también el alma se corrompe juntándose a pensamientos malvados y torpes, de acuerdo y pactando con ellos; y no sólo con los malos pensamientos de fornicación, sino también con los de cada vicio: de la incredulidad, del engaño, de la vanagloria, de la cólera, de la envidia, de la discordia. Esto es purificarse a sí mismo de toda mancha de la carne y del espíritu.<sup>280</sup> Porque cree que existe corrupción y fornicación que obran en lo oculto del alma mediante los pensamientos inconvenientes; mas, así como Dios destruirá a quien destruye el templo del Señor, que es el cuerpo, según el gran Apóstol, 281 también quien destruye el alma y el intelecto, al consentir y pactar con los pensamientos inconvenientes, está sujeto al castigo. Por lo tanto, así como conviene cuidar el cuerpo del pecado visible, conviene custodiar también el alma de los pensamientos inconvenientes, porque es esposa de Cristo. Está dicho: Os tengo desposados con un solo esposo para presentaros cual casta virgen

<sup>&</sup>lt;sup>276</sup> Cf. Ef 1, 20.

<sup>277</sup> Cf. Gn 3, 5.

<sup>278</sup> Cf. Sal 50, 19.

<sup>&</sup>lt;sup>279</sup> Cf. Ez 33, 11.

<sup>280</sup> Cf. 2 Co 7, 1,

<sup>281</sup> Cf. 1 Co 3, 17.

*a Cristo.*<sup>282</sup> Escucha la Escritura que dice: *Por encima de todo cuidado, guarda tu corazón, porque de él brotan las fuentes de la vida*;<sup>283</sup> y aprende también la enseñanza de la Sagrada Escritura que dice que los pensamientos perversos separan de Dios.<sup>284</sup>

120. Que cada uno pida cuentas a su propia alma, examínando y probando a qué se aferra, y si ve que su corazón no concuerda con las leyes del Señor, que cuide por todos los medios de guardar incorrupto no sólo su cuerpo, sino también su intelecto, sin connivencias con los malos pensamientos, por si Dios quisiese, según su promesa, ir a morar en el que es puro. Puesto que ha prometido que morará y caminará con las almas puras y amantes del bien.<sup>285</sup>

121. Así como el agricultor que tiene gran cuidado de su tierra primero la renueva y le saca las espinas, luego le echa las semillas, también quien espera recibir la semilla de la gracia de Dios es necesario que primero purifique la tierra de su propio corazón, para que la semilla del Espíritu, al caer en él, rinda plenos y copiosos frutos. Si esto no ocurre y primero no se purifica de toda suciedad de la carne y del espíritu, <sup>286</sup> es todavía carne y sangre, y muy lejos está de la vida. <sup>287</sup>

122. Debemos observar cuidadosamente en todas partes los sortilegios, los engaños y los maleficios del Enemigo, porque, así como el Espíritu Santo a través de Pablo dice que se ha hecho todo a todos, para salvar a toda costa a algunos, <sup>288</sup> el Enemigo es diligente para hacer toda maldad, a fin de llevarnos a todos a la ruina. Por ejemplo, finge que reza con los que rezan, con el fin de engañarlos entregándolos a la presunción con motivo de la oración; finge que ayuna con los que ayunan, queriendo ilusionarlos con la presunción del ayuno; con los que tienen conocimiento de la Escritura, se dedica también a su estudio, deseando hacerlos caer en error con una aparente ciencia; a quienes son hechos dignos de la luz de la revelación, se muestra en un aspecto parecido — está dicho, en efecto, Satanás se transforma en ángel de luz—, <sup>289</sup> para atraerlos hacia sí después de haberlos engañado con la apariencia de

una luz parecida. Resumiendo, se transforma en cada cosa y se asimila a todos conquistándolos con la semejanza, para causar su ruina con un subterfugio aparentemente verosímil. Mas está escrito: *Deshacemos sofismas y toda altanería que se subleva contra el conocimiento de Dios.* <sup>290</sup>

Ve hasta qué punto ese arrogante empuja su audacia al querer hacer caer a los que ya poseen la divinidad en el conocimiento de la verdad. Así que es necesario que cada uno guarde con atenta vigilancia su corazón<sup>291</sup> y que pida mucha inteligencia a Dios, para que nos permita reconocer las artes de la maldad. Es además conveniente trabajar y ejercitar continuamente el intelecto y los pensamientos con inteligencia y dirigirlos hacia la voluntad de Dios. No hay obra más grande que ésta, puesto que está dicho: *Esplendor y majestad su obra, su justicia por siempre permanece*.<sup>292</sup>

123. Es costumbre del alma amante de Dios, aunque cumpla todos los bienes de la virtud, no adjudicarse nada a sí misma, sino cada cosa a Dios; y Él, a su vez, atento a esta sana y recta inteligencia y conocimiento, pone, por el contrario, todo en la cuenta de ella. Puesto que ella ha trabajado y ha hecho todo, por lo que estaba en ella, le agrega la recompensa. No obstante, si le pareciese bien enjuiciarnos, no se encontraria, en razón de la verdad, nada de justo en el hombre, puesto que incluso las riquezas y todos los bienes aparentes de aquí abajo, mediante los cuales también puede hacer el bien cada uno, son de Dios, la tierra y todo lo que hay en ella, <sup>293</sup> el mismo cuerpo y el alma mismo, y no sólo esto, sino también el ser, el hombre lo tiene por gracia. Por lo tanto, ¿qué le queda propio, por lo que pueda en realidad presumir o considerarse justo? Por otra parte. Dios recibe de los hombres ésta como gracia grandísima, la más agradable de las cosas que le son ofrecidas; es decir que el alma —que conoce bien como están las cosas— todo el bien que hace, todo lo que trabaja por Dios, todo lo que comprende y conoce se lo adjudica sólo a Él, y a Él todo se lo atribuye.

124. Así como cuando una mujer se une a un hombre para una comunión de vida, se vuelven comunes todas las cosas de cada uno, y una sola es la casa, una la suma de los haberes, y ella puede volverse dueña no sólo de lo que él posee, sino también de su mismo cuerpo, puesto que el marido —dice el Apóstol— no dispone de su cuerpo, sino la

<sup>282 2</sup> Co 11, 2,

<sup>283</sup> Pr 4, 23.

<sup>&</sup>lt;sup>284</sup> Cf. Sb 1, 3.

<sup>&</sup>lt;sup>285</sup> Cf. 2 Co 6, 16.

<sup>286</sup> Cf. 2 Co 7, 1.

<sup>&</sup>lt;sup>287</sup> Cf. 1 Co 15, 50.

<sup>&</sup>lt;sup>288</sup> Cf. 1 Co 9, 22.

<sup>289</sup> Cf. 2 Co 11, 14

<sup>290 2</sup> Co 10, 15.

<sup>&</sup>lt;sup>291</sup> Cf. Pr 4, 23.

<sup>292</sup> Sal 110, 3.

<sup>&</sup>lt;sup>293</sup> Cf. Sal 23, 1.

mujer,<sup>294</sup> precisamente así es también la verdadera e inefable comunión con Cristo, del alma que se une en un solo espíritu con Él. Como consecuencia, ella se vuelve dueña de sus inefables tesoros, puesto que se ha vuelto su esposa, y después de que Dios se ha vuelto suyo, ciertamente son suyas todas las cosas de Él, ya sea el mundo, la vida, la muerte, los ángeles, los principados, las cosas presentes y las futuras.<sup>295</sup>

125. Como Israel, que, mientras se mantuvo agradable a su Señor si bien nunca lo fue como debería haber sido—, mientras parecía que en cierta medida tenía hacia Él una fe sana, fue guiado por la columna de fuego y por la nube, 296 el mar se retiraba frente a él<sup>297</sup> y gozaba de otras mil cosas maravillosas; mas, cuando abandonaba su afecto hacia el Señor, entonces era entregado a los enemigos y trabajaba en amarga esclavitud; así entiende que ocurre también en el alma. Ella por la gracia ha conocido a Dios y, primeramente, ha sido purificada de sus muchos pecados, y luego, hecha digna de gracia; pero, al no haber guardado el afecto conveniente hacia el esposo celestial hasta el fin, ha dejado la vida de la que había llegado a participar. Le es posible, en efecto, al Adversario sublevarse también contra los que han alcanzado dichas medidas. Así, es necesario luchar con todo el poder, con temor v temblor.<sup>298</sup> y tomar cuidado de nuestra propia vida, sobre todo quienes han llegado a participar del Espíritu de Cristo, y no hacer esto, ni mucho ni poco, con negligencia y por esto mismo entristecer al Espíritu del Señor;<sup>299</sup> porque, así como hay gloria en los cielos —dice la Verdad por un solo pecador que se arrepiente, 300 también hay tristeza por una sola alma que se aleja de la vida eterna.

126. Cuando un alma es hecha digna de la gracia, entonces Dios también le regala los dones del conocimiento, de la inteligencia y del discernimiento, que le resultan utilísimos. Ciertamente, estas cosas también las da Dios al alma que se las pide, y ella puede así servir de modo agradable al Espíritu que ha sido hecha digna de recibir, no engañada por la maldad, no caída en el error por la ignorancia, no desviada por una conducta negligente y por una vida sin temor, para hacer alguna cosa contra la voluntad de su Señor.

127. Así como la obra de las pasiones, que es el espíritu mundano del error, de la tiniebla, del pecado, puede morar en un hombre lleno enteramente del sentir carnal, así también la obra y la potencia del espíritu luminoso habitan en el hombre santificado, según Aquel que ha dicho: Ya que queréis una prueba de que babla en mí Cristo; 301 y lue-90: Y no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí,302 y cuando babéis sido bautizados en Cristo babéis revestido a Cristo; 303 y el Señor dice: El Padre y yo vendremos a él y baremos morada en él.304 Estas cosas no ocurren de forma escondida, sin eficacia, sino en potencia y verdad, en los que son dignos de ello. Antiguamente, en efecto, la Ley buscaba convertir a los hombres con una palabra impotente, poniendo sobre ellos un pesado yugo, difícil de soportar, y sin estar en condiciones de ofrecer ninguna ayuda. Esto sucedía porque no le era posible suministrar la potencia del Espíritu. Está dicho: Lo que era imposible para la Ley, porque la carne la bacía impotente.305 Mas desde la venida de Cristo la puerta de la gracia ha sído abierta para los que creen en verdad, y les son otorgadas la potencia de Dios y la operación del Espíritu Santo.

128. En cuanto Cristo, primera y natural bondad, hubo enviado a sus divinos discípulos el don del Espíritu Santo, esa divina potencia, cubriendo con su sombra a todos los creyentes y viniendo a morar en sus almas, las sanaba del pecado de las pasiones y las liberaba de la oscuridad y de la muerte, puesto que hasta entonces el alma había permanecido herida y guardada en la neblina del pecado. Sin duda, el alma que aún no ha sido hecha digna de tener al Señor en ella, ni de tener la potencia del Espíritu Santo eficazmente habitando en sí con fuerza y plena certeza, permanece también ahora en la oscuridad; mas, para los que ha visitado la gracia del divino Espíritu y en los que ha puesto su morada —en la profundidad de su intelecto—, el Señor se vuelve como su propia alma. Dice el divino Apóstol que quien se une al Señor será un solo espíritu con Él.<sup>306</sup> El mismo Señor dice: *Así como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros.*<sup>307</sup> ¡Qué favor y qué bondad ha obtenido la naturaleza humana tan humillada por el pe-

<sup>&</sup>lt;sup>294</sup> 1 Co 7, 4.

<sup>295</sup> Cf. Rm 8, 38.

<sup>296</sup> Cf. Ex 13, 21.

<sup>297</sup> Cf. Ex 14, 21.

<sup>&</sup>lt;sup>298</sup> Cf. Flp 2, 12.

<sup>&</sup>lt;sup>299</sup> Cf. Ef 4, 30.

<sup>300</sup> Cf. Lc 15, 17.

<sup>301 &</sup>lt;sub>2 Co 13, 3.</sub>

<sup>302</sup> Ga 2, 20.

<sup>303</sup> Ga 3, 27.

<sup>304</sup> Cf. Jn 14, 23.

<sup>305</sup> Rm 8, 3.

<sup>306</sup> Cf. 1 Co 6, 17.

<sup>307</sup> Cf. In 17, 22.

cado! Mas, puesto que también el alma, habitando junto a la perversidad de las pasiones, era como una sola con ella, y si bien tenía una voluntad propia, no podía realizar lo que le parecía bien —como también Pablo dice: *No lo que quiero, hago*—,<sup>308</sup> tanto más si la potencia de Dios viene para unirse con el alma santificada y hecha digna de ello, su voluntad será una sola cosa con él. Puesto que entonces, verdaderamente, el alma se vuelve como el alma del Señor para quien voluntariamente y según su propio deseo se deja dirigir por la potencia del Espíritu bueno y ya no obra según su voluntad propia. En efecto, está dicho: ¿Quién nos separará del amor de Cristo; Y esto es propio del alma unida al Espíritu Santo.

129. Quien quiera volverse un imitador de Cristo para que también a él se le llame hijo de Dios, engendrado por el Espíritu Santo, debe soportar antes que cualquier otra cosa de buen ánimo y con fortaleza las tribulaciones que se presentan, es decir, las enfermedades del cuerpo y los ultrajes por parte de los hombres; y además las insidias de los seres invisibles, puesto que Dios, en su disposición, permite que las almas sean probadas por distintas tribulaciones para que se manifiesten con certeza las que aman sinceramente al Señor. Por otra parte, no ha sido otra la característica de los patriarcas, de los profetas, de los apóstoles y de los mártires de todos los tiempos, sino la de pasar a través de la puerta estrecha de las tentaciones y de las tribulaciones, y ser así agradables a Dios. Dice, en efecto, la Escritura: Hijo, si te llegas a servir al Señor, prepara tu alma para la prueba, endereza tu corazón, y mantente firme.310 Y en otra parte dice: Todo lo que se te ofrece acógelo como cosa buena, sabiendo que nada sucede sin el Señor. Por lo tanto, el alma que quiere ser agradable al Señor debe aferrarse, más que a cualquier otra cosa, a la paciencia y a la esperanza; ya que también el arte mismo de la maldad es uno solo, el de volcar sobre nosotros la acidia en el tiempo de la tribulación, para alejarnos de la esperanza en el Señor. Mas Dios no ha permitido nunca que el alma que espera en Él sea vencida por las tentaciones y se desespere, 311 porque fiel es Dios —dice el Apóstol-, que no permitirá que seáis tentados sobre vuestras fuerzas. Antes bien, con la tentación os dará modo de poderla resistir con éxito.312 Y el Maligno aflige al alma, no todo lo que él quiere, sino cuanto el Señor se lo permite. En efecto, si los hombres no ignoran cuánto peso puede soportar una mula, un asno, cuánto un camello, sino que a cada uno le imponen el peso que puede soportar; si el ceramista sabe bien cuanto tiempo deben ser dejados los vasos en el horno —para que si quedan más tiempo no se quiebren o, por el contrario, si los quita antes de su cocción no queden inutilizables—; si tanta es la inteligencia del hombre, cuánto más e infinitamente más la inteligencia de Dios conoce la medida de la tentación que cada alma debe soportar para ser probada y adecuada para el reino de los cielos.

130. Como el cáñamo, que si no es golpeado largamente no puede ser empleado para hacer tejidos finísimos y, en cambio, cuanto más es golpeado y peinado, más se vuelve puro y útil; como un vaso acabado de hacer, que si no es puesto al fuego no es adecuado para ser usado por los hombres; como un niño aún inexperto en las actividades del mundo, puesto que no sabe ni construir, ni plantar, ni sembrar, ni hacer ninguna otra obra; así también es en las almas. Aquellas que, por la bondad del Señor hacia su estado infantil, han participado también frecuentemente de la gracia divina, llenas de la dulzura y del descanso del Espíritu, pero no han sido aún probadas ni tocadas por las distintas tribulaciones de los espíritus malignos, estas almas se encuentran todavía en la edad infantil y, por así decirlo, no están todavía maduras para el reino de los cielos. Dice el divino Apóstol: Mas si quedáis sin corrección, cosa que todos reciben, señal de que sois bastardos y no bijos.313 Por lo tanto, también las tentaciones y las tribulaciones son infligidas al hombre para su bien, dejando así al alma más probada y segura. Si persevera hasta el fin con la esperanza en el Señor, es imposible que ella no consiga la promesa del Espíritu y sea liberada de las malas pasiones.

131. Los mártires que han tenido que ver con muchos tormentos y han dado prueba de constancia hasta la muerte, se han vuelto de ese modo dignos de corona y de gloria. Cuanto más numerosas y peores miserias han soportado, tanto mayor gloria y seguridad han adquirido con el Señor. Del mismo modo, también las almas que sufren distintas tribulaciones —ya sea las que provienen manifiestamente de los hombres o las que no son visibles, nacidas interiormente de los malos pensamientos, ya sea las producidas por las enfermedades del cuerpo—, si perseveran en la paciencia hasta el fin, conseguirán las mismas coronas de los mártires y su misma certeza, puesto que el martirio de las tribulaciones que ellos han soportado por parte de los hombres, éstas lo han soportado por parte de los espíritus malignos que han obrado en ellos.

<sup>308</sup> Cf. Rm 7, 15.

<sup>309</sup> Rm 8, 35.

 $<sup>310~\</sup>mathrm{Si}$  2, 1 y ss.

<sup>311</sup> Cf. 2 Co 4, 8.

<sup>312 1</sup> Co 10, 13.

<sup>313</sup> Cf. Hb 12, 8.

Cuantas más tribulaciones del Adversario hayan soportado, tanto mayor será la gloria que recibirán de Dios, no sólo en el futuro, porque también aquí serán hechas dignas de la consolación del Espíritu Santo.

132. Puesto que está reconocido que es éste el camino que conduce a la vida celestial, muy estrecho y angosto<sup>314</sup> —y por eso también son pocos los que lo recorren—, es necesario soportar con firmeza toda tentación del Maligno, por la esperanza depositada en los cielos,315 puesto que, por todas las tribulaciones que deberemos soportar, qué llevaremos nuestro que sea equivalente a la promesa futura o a la consolación que aquí abajo es otorgada a las almas por el Espíritu Santo, a la liberación de la tinieblas de las pasiones viciosas o a la multitud de deudas de nuestros pecados? Está dicho, en efecto: Porque estimo que los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que se ha de manifestar en nosotros.316 Todo —como hemos dicho debemos tolerar con constancia, por el Señor, muriendo como soldados generosos por nuestro rey. ¿Por qué, en efecto, cuando estábamos atentos al mundo y a las cosas de esta vida, no nos encontrábamos con estas tristezas, mas ahora, desde que nos hemos acercado a servir al Senor, soportamos estas múltiples tentaciones? Ve que las tribulaciones son por Cristo, ya que el Adversario, que nos envidia la recompensa de las cosas que se esperan, quiere instalar en nuestras almas relajamiento y negligencia, a fin de que, por haber vivido de modo agradable a Dios, no seamos hechos dignos de ellas. Cuanto más el Maligno se arme contra nosotros, si soportamos con buen ánimo los asaltos, todas sus artes contra nosotros se disuelven por la alianza con Cristo. Ya que nosotros tenemos como protector y defensor a Jesús, consideramos que también Él ha atravesado este siglo, ultrajado, perseguido, burlado, vuelto perfecto<sup>317</sup> al final, por una muerte deshonrosa, a través de la cruz.

133. Si queremos soportar fácilmente todas las tribulaciones y las tentaciones, debemos desear la muerte por Cristo y tenerla siempre ante los ojos, puesto que también se nos ha dado la orden de tomar la cruz y seguirlo;<sup>318</sup> y, de estar dispuestos a esto, como hemos dicho, soportaremos toda tribulación escondida o manifiesta, con mayor facilidad, puesto que ¿quien tiene deseo de morir por Cristo podría perezosamente enojarse contra fatigas y tristezas? En cambio, nosotros consi-

deramos graves las tribulaciones cuando no tenemos en el alma la muerte por Cristo, y la mente no está constantemente unida a Él. Quien anhela heredar a Cristo, que anhele de la misma manera imitar sus padecimientos. Así, los que dicen que aman al Señor se manifiestan como tales al sobrellevar toda tribulación que les sobreviene, no sólo generosamente, sino también con una voluntad siempre lista, por la esperanza en Él.

134. Quien se acerça a Cristo debe antes que nada forzarse a sí mismo al bien, obligándose, y no sólo cuando el corazón lo quiere. Dice el Señor, que no miente: El reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan;319 y también dice: Luchad por entrar por la puerta estrecha.320 Es necesario, entonces, dirigir nuestros pasos hacia la virtud incluso contra nuestra voluntad; hacia la caridad, aun sin tener caridad; hacia la mansedumbre, aun careciendo de ella. Es necesario tener el corazón vuelto hacia la compasión y el amor por los hombres; soportar desamor y negligencia; ser constantes ante los desprecios, incluso sin tener esa costumbre todavía; ser constantes en la oración, aunque aún no tengamos la oración del Espíritu. Si Dios ve que luchamos de esta manera y nos esforzamos con impetuosidad hacia el bien, a pesar de la oposición de nuestro corazón, nos entrega la perfecta oración, entrañas misericordiosas, paciencia, longanimidad y, en una palabra, nos colma con todos los frutos del Espíritu.<sup>321</sup> Mas, si uno que necesita incluso las otras virtudes se violenta a sí mismo sólo por la oración. por ejemplo, como para obtener el don, pero no se esfuerza en la mansedumbre, en la humildad, en la caridad y en todo otro noble género de virtudes, de modo de mantenerse firme en la fe y en la confianza en Cristo, y para no ser negligente y despreocupado, recibirá a veces la oración, con alegría y alivio, según su pedido y con una gracia parcial, de parte del Espíritu; mas no accederá a todos los demás bienes, porque no se forzó a sí mismo para poseerlos también —como hemos dicho- y porque no ha suplicado a Cristo. En efecto, es necesario empujarse a sí mismos incluso en contra de nuestra voluntad, no sólo en cuanto a lo dicho, y pedir que podamos obtenerlo de Dios, sino también en el discernimiento en cuanto a las palabras, las que son inútiles y completamente ociosas, y no son dignas de ser pronunciadas. Y es necesario meditar siempre, con la boca y con el corazón, las palabras de Dios, para no enojarse ni gritar, porque está dicho: que amargura,

<sup>314</sup> Cf. Mt 7, 14.

<sup>315 1</sup> P 1, 3 y ss.

<sup>316</sup> Rm 8, 18,

<sup>317</sup> Cf. Hb 2, 10.

<sup>318</sup> Cf. Mt 16, 24.

<sup>319</sup> Cf. Mt 11, 12.

<sup>320</sup> tc 13, 24.

<sup>321</sup> Cf. Ga 5, 22.

cólera y gritos desaparezcan de entre vosotros; <sup>322</sup> para no hablar mal de alguno, no engreírse en favor de uno contra otro, <sup>323</sup> y para que el Señor, viendo que uno se obliga y se esfuerza de esta manera, venciéndose a sí mismo, nos conceda hacer, sin fatiga y con facilidad, lo que antes no era posible hacer ni siquiera con la violencia por causa de la convivencia con la maldad. Entonces, todas estas prácticas de la virtud se vuelven naturales, puesto que, cuando venga el Señor, según la promesa, y estando en uno, <sup>324</sup> y uno del mismo modo en el Señor, el Señor mismo cumplirá en él los mandamientos muy fácilmente.

135. Quien se ha violentado a sí mismo sólo con la oración —como hemos dicho en el discurso precedente— pero no se ha esforzado ni se violenta por la humildad, la caridad, la mansedumbre y todas las demás virtudes, llega a este fin, ya que a veces la gracia divina visita su oración, puesto que Dios, que es bueno, concede con una mayor benevolencia lo que uno pide; mas, si uno no está acostumbrado ni se ha vuelto experto y avezado en las virtudes que hemos nombrado, es abandonado por la gracia que había obtenido y cae por haberse ensoberbecido, o en esta misma gracia no progresa ni crece, puesto que la humildad, la caridad y la mansedumbre y como consecuencia los santos mandamientos de Cristo son, por así decir, la morada y el descanso del Espíritu bueno. Entonces, quien quiere ir hacia el crecimiento y la perfección mediante todas estas virtudes, que se apodere de la primera y se obligue a amar —como hemos dicho—, y que se preocupe por rendir obediente a Dios su corazón, que contiende y lucha. Quien primero se ha violentado de esta manera y ha vuelto de alguna manera dúctil todo lo que en el alma se resiste, sometiéndolo a esa buena costumbre, y luego, con un alma así dispuesta, pide y suplica, en él crece y florece el don de la oración dado por el Espíritu, y este don queda en la medida de su sentir. Él lo ha buscado más allá de la caridad y de la mansedumbre que viene de ella. Entonces, el Espíritu le regala también estas virtudes; le enseña la humildad verdadera, la caridad que no engaña y la mansedumbre que antes obligándose había buscado. De esta manera, crecido y perfeccionado en el Señor, se muestra digno del reino; puesto que el humilde nunca cae. ¿Dónde caerá si está por debajo de todo, incluso de sí mismo? Por lo tanto, gran pequeñez es el orgullo y, por el contrario, gran elevación y segura dignidad es la humildad.

136. Quienes han verdaderamente amado a Dios no han buscado servirlo ni por el reino —como por comercio o por ganancia— ni por cierto por el castigo reservado a los pecadores, sino porque lo han amado sólo a Él, su Dios y creador, reconociendo en consecuencia que es deber de los servidores ser agradables al Soberano Creador. Ellos usan también una gran inteligencia frente a lo que sobreviene, puesto que se encuentran muchos impedimentos para obtener el agrado de Dios, por cuanto no solamente la pobreza y oscuridad de vida sino también la riqueza y el honor son tentaciones para el alma. También lo son en parte, de alguna manera, el mismo consuelo y ese alivio que, por la gracia, toma al alma.

Es fácil que dicho alivio se vuelva prueba e impedimento, si el alma no advierte el don del que ha sido digna y no lo usa con medida y juicio; puesto que la maldad, con algún pretexto, busca aflojar la tensión de la gracia e insinuarle relajación y negligencia.

Por lo tanto, la gracia misma, para participar de ella, necesita un alma temerosa de Dios e inteligente, de modo que pueda honrarla y mostrar dignos frutos. Así, hay peligro para el alma para la cual no sólo las tribulaciones sino los alivios se vuelven tentaciones. En efecto, el Creador prueba a las almas con unas y con otras, para que resulte claramente manifiesto cuáles son las que han puesto su amor en Él, no por ganancia, sino porque Él sólo, en realidad, es digno de gran amor y honor. Mas, así como para el negligente, que no posee fe y es pueril en el sentir, se vuelven un impedimento para la vida eterna cosas tales como tristeza, fatigas, enfermedades, pobreza y oscuridad de vida o, por el contrario, riqueza, gloria y la estima de felicidad de parte de los hombres, y la guerra del Maligno que golpea invisiblemente; así también, nuevamente, en sentido opuesto, encontrarás que al fiel, al sensato y al generoso las mismas cosas le resultan más bien colaboradoras para el reino de Dios. En efecto, sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman,325 según el divino Apóstol. Con esto se demuestra que el verdadero amante de Dios, después de haber roto, vencido y sobrepasado todas las cosas que en el mundo son consideradas un impedimento, sólo se aferra al amor divino. Las leyes del implo me aprisionan -- dice el divino Profeta--, yo no olvido tu ley.326

137. El divino apóstol Pablo le ha mostrado a cada alma creyente, de la manera más clara y rigurosa, que el misterio cumplido del Cristianismo es experiencia mediante una operación divina, del esplendor de la

<sup>322</sup> Cf. Ef 4, 31.

<sup>323</sup> Cf. 1 Co 4, 6,

<sup>324</sup> Cf. Jn 15, 5.

<sup>325</sup> Rm 8, 28,

<sup>326</sup> Sal 118, 61

luz celestial en la revelación y la potencia del Espíritu, para que nadie. creyendo que la iluminación del Espíritu consiste solamente en el conocimiento conceptual, corra el peligro, por ignorancia y negligencia, de no conseguir el perfecto misterio de la gracia. Por esto, puso como ejemplo la gloria del Espíritu que envolvía el rostro de Moisés,327 como representación manifiesta del conocimiento, puesto que dijo: Que si el ministerio de la muerte, grabado con letras sobre tablas de piedra, resultó glorioso hasta el punto de no poder los hijos de Israel fijar su vista en el rostro de Moisés a causa de la gloria de su rostro, aunque pasajera. ¡cuánto más glorioso no será el ministerio del Espíritu! Efectivamente, si el ministerio de la condenación fue glorioso, con mucha mayor razón lo será el ministerio de la justicia. Pues en este aspecto no era gloria aquella glorificación en comparación de esta gloria sobreeminente. Porque si aquello que era pasajero, fue glorioso, ¡cuánto más glorioso será lo permanente/328 Dice "pasajero" porque el esplendor de la luz envolvía el cuerpo mortal de Moisés; y agrega: Teniendo, pues, esta esperanza, hablamos con toda valentía.329 Y siguiendo un poco más demuestra que esa gloria del Espíritu, permanente e inmortal en la revelación, ahora resplandece para los que son dignos de ello en la parte inmortal del hombre interior, de modo no pasajero e inmortal. Dice entonces: Mas todos nosotros —es decir, los engendrados por el Espíritu según la fe perfecta—, que con el rostro descuhierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, nos vamos transformando en esa misma imagen, cada vez más gloriosos: así es como actúa el Señor, que es Espíritu.<sup>330</sup> El rostro descubierto, está claro, es el del alma, y cuando uno se convierte al Señor, el velo es quitado; mas el Señor es Espíritu.<sup>331</sup> Demuestra entonces claramente con estas palabras que un velo de tiniebla ha sido puesto sobre el alma, el cual precisamente, desde la transgresión de Adán, ha podido penetrar en la humanidad. Mas ahora, desde que existe el esplendor del Espíritu, creemos que ese velo ha sido quitado de las almas creyentes y verdaderamente dignas. Por esto también ha sido la venida de Cristo, y a Dios le ha gustado que los verdaderos creyentes en la verdad llegasen a tal medida de santidad.

138. Este esplendor del Espíritu no es solamente una revelación de los conceptos y una iluminación de la gracia, tal como se ha dicho, si-

no que es esplendor de una luz sustancial, segura y continua en las almas. Aquel, en efecto, que ha dicho: "de las tinieblas brille la luz", es Aquel que ha irradiado en nuestros corazones, por la iluminación del conocimiento de la gloria de Cristo, 332 las palabras: *Ilumina mis ojos, no me duerma en la muerte,* 333 es decir, para que separada la carne del alma no sea oscurecida por el velo de maldad de la muerte; y las palabras: *Abre mis ojos para que contemple las maravillas de tu ley,* 334 y: *Envía tu luz y tu verdad, ellas me guien y me conduzcan a tu monte santo donde tus Moradas,* 335 y por cierto también: *Alza sobre nosotros la luz de tu rostro!*, 336 y las otras concuerdan en el mismo significado.

139. La luz irradió sobre el camino del bienaventurado Pablo, <sup>337</sup> y por ella fue ensalzado hasta el tercer cielo y le tocó oír misterios inexpresables. <sup>338</sup> No se trató de una iluminación de conceptos o de conocimiento, sino de un esplendor sustancial de potencia del Espíritu bueno, en el alma. Por el exceso de su brillo, sus ojos de carne no pudieron soportarlo y fueron cegados. <sup>339</sup> Por ella toda ciencia es revelada y Dios es hecho conocer al alma verdaderamente digna y amada.

140. Cada alma que es hecha digna, por su celo y su fe, de revestir perfectamente a Cristo ya aquí abajo, según la potencia y la plena certeza de la gracia, y es unida a la luz celestial de la imagen incorruptible, es iniciada ya desde ahora en el conocimiento sustancial de todos los misterios celestes. Mas, en el gran día de la resurrección, también su cuerpo glorificado<sup>340</sup> con la misma imagen celestial de la gloria, llevado al cielo por el Espíritu, según lo que esá escrito<sup>341</sup> y hecho digno de volverse conforme con el cuerpo de su gloria, <sup>342</sup> poseerá el reino eterno, sin fin, y la heredad común con Cristo.

141. Cuanto más uno por su propio celo y su propia fe ha comulgado con la gloria del celestial Espíritu Santo y ha adornado su propia

<sup>327</sup> Cf. 2 Co 7, 8.

<sup>328 2</sup> Co 3, 7-11.

<sup>329 2</sup> Co 3, 12.

<sup>330 2</sup> Co 3, 18.

<sup>331</sup> Cf. 2 Co 3, 16 y ss.

<sup>332</sup> Cf. 2 Co 4, 6.

<sup>333</sup> Sal 12, 4.

<sup>334</sup> Sal 118, 18.

<sup>335</sup> Sal 42, 3.

<sup>336</sup> Sal 4, 7.

<sup>337</sup> Cf. Hch 9, 3.

<sup>338</sup> Cf. 2 Co 12, 4

<sup>339</sup> Cf. Hch 9, 8.

<sup>340</sup> Cf. Rm 8, 17.

<sup>341</sup> Cf. 1 Ts 4, 17.

<sup>342</sup> Cf. Flp 3, 21.

alma con buenas obras, tanto más su cuerpo se volverá digno de ser glorificado ese día. Efectivamente, entonces saldrá fuera del tesoro interior lo que uno ahora le ha guardado, al igual que en primavera brota el fruto que en el invierno permanece dentro de los árboles, como también antes aclaramos. En los santos, entonces, la imagen divina del Espíritu, desde ahora como impresa en lo más íntimo, hará también divino y celestial al cuerpo en lo exterior; pero, en los impíos y pecadores, desgraciadamente, el velo sin luz del espíritu del mundo, que rodea al alma y vuelve oscuro y deforme el intelecto por el horrendo aspecto de las pasiones, mostrará en lo exterior, tenebroso y lleno de todas las vergüenzas, junto [al alma], también el cuerpo.

142. Así como, luego de la transgresión de Adán, la muerte que la bondad de Dios había decretado para él<sup>343</sup> primero tomó lugar en el alma donde los sentidos inteligibles e inmortales se habían apagado y se habían vuelto como muertos por haber sido privados del gozo celestial y espiritual, pero luego, después de novecientos treinta años,<sup>344</sup> sobrevino la muerte del cuerpo, así también ahora Dios, reconciliado con la humanidad por medio de la cruz y la muerte del Salvador, reintegra el gozo de las luces y de los misterios celestiales, mientras todavía está en la carne, al alma que ha creído verdaderamente, y aclara nuevamente sus sentidos espirituales con la luz divina de la gracia. Seguidamente, revestirá también su cuerpo de la gloria inmortal e incorruptible.

143. Quienes se han alejado del mundo y viven santamente y en el amor por la virtud, mas yacen aún bajo el velo de las pasiones —a las que todos nosotros nos vemos sometidos por la desobediencia del primer hombre—, es decir, las "tendencias de la carne", lo que también fue llamado por el Apóstol propiamente "muerte", puesto que dice *las tendencias de la carne son muerte*, <sup>345</sup> son similares a hombres que caminan de noche, pero iluminados por las estrellas, que son los santos mandamientos de Dios. Efectivamente, puesto que no están aún separados completamente de las tinieblas, les es imposible ver bien todas las cosas, y es conveniente que se dediquen a la virtud, con mucho esfuerzo y fe, y que supliquen a Cristo, el Sol de justicia, <sup>346</sup> que resplandezca en sus corazones de modo que puedan ver cada cosa con claridad, ya sea la variada y multiforme agresión de las fieras espirituales sobre nosotros, ya sea las bellezas del mundo incorruptible, ocultas a la vista

y cuyo placer es inenarrable. Es conveniente, también, que puedan ver cómo éstas se vuelven claras y manifiestas a los que han alcanzado las cimas de la virtud y en los que la luz espiritual ha refulgido con fuerza en el corazón. En efecto, el alimento sólido es de los Profetas -- como dice el bienaventurado Pablo-, de los que con la costumbre han ejercitado sus sentidos en el discernimiento del bien y del mal.<sup>347</sup> Mas también el divino Pedro dice: Vosotros, al tener la palabra de los profetas, a la cual hacéis hien en prestar atención, como a lámpara que luce en lugar oscuro, hasta que despunte el día y se levante en vuestros corazones el lucero de la mañana 348 Mas la mayoría no difiere en nada de los que caminan en la noche completamente a oscuras, sin gozar ni siquiera de un tenue rayo —o sea, de la palabra divina capaz de iluminar sus almas—, de modo que casi no se diferencian de los ciegos, Éstos son los que, enteramente presos en las marañas materiales y en los vínculos de esta vida, ni son retenidos por el temor de Dios, ni se dirigen a alguna buena acción; mientras que, como se ha dicho, esos hombres que, aunque vivan la vida del mundo son iluminados por los santos mandamientos como por estrellas, y están atentos a la fe y al temor de Dios, puesto que no están constantemente envueltos en la oscuridad, pueden tener también la esperanza de la salvación.

144. Del mismo modo, como los hombres juntan la riqueza del mundo según las ocasiones y por distintas actividades, así uno por las dignidades de las magistraturas públicas, otro por el comercio, otro por la laboriosidad de la agricultura y otros de otras maneras, lo mismo ocurre, créeme, en las cosas espirituales; unos recogen la riqueza celestial por diferentes carismas, como demuestra el Apóstol: teniendo dones diferentes, según la gracia que nos ha sido dada;349 otros, por medio de diversos ejercicios ascéticos y actos de justicia y virtud, cumplidos sólo para Dios. Por eso, está prohibido juzgar al prójimo, despreciarlo o condenarlo. Pero está claro que también están los que cavan el oro, es decir que corren con longanimidad y paciencia, y se enriquecen a su vez mientras tienen la buena esperanza. Tampoco faltan los que, por ser indolentes y perezosos, son como mercenarios que devoran enseguida lo que se les presenta y no llevan a término con paciencia lo que tienen entre manos, de modo que siempre andan desnudos y miserables. Éstos, en efecto, siendo hasta demasiado dispuestos y fervorosos para recibir la gracia, pero perezosos y vagos en cuanto al hacer y al adquirir,

<sup>343</sup> Cf. Gn 3, 19.

<sup>344</sup> Gn 5, 5,

<sup>3-15</sup> Rm 8, 6,

<sup>346</sup> Cf. Ml 3, 20.

<sup>347</sup> Cf. Hb 5, 14.

<sup>348 2</sup> P 1, 19.

<sup>349</sup> Rm 12, 6.

cambiantes y de los que en seguida se cansan de lo iniciado, conocidos como inconstantes y torpes en cuanto al esfuerzo, son privados incluso de esa gracia que ya habían sido dignos de obtener. En efecto, siempre el propósito indolente, perezoso, desganado y negligente, desde el principio se muestra contrario a la gracia y sin buenas obras, reprobado y sin gloria ante Dios, y así será encontrado en el siglo futuro.

145. El hombre que transgredió el mandamiento de Dios y que fue expulsado de la vida del paraíso<sup>350</sup> se encontró atado por dos cadenas. Una es la de las realidades mundanas y los placeres carnales: la riqueza, la gloria, la amistad, la esposa, los hijos, los parientes, la patria, los bienes; en suma, todas las cosas visibles de las cuales la palabra de Dios nos ordena que nos alejemos por nuestra propia elección. La otra, en cambio, está escondida e invisible, puesto que el alma se encuentra atada con un vínculo de tiniebla por los mismos espíritus del mal, por lo cual no le es posible ni amar a Dios, ni creer, ni rezar como querría. En efecto, desde la transgresión del primer hombre, siguió para nosotros la hostilidad de todas las cosas, tanto las visibles como las invisibles. Por lo tanto, después de que uno, prestando oído obediente a la palabra de Dios, se aleja de las realidades mundanas y renuncia a todo para unirse a Él, recibe la capacidad de aprender que en lo más íntimo del corazón se esconde otro combate y otra guerra de pensamientos. Mas, si él continúa suplicando la misericordia de Cristo y a la perseverancia une una gran fe a la que se une luego la voluntad de Dios, puede liberarse de esas ataduras interiores, de esos obstáculos y de las tinieblas de los espíritus del mal, que son las operaciones de las pasiones escondidas. Esta guerra nos volvemos capaces de anularla por la gracia y la potencia de Cristo, mas, sin la ayuda divina, es absolutamente imposible que uno se salve a sí mismo por sus propias fuerzas hasta liberarse del combate de los pensamientos. Solamente le es posible oponerse a ellos y no complacerse.

146. Si uno está retenido por las cosas de este mundo y por distintas ataduras, y es arrastrado por las pasiones del mal, tiene mucha necesidad de saber, como ya hemos dicho, que existe otro combate y otra guerra en lo invisible. Es necesario que nos demos por satisfechos si uno, que se ha desligado de todas las cosas visibles, se ha alejado de los placeres carnales y ha empezado a ocuparse de Dios, puede reconocer el combate de las pasiones que ha asaltado su interior y la guerra escondida en su interior. Mas, si este desligamiento no lo hacemos con toda nuestra alma, y uno no se contenta con ocuparse todo, ente-

ramente, de Dios, y ni siquiera reconoce estas pasiones de la maldad escondidas y las ataduras interiores, mientras lleve en si heridas y pasiones invisibles, correrá peligro de creerse sano y no enfermo. En cambio, a quien deja de lado la concupiscencia y la gloria, se le hace posible primeramente reconocer estas pasiones y luego, después de haber invocado a Cristo con fe y de haber recibido del cielo las armas del Espíritu —la coraza de la justicia, el yelmo de la salvación, el escudo de la fe y la espada del Espíritu—,<sup>351</sup> triunfar sobre ellas.

147. El Adversario intriga de mil maneras: maquinando cómo arrancarnos de la esperanza y del amor por Cristo, ya sea provocándole al alma tribulaciones interiores mediante los espíritus del mal o poniéndo-le pensamientos impuros e impíos, suscitando el recuerdo de los pecados pasados, porque quiere insinuar en ella el relajamiento e infundir-le pensamientos de desesperación, a fin de que no le sea posible obtener la salvación; y esto como si el alma fuera a crear por sí misma estos pensamientos, y no un espíritu extraño que malignamente los siembra en ella y quiere quedar oculto. Por lo tanto, hace estas cosas, o bien provoca fatigas corporales, o inventa ultrajes y tribulaciones de parte de los hombres. Pero, cuanto más el Maligno lanza contra nosotros estos dardos encendidos, 352 tanto más es conveniente que nosotros nos aferremos a la esperanza en Dios y sepamos con certeza que ésta es su voluntad, es decir, poner a prueba a las almas que lo aman, para ver si lo aman verdaderamente.

148. Mil años de este siglo, comparados con ese mundo incorruptible y eterno, son como si uno recogiese un granito de arena del mar. Reflexiona también de esta manera: supongamos que te fuese posible ser el único rey de toda la tierra, el único para disponer de todos los tesoros del mundo, y que tu reino hubiese empezado con el principio de la creación de los hombres y terminase con el cambio y la renovación de estas realidades visibles y de todo el cosmos. Entonces, si te fuese dado elegir, ¿tomarías este reino a cambio del verdadero y seguro que no tiene absolutamente nada de transitorio y destinado a desaparecer? Yo diría que no, si tu juicio es sano y consideras bien tus cosas. ¿Qué ventaja hay para el hombre, si gana todo el mundo y arruina su vida?³53 De lo que hemos aprendido que no hay precio de rescate, puesto que el alma sola, por sí misma, es más valiosa que todo el mundo y su reino (mas no que el reino de los cielos). Ahora bien, que el alma es

<sup>351</sup> Cf. Ef 6,14 ss.

<sup>352</sup> Cf. Ef 6, 16.

<sup>353</sup> Cf. Mt 16, 20.

más valiosa, lo decimos en el sentido de que con ninguna otra realidad existente Dios se ha complacido en establecer la unión y la comunión del Espíritu que tiene su misma naturaleza; ni con el cielo ni el sol, ni con la luna ni las estrella, ni con el mar o la tierra, ni con ninguna otra criatura visible, sino sólo con el hombre que, entre todas sus criaturas. Él ha amado. Entonces, si hemos juzgado rectamente, no tomando estas grandes cosas del mundo —es decir, una riqueza tan grande y el rejno de toda la tierra- a cambio del reino eterno, ¿cómo puede sucederle a la mayoría que estime esto menos que cosas viles y fortuitas, como la concupiscencia, un poco de gloria, escasa ganancia, y cosas similares? Porque lo que uno ama de este mundo y a lo que se ata está sin duda tomado del reino de los cielos y, lo que es peor, se lo llega a considerar como a Dios; como está dicho en alguna parte: Uno queda esclavo de aquel que le vence.354 Por lo tanto, debemos estar totalmente inclinados hacia Dios, depender de Él y crucificarnos a nosotros mismos en el alma y en el cuerpo, pasando a través de todos sus santos mandamientos.

149. Por otra parte, ¿te parecería justo que la misma gloria corruptible, el reino efímero y todas las demás cosas parecidas temporales deban tener éxito, para los que las ambicionan, con fatigas y mucho trabajo, mientras que reinar sin fin con Cristo y obtener esos bienes indecibles deba ser algo tan fácil y barato, que lo obtenga quien lo desee sin fatigas y afanes?

150. ¿Cuál es la economía de la parusía de Cristo? El retorno a sí misma y la reintegración de nuestra naturaleza. En efecto, Él ha devuelto a la naturaleza la dignidad del primer hombre creado, Adán, y además le ha hecho el don —¡oh gracia verdaderamente divina y grande!— de la celeste herencia del Espíritu y, sacándola de la prisión de la tiniebla, le ha indicado el camino y la puerta de la vida, a través de la cual le es posible, al que entra en él y al que llama, encontrarse en el reino, puesto que está dicho: *Pedid y recibiréis, golpead y se os abrirá.* <sup>355</sup> Por medio de esta puerta, es posible a todo el que lo desee encontrar la libertad de su propia alma, oponerse a sus propios pensamientos y volverse rico con la compañía de Cristo, teniéndolo como esposo en la comunión con el Espíritu bueno.

Éste es el amor inefable del Soberano para el hombre, hecho por Él, según su propia imagen.<sup>356</sup>

# SIMEÓN EL NUEVO TEÓLOGO

Nuestro santísimo Padre Simeón, por la gracia de la teología recibida de Dios, llamado el Nuevo Teólogo, vivió bajo el reinado de Constantino Porfirogénito, alrededor del 1000. Siendo discípulo de Simeón llamado el Pío, y habiéndose ejercitado en los combates ascéticos, subió a grandes alturas de virtud y de impasibilidad, y fue hecho digno de una manera tan rica de la gracia divina, que volcar en escritos los hechos que le conciernen es casi imposible, dado que su biografía, rica como pocas, es una narración amplísima. Habiendo recibido, por así decirlo, toda la potencia del Paráclito, y llamado "vaso del esplendor del Espíritu", fue señalado como fuente de la teología, refugio de la divina iluminación, morada suavísima de misterios inefables y, para resumir, morada de la sabiduría espiritual y de la ciencia divina, por cuya iluminación compuso obras literarias en verso y en prosa, de todo género, innumerables y llenas de gran utilidad.

Al baber elegido, de éstas, sólo las presentes y las que se ponen al final, traducidas de manera más simple a fin de que sean de utilidad para muchos, las hemos ordenado en este libro.

\* % %

Conocemos la vida de Simeón el Nuevo Teólogo por la biografía que escribió su discípulo Niceto Stethatos.<sup>2</sup> Simeón nació en el 949 en Galati, Paflagonia (Asia Menor). Siendo muy joven, en el 963 sintió el deseo de entrar al monasterio de Studion en Constantinopla, pero tuvo

<sup>354 2</sup> P 2, 19.

<sup>355</sup> Mt 7, 7,

<sup>356</sup> Cf. Gn 1, 27.

<sup>1</sup> Se trata de un Discurso sobre la fe y de un Método de oración que aparecerán en el último volumen y que han sido traducidos en lengua vulgar por los mismos editores, para facilitar su lectura a un público más amplio. En particular, el Método de oración no pertenece a Simeón el Nuevo Teólogo (v. l. Hausherr, La Méthode d'oraison hésycaste, en Orientalia Christiana, IX, 1927).

<sup>&</sup>lt;sup>2</sup> La vie de Saint Syméon le Nouveau Théologien (İ. Hausherr), en Orientalia Christiana. VII, 1927.